EL COJO ILUSTRADO

AÑO IV — 1º DE NOVIEMBRE DE 1895 — Nº 93

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTORES: J. M. HERRERA IRIGOYEN — MANUEL REVENGA

EDICION QUINCENAL
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

DON MIGUEL HERRERA (*)

Escribir, siquiera someramente la biografía de un hombre como don Miguel Herrera, no es cosa de estampar palabras y batir palmas. El ánimo más resuelto titubea; la pluma más fácil se detiene, y allí donde por la acumulación de los hechos plausibles resplandecen los colores, allí abundan los escollos de la narración.

Ello, es preciso empezar, que al fin y á la postre no han de faltar matices para el cuadro en obsequio de la buena voluntad del escritor y en honor á la magnitud del asunto.

Don Miguel Herrera, hijo de padres acomodados, nació en Puerto Cabello, y en las inmediaciones de esta ciudad vivía entregado á las faenas agrícolas en la hacienda de sus mayores, ajeno á ambiciones y anhelos que no habían podido pasar por su mente.

Erase un joven en los primeros días de la estación primaveral, días en que se está más cerca de la infancia que de la edad viril. Estalla en Caracas la revolución militar de 1835 que se llamó de las Reformas y cuyo objeto era derrocar la Constitución de 1830. Dominada la plaza y su castillo marítimo por los reformistas, aparece don Miguel Herrera acompañado de sus peones y servidores, prestando su cooperación más decidida al triunfo de las instituciones. Encargado del castillo conocido con el nombre de Vigía, lo sostuvo aislado y sin apoyo por todo el tiempo necesario para que el Gobierno pudiese organizar la división sitiadora que al fin venció en la célebre acción de Paso Real. El parte oficial dirigido al Ministro de la Guerra por el general Cordero sobre el indicado suceso, nos dice mejor que pudiéramos narrarlo nosotros cuál fue y de qué quilates estuvo exornada la heroica conducta del joven Herrera en aquella peligrosa contradicción que sufrió la República en la infancia de su carrera como Nación independiente.

A continuación insertamos el párrafo referente del citado parte. Dice así:

"República de Venezuela.—Estado Mayor General del Ejército Constitucional.—Cuartel general de San Esteban, á 29 de diciembre de 1835.—6º y 25º

Señor Secretario de Estado en el Departamento de la Guerra.

Habiendo reunido los datos necesarios para participar circunstanciadamente al Gobierno los resultados positivos del ataque dado á una columna de los facciosos de Puerto Cabello, en el sitio de Paso-Real en la mañana del 25 del corriente, entro á informar sus pormenores.

.....

Digno es también de un honorífico recuerdo del Gobierno el Teniente Miguel Herrera: este hacendado, lleno de comodidades, las abandonó en el momento que en Puerto Cabello asomó la insurrección: á la cabeza de una compañía prestó en el sitio importantes servicios, y al retirarse la línea para Valencia, se le encargó la defensa del importante punto de La Vigía: habiéndose visto algunos días abandonado á sus propias fuerzas, su constancia y su serenidad lo hicieron superior á los peligros, conservó en fin, el puésto, pudiendo asegurarse, que habría sido un Espartano, si hubiese llegado el momento de ponerlo á prueba: en la presente jornada suplicó porque se le dejase tomar parte en el combate con la guarnición de su mando: bajó en efecto de La Vigía, y, aunque ya al concluirse la acción, tuvo la gloria de combatir en ella.....

.....

Soy de US. muy atento servidor,
El General Jefe,
L. de Febres Cordero."

(*Gaceta de Venezuela*, núm. 259, del 9 de enero de 1836.)

Señalado el joven Herrera al concepto público y al aplauso de sus Jefes, continuó prestando servicios á la causa de la ley hasta el término de aquella descabellada empresa que por fortuna no duró mucho.

Don Miguel entonces volvióse á sus deberes, tranquilo, solo, sin recompensas ni aspiraciones, y vivió del trabajo con la formalidad estoica que formaba el fondo de su carácter. Ni juveniles placeres, ni devaneos, ni vicios le halagaban. En él sólo el aspecto era joven: el proceder y el pensamiento gozaban del privilegio de la ancianidad en el vigor espiritual y físico de la juventud.

Llega el año de 1843 y es elegido Gobernador de la provincia de Carabobo. Recuérdase aún por los sobrevivientes de aquella época en esta tierra del olvido, y cuéntase como tradición entre los sucesores la inquebrantable energía, serenidad de acción, espíritu de justicia é incansable contracción al trabajo que desplegó don Miguel en aquella Magistratura, que si bien serena al principio, fue al fin sombreada de oscuros nubarrones. A todas las dificultades se sobrepuso *el hombre de hierro* como lo llamó un periódico. Bajo su administración figura entre otras obras la apertura de la carretera de Valencia á Puerto Cabello, dirigida por el célebre ingeniero Lutowsky.

Tanta fama alcanzó de rígido administrador y asiduo mandatario, que al iniciarse en 1847 el gobierno del general José Tadeo Monagas, fue escogido el señor Herrera para Ministro de Hacienda: de entonces data la creación de las estampillas de correos, por iniciativa suya.

Pero los días que sucedieron á estos días de gestación tornáronse de repente en cruentas luchas y aciagos acontecimientos. La tempestad largo tiempo contenida en la atmósfera, estalló al fin en repetidas y torrenciales lluvias. En tales casos el templo de Temis cierra sus puer

(*) El hecho de ser el Director de esta Revista hijo del señor Miguel Herrera, no lo excusa de publicar el retrato y biografía de su padre, como lo ha hecho y seguirá haciéndolo con todos los hombres notables de Venezuela.

tas, y las pasiones sin freno se encargan de arrojar un velo sobre la estatua de la ley.

Un hombre del carácter del señor Herrera no podía permanecer un día sin asfixiarse, en una actualidad necesariamente de confusión y desbordamiento. En consecuencia, renunció el puésto y se retiró á su hogar.

Tampoco cabía en la severidad de sus juicios y aquilatados sentimientos de patriotismo, complicarse en maquinaciones sombrías ni intrigas de mala ley. Condenaba lo que creía erróneo ó pernicioso en pueblos y gobiernos, y apartaba su nombre de toda responsabilidad en tales situaciones; pero respetaba al mismo tiempo la voluntad del mayor número que expresan las multitudes con manifestaciones de fuerza, por apasionadas que sean. Por eso, y apesar de sus opiniones adversas á la mayor parte de los gobiernos establecidos desde 1848, sólo bajo el primero sufrió el destierro, pena para él terrible, porque siendo adicto al hogar y viéndose rodeado de hijos pequeñuelos, á quienes no podía llevar consigo, era natural que sufriese doblemente con la ausencia de la patria y con el abandono de su tierna familia. Algunos años duró su ostracismo, y durante ese largo espacio de tiempo vivió en Nueva York ocupado como dependiente en la casa mercantil de Phelps ganando cuarenta dollars al mes. ¡Y acababa de ser Ministro de Hacienda! Pero una vez repatriado, conservando siempre la integridad de su carácter é ideas políticas, fue respetado hasta su último día por el pueblo y por la autoridad.

La revolución de 1858 sacó á don Miguel de su retiro y le trajo nuevamente á la escena pública, y no como se quiera para descansar en mullidos sillones sino para hacer frente á los peligros de la guerra en nuestras afanosas campañas. Don Miguel pudo excusarse con sus años, con las penas sufridas; pero él no sabía rehusar servicios, ni temía á los peligros, ni esperaba recompensas. Servía á su causa porque la consideraba la causa de la Patria: en el triunfo de esta, estaba el triunfo y la recompensa suya.

Así pues, don Miguel hizo la campaña de la Guaira, ya como subalterno, ya como simple auxiliar; la de la Victoria, donde fue herido, y la del Guárico. Tanto desprendimiento, valor y constancia ostentó en estas crudas campañas y memorables acciones, que el Gobierno no pudo menos de considerarle como un aguerrido militar capaz de los más heroicos esfuerzos, y así quedó comprobado á la vuelta de poco tiempo.

Nombrado Comandante de Armas de Calabozo con una guarnición que no excedía de 400 hombres, supo establecer la más severa disciplina é inspirar al mismo tiempo el entusiasmo y la fe. El Guárico había sido invadido por el general Juan Sotillo con numerosas fuerzas del Oriente, y á su paso por los pueblos de aquella inmensa comarca había logrado aumentarlas. Provisto de elementos de guerra pensó naturalmente invadir el Centro; y como el único obstáculo que podía oponerse á este plan era la guarnición de Calabozo, sobre esta ciudad marchó y le puso sitio, creyéndola sin duda de fácil acceso.

Cuéntase que el ejército sitiador alcanzaba á ocho mil hombres y ya hemos dicho que los sitiados no pasaban de cuatrocientos; de manera que la defensa de aquella plaza era empresa numantina. Tres días de constantes ataques por todos los puntos de la ciudad, sin éxito ninguno y con pérdida de hombres y municiones, convencieron al sitiador de que se estrellaba contra el más formidable de los baluartes, cual es el pecho de los hombres en quienes arde el valor á la par de la convicción.

La defensa de Calabozo resonó como un canto épico en los ámbitos del país. Quisiéramos tener á la vista el parte oficial de esta acción en que don Miguel dice al Gobierno sencillamente: "Nos atacaron, nos defendimos y el enemigo se retiró perdidoso. Aquí no se ha distinguido nadie: todos hemos cumplido con nuestro deber."

Hasta aquí el sér del hombre público. Echemos una mirada sobre el hombre privado. En más de un historiador hemos leído, y pasa como sentencia universalmente acogida, que no hay virtudes públicas emanadas de la esfera pública. Todas tienen ó deben tener su origen en la vida privada. El talento con sus múltiples recursos domina, supedita, crea, vence; pero no brilla ni fecunda sino por la honradez del alma. El patriotismo ennoblece todas las acciones, pero sucumbe opaco si no va acompañado del desinterés personal. En una palabra la esfera política no procrea virtudes; realza las que lleva á ella el hombre de bien. Es una escena dramática en que el actor exhibe las dotes que adquirió por el estudio y le dio naturaleza, conquistando aplausos pero no nuevas prendas.

Aplicando estas opiniones al personaje que nos ocupa y de cuyo nombre no podrá prescindir la historia, hallamos confirmada la sentencia de los historiadores; pues las virtudes públicas de Don Miguel Herrera no eran sino sus virtudes privadas. Su severidad para consigo mismo le daba derecho á emplearla para con los demás. Su actividad y contracción al deber le permitía imponer á sus subalternos iguales procederes y la integridad y pureza en el manejo de los intereses á su cargo, eran las mismas que él ponía en el trato de las gentes. Nunca se le vio cejar ante los obstáculos; antes bien, una vez surgidos, gozaba en supeditarlos.

Quebrantado por los años y rodeado de esa falange de penalidades y decepciones que atormentan la edad provecta como nube de insectos picadores, renunció por completo á la vida pública y se consagró á los rudos trabajos de la agricultura, en guerra abierta con su propia naturaleza, pretendiendo arrancarle un vigor que estaba potente en su espíritu; pero no tanto en su cuerpo.

Era de contemplarse este pugilato entre dos fuerzas de un mismo individuo: la voluntad imponiéndose con imperio, el cuerpo doblegándose esclavo hasta caer exánime.

Pero el hombre de hierro no se desmintió, ni su carácter perdió un solo quilate en esta cruenta lucha. Venía á la ciudad obligado por sus quehaceres y cruzaba sereno las calles cabalgando sobre macilenta jaca en paupérrimo traje y con sombrero de copa. No profanaba *el vulgo con sus burlas esta actitud que en* cualquiera otra persona hubiera parecido ridícula, antes rendíasele pronunciado respeto y simpatía. Ejemplos semejantes dio la Grecia en los días de su virtuoso civismo: toda frente se inclinaba ante Arístides con su manto raído y sus sandalias destrozadas. Así hizo el pueblo de Caracas ante la figura exótica de don Miguel Herrera.

Por fin andaba sobre una triste burra. Sus hijos le rogaban que aceptase mejor cabalgadura; él contestaba que no tenía sino aquella, ni quería usar sino las cosas suyas.

Un poeta célebre ya para entonces, don José Antonio Calcaño, viéndole venir á lo lejos, sintió el deseo de retratarlo en un soneto, del cual emitió los primeros versos. Ese soneto es un fotograbado, que fue aplaudido por cuantos lo conocieron y que al mismo tiempo confirma la verdad de nuestra historia.

Hélo aquí.

Azotado del sol, que fuego lanza,
Severa la mirada, el rostro opaco,
De fatigas pregón el cuerpo flaco,
El vestido pregón de malandanza.

Cruzando la ciudad á ver se alcanza
Sobre indolente y distraído jaco,
De ruina espejo y de infortunios saco,
A un antiguo Ministro de Finanza.

Y ¿es fructuoso ese ejemplo, á vuestro juicio?.....
Ay! si le ven los niños, y halla muerte
Nuestra sola esperanza, en ellos puesta!

Que el triunfo que á su paso ostenta el vicio
Y el ceño del desdén ante su suerte,
Son contra la honradez una protesta.

El fin de fines es que la accidentada vida de este ilustre ciudadano terminó en el sepulcro donde descansa en paz su fatigado cuerpo. Mas la memoria de sus servicios, honradez de carácter, pureza de costumbres y entereza de ánimo, pasará á las edades venideras en alas de la tradición y en las páginas de la historia.

Dejó el señor Herrera una larga familia digna heredera de su nombre, la cual se ha multiplicado en una descendencia que recuerda la bendición de Jehová sobre Abraham.

LEON LAMEDA.

ALBERTO Z. LUTOWSKY

(INGENIERO)

¡Qué poder tan incomprensible el que influye en los destinos humanos; y si es que la suerte de los hombres está en razón directa del acierto en la aplicación de su actividad, ¡cuán lamentables las aberraciones individuales, ó las del cuerpo social, cuando por error ó indiferencia imponen á individualidades eminentemente útiles los cilicios atormentadores de la injusticia!

Fuerte, con la rudeza insistente de las realidades adversas, suele así manifestarse la fortuna á no pocos de los grandes servidores del progreso inmortal; y más que fuerte, cruel, cuando en la lucha del empeño civilizador contra la rutina retrógrada, desata el medio ambiente, si no es propicio, aquella su legión de postestades infernales ávidas á destrozar, con sus garras de acero las entrañas del innovador.

Entre los peregrinos de la ciencia, ungidos por el martirio, cuéntase el autorizado geómetra Alberto Zelislae Lutowsky, heraldo preclarísimo del saber dignificado por la abnegación.

Polonia le vio nacer (1809).

Salió de su patria ilustre á tomar nuevos alientos en las glorias liberales de Méjico y algo indefinible lo condujo á playas venezolanas.

Nacido y educado para la gloria, vivía cual murió, abrazado al dolor.

En su frente apolínea resplandecía el nimbo del martirio: perseguíalo un recuerdo tenaz, nunca por él desechado, nada menos que la desvisceración de Polonia llevada á cabo con salvajismo estoico por la pretensa trinidad de la fuerza, pueblos que bien afendidos en la esfera dirigente pudieron haber representado el equilibrio de la paz; pero al contrario, tornáronse en baladrones de un continente.

No puede ir más lejos el paroxismo de la brutal negación.

El señor Lutowsky, en la impotencia de imponer el escarmiento, guardaba la dignidad del silencio.

Consolábale su confianza en la dialéctica de la historia y esperaba con la firmeza del creyente fiel, en la ley del equilibrio universal, convencido de que no puede haber, y menos perdurar, poderes indiscutibles sobre la tierra, que tal así lo reafirman

ALBERTO Z. LUTOWSKY

las pirámides de Menfis solitarias en el desierto y burla perenne de la soberbia vencida; y también lo ratifica así el criterio moderno en presencia de sitios yermos, teatros un día de antiguos poderosos imperios, convertidos ya por la omnipotencia del tiempo en polvo inerte, ayer palpitantes de vigor y hoy refugio de la desolación que apenas iluminan al paso fugaz los fuegos fatuos, denunciando al amparo de la noche oscura, los alcances inapelables de la tremenda fatalidad.

¡Cuándo llegará la hora inicial de la solidaridad humana!

Que así como el espectro solar patentiza la unidad de la materia; la conciencia confirma que Polonia y su historia acusan el baldón de sus apandillados verdugos, cismáticos de la civilización, escándalo que la ley *Remia* de los romanos habría castigado con el terrible *calumniator*. El espíritu universal tiznará á Rusia, el Austria y la Prusia con reprobación inapelable, mientras la razón aliente en el cerebro y los aires ocupen el espacio.

A la infeliz Polonia no *la respetan como potencia;* pero hombres y naciones admíranla *como víctima*, y llegará el día de resplandecer en su escudo el sol de la victoria.....

Así marchaba el patriota, semejante al prisionero midiendo el dolor al són de sus cadenas; mas, cierto es también ¡gracias á Dios! que llevaba dentro de sí mismo su redención moral basada en los consejos de la sabiduría, compañera amabilísima del naturalista y matemático insigne.

¡Cuán cierto es que no hay poder sobre la tierra capaz de hacer desgraciado á un hombre de bien!

Narremos al paso el brillante itinerario de su carrera científica.

Estudió en la Escuela Politécnica de Varsovia.

Entró al servicio como oficial de artillería desde principios del año de 30 hasta 1831. Después de la batalla de Varsovia se retiró á París y entró en la *Escuela Central de Artes y Manufacturas.*

El 6 de agosto de 1835 le fue revalidado en la capital de Francia el diploma de Ingeniero.

En los anales de la mecánica francesa consta su nombre y también en los ferrocarriles de la misma Francia y otras naciones.

En 1840 fue colaborador del Profesor Wheatstone, quien pronunciaba el nombre de Lutowsky con elogios y entusiasmo extraños á los nacionales ingleses.

Arribó á Venezuela en 1842.

Intentó aplicar á las industrias sus conocimientos químicos, pero en vano, pues en aquella época no había para el progreso en alto grado atmósfera respirable.

Formó hogar en la capital de Carabobo y legó una familia respetable á la posteridad.

Presentaremos aquí un resumen de las obras que, desde 1845, han dado celebridad á su nombre.

Mercado de Valencia, irrigación de fundos rurales, puerto marítimo de Barcelona y plano para un puente sobre el Neverí, carretera del Túy, carretera de Puerto Cabello á Valencia y de La Victoria á Caracas, teatro Caracas, plano del ferrocarril de Caracas á La Guaira y de Valencia á Puerto Cabello, iglesia de Antímano y muchos trabajos más, cada uno de los cuales representa evidente prueba de las dotes superiores del autor.

Propuso al Gobierno un "muelle flotante" para La Guaira, trabajo que respondía á una gran necesidad de aquellos tiempos en que no había tal puerto sino una mala rada, y no se llevó á cabo la construcción, porque no supieron ó no pudieron aprovechar tan interesante invento.

Muchos otros proyectos corrieron la misma adversa suerte.

En 1861 sometió á la consideración del Colegio de Ingenieros de Venezuela el invento de un nuevo sistema de locomoción por ferrocarriles. La docta corporación oyó los propios acentos del insigne ministro del saber: acogió y aplaudió sus teorías y dióle unánime aprobación según aparece en la *Revista científica del Colegio de Ingenieros.*

Entre otras apreciaciones dijo el cuerpo de matemáticos; "la circunstancia de girar los trenes en estrechas curvas, viene también por otros motivos á ser de grande importancia para nosotros."

El sistema enunciado, por su novedad, entonces, bien merecía llevar el nombre ilustre del fecundo inventor.

Dice la tradición que visitó á Coro y podría asegurarse que dejó allá algún recuerdo edificante.

En 1865 le sonrió instantes la fortuna, recibiendo auxilios del Gobierno Nacional para trasladarse á Europa. Allá sometió á la consideración de sabios algunos de sus inventos: 1º el perfeccionamiento en la construcción de máquinas para dar aire en los trabajos de minas: 2º nuevo sistema de locomotoras para ferrocarriles en países montañosos: 3º método de impulsión, copiamos "pour bateaux dit Lod sans fin."

La Sociedad de Ingenieros de París le acordó letras patentes que autoriza el profesor Thirión, documentos que consagrando la superioridad de Lutowsky, le recomendaban ante la misma Francia, Bélgica é Inglaterra.

En vista de tales certificaciones celebró Lutowsky en New York un contrato con Mr. Samuel Terbuzon y Cº, pero á poco sobrevino grave dolencia á Lutowsky y su vuelta consiguiente á Venezuela.

A principios de 1870 propuso al Gobierno establecer una línea de vapores especiales para el litoral venezolano y caños del Orinoco, sucediendo lo de casi siempre, no hubo tiempo ni dinero para fomentar el progreso rectamente comprendido.

Se trasladó á Ciudad Bolívar y propuso surtir de agua potable la población apreciando científicamente las corrientes del Orinoco y no llegó el agua á los hogares bolivarenses por algo parecido al caso anterior.

En *El Orden*, periódico guayanés que se editaba entonces, corre inserto el decreto de la Legislatura con el "ejecútese" correspondiente, y no obstante sólo vive el proyecto!

El "Hospital de la Cruz" es obra del ingeniero Lutowsky, parte de la catedral de Guayana, la iglesia Santa Ana y el teatro de aquella capital.

Más tarde, con el intento de levantar planos y presupuestos para unos puentes, se trasladó á la ciudad de Upata y al regresar murió el 6 de noviembre de 1871.

La Municipalidad y el Ejecutivo del Estado tributáronle altos honores.

¡Cuántos esfuerzos debe al ilustre geómetra el engrandecimiento de Venezuela!

Y ese hombre, útil como pocos, no alcanzó bienestar ni se le han tributado los honores que le corresponden.

Después de todo, hemos sabido con satisfacción que en estos días ocupará su retrato en el Colegio de Ingenieros el puésto que le determinan sus merecimientos.

¡Y quién sabe si en gran parte la prosperidad fue esquiva con el ilustre polaco porque no tenía coyunturas ante los poderosos!

Dejó ejemplos que muchos son incapaces de imitar.

Ya lo saben los retrógrados que todavía mencionan el *extranjerismo.*

El nombre de Lutowsky, y su efigie, escoltados por obras que constituyen los títulos del matemático insigne, forman poderosa credencial á la reverencia de Venezuela y á los honores de la historia.

Por eso, en nombre de la justicia, de las ciencias y la gratitud, detiénese el pensamiento á contemplar al misionero de la sabiduría y excelente bienhechor.

El señor Lutowsky fue de los buenos y vivirá en sus obras.

La gloria póstuma forma el séquito de su nombre.

FRANCISCO DE P. REYES.

Caracas: 1895.

DON EGIDIO MONTESINOS

Celebridad apacible.

Ciudadano de alta graduación en la milicia de las letras.

Sol de sus regiones, que acaso para su fama singular nació *por Occidente quebrantando, al parecer, la monotonía astronómica.*

Es base de sus títulos la antigüedad, y de sus glorias, la suficiencia y sus resultados.

De los educadores en actividad es, acaso, el decano en la instrucción pública de Venezuela.

Firmeza y calma forman la médula de su naturaleza, tal así como es indispensable el aire á la vida universal.

Es hombre sensible, pero exento de toda exageración, porque ha de tenerse presente que la sensibilidad del señor Montesinos obedece á la disciplina del pensamiento, de ahí aquel continente sereno que tanto real-

Calle Miscelanea. — Ciudad Bolívar

za su majestad exterior, de ahí también la mesura en actos y palabras, imagen fiel de su temperamento sajón.

Vive para el trabajo, que es la primera de las humanas virtudes, y amante del progreso, ha escogido un magisterio que marca en relieves al patriota de ambición útil.

En los tiempos de eclipse moral cuando al rechinar de las pasiones han enmudecido los acentos de la propaganda intelectual, el venerable ciudadano, absorto en la idea de la enseñanza, ha contemplado con dolor la ignominia de la tribuna escolar rodando en el polvo, pero ha seguido sin reticencias, sus prédicas ilustres, convencido de que la idea, titilación de Dios, es eterna, como el alma inmortal.

Allá trabaja, á la falda colosal de Los Andes, el imperturbable creador de ciudadanos tremolando la bandera del saber, no con arrebatos del entusiasmo irreflexivo, sino al amparo edificante de la sensatez y la prudencia que han hecho de granito la reputación del héroe civil.

No hay tradición de que algún incidente público le haya alejado un solo día del vetusto sillón, sitial de sus glorias. Al recuerdo de tal constancia nos ocurre la interrogación de Lamartine refiriéndose á Bernardo de Palissy ¡si este hombre es pequeño, quién es grande?

Aquel bendito afán constituye para él la ley, lo demás mero accidente, y aun encorvado al peso de su pobreza evangélica, sus discípulos siempre le contemplaron radiante de luz celeste, suave y apacible pero de brillo imperecedero cual la imagen del honor coronada por la abnegación.

La constancia es su fuerza.

Teme al ocio, más que á la adversidad.

Parece inspirado por el numen del evangelio y las ciencias, porque flota incólume en las emergencias públicas ó reaparece tenaz á la admiración nacional después de las sacudidas que grietan la superficie del planeta; y fijo en su camino por virtud del culto á la idea, mantiénese intangible, tal así como los astros resplandecen en las regiones siderales por sobre los nubarrones del espacio y el fragor atormentador de la tempestad.

Sabia humildad realza su abnegación. Es útil su vida, cuanto es ilustre el ejemplo de los Antoninos.

Cumple con fidelidad religiosa los preceptos de Jesús en el sermón de la montaña, porque es austero como los profetas bíblicos.

La prudencia es el alma de su autoridad.

Espíritu benévolo, ama la paz á la manera del espectable soñador de Florencia.

Su justicia es el perdón, porque pertenece á la estirpe cristiana de los que no saben odiar.

La guerra de pasiones le inspira tristeza y á semejanza del pensador ginebrino quisiera limosnas de amor y caridad para infundirlos en el corazón de los tocados por la soberbia ó el error.

Cierto que ama la paz, pero no la paz de los hechos, sino la santa paz que alienta en la placidez de los ánimos por la justicia.

Razona sus creencias, como cumple á los talentos ilustrados.

Es cristiano viejo; pero entendemos que rechaza los exclusivismos teológicos.

Su conversación es diserta.

Dicen que cree en la teoría científica de la evolución y que niega que la primera célula vital haya brotado por generación espontánea. No acepta que el pensamiento sea la resultante de movimientos en las moléculas cerebrales y en fuerza de filosóficas convicciones, cree en Dios y en la inmortalidad del alma.

No quiere resolverse á enterrar la conciencia y sus atributos en las estrechas dimensiones de la tumba fría.

Ese gran servidor público cubre sus merecimientos con el velo simpático de la modestia; pero sucede que la neblina antepuesta á la luz no la oculta, sino al contrario, forma el iris de bellísimos colores.

Con nociones correctas del honor, vive bien, siente bien y piensa mejor; esto es sin ostentación en las palabras, pero con dignidad en los hechos.

Su honradez es proverbial en Occidente.

Ahora narremos sus servicios.

Desde el 1º de octubre de 1849 hasta 1863 regentó el señor Montesinos 6 cursos de filosofía en el Colegio Nacional de El Tocuyo. En esos 14 años sirvió además las clases de historia, cosmografía y geografía; algunas gratis por carecer de fondos el Colegio. En 1854 fue nombrado Vice-Rector.

Sirvió la Administración de Rentas del Colegio con éxito feliz hasta tornar en productivos capitales que no lo eran, según documentos públicos.

Estableció gratis la clase de "*Urbanidad y buenas maneras*", porque sabe que la *instrucción* sin esmerada *educación* suele ser árbol de amargos frutos. Sirvióle de texto la excelente obra de don Manuel Antonio Carreño. ¡Ojalá que ningún hogar ni instituto

de enseñanza descuidase el ramo de urbanidad que es tan esencial á la civilización.

Del 54 al 57 desempeñó clases de pasantía en varias asignaturas. También la de francés, por ausencia del catedrático en propiedad.

Tiene alta significación el número de ilustraciones que ha ofrendado don Egidio al personal de las diversas facultades científicas del país.

En 1863 fundó el Colegio "La Concordia" y en los 32 años que han pasado, la enseñanza no se ha interrumpido ni un solo día.

En "La Concordia" se han leído todas las clases preparatorias de primeras letras y luégo caligrafía, teneduría de libros, griego, latín, francés, inglés y filosofía.

"La Concordia" ha leído hasta hoy doce cursos de filosofía, con el que está en actividad.

El Colegio quedó incorporado á los institutos públicos, de conformidad con el decreto fecha 20 de diciembre de 1873.

El Congreso Nacional, atendiendo á la marcha regular del establecimiento, le concedió facultad para conferir grados de Bachiller en Filosofía. (Decreto legislativo, junio 1º de 1874.)

El señor Montesinos ha contribuido á la bibliografía nacional, habiendo sido feliz como autor. Sus publicaciones son: Reglas de acentuación castellana, Aritmética elemental y Consejos de un padre á sus hijos.

Ha publicado disquisiciones filosóficas en *El Correo de Caracas* que editaban los hermanos Carreño. Otras producciones suyas publicaron diarios nacionales y del exterior.

En el Congreso de 1891 estuvo en debate un proyecto de Decreto acordando honores al educador.

Posee obras inéditas sobre historia, ciencias, literatura, física general y particular. Tenemos entendido que algunas de estas obras van armándolas en páginas.

Cerca de cincuenta años sirviendo la instrucción pública en calidad de propagandista y autor, es haber conquistado los altos honores que corresponden á la justa celebridad del benefactor.

Y á nuestra vez preguntamos ¿si este hombre es pequeño, quién es grande?

Caracas: 14 de agosto de 1895.

FRANCISCO DE P. REYES.

La alameda Falcon — (Coro)

Gran Ferrocarril de Venezuela — Estación de "Los Guayos" — (Fotografía de Eduardo Schael)

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTIFICA Y ARTISTICA

A mediados del mes de mayo próximo pasado, anunció se en los periódicos que el Dr. Letamendi iba á dar una conferencia en el salón de actos del Ateneo científico y literario de Madrid. Grande fue la espectación que entre los concurrentes á aquella docta casa, y en los literatos en general, con este motivo se produjo. Leer un libro de Letamendi es siempre motivo de goce intelectual: oírle en la cátedra ó en la tribuna, siquiera en conversación familiar, ya supone que ese goce se eleva á sibarítico deleite. Es Letamendi una personalidad científico-literaria completa y actualmente quizás el talento más enciclopédico de España. Habla y escribe de todo, lo ejecuta todo—pues no es únicamente un teorizante sino un hombre práctico—y lo piensa, y lo dice, y lo hace todo admirablemente bien. Abarca su complexión psíquica todas las disposiciones ó aptitudes necesarias para aprender rápidamente cuanto hay que saber, y dentro de los grandes grupos en que esas aptitudes aparecen, Letamendi personaliza otras, de aquellas derivadas ó que con aquellas íntimamente se relacionan. Así es médico, doctor en esta facultad, cirujano, anatómico y operador todo en grado eminente. Es además lumbrera del profesorado español. Ha compartido el tiempo explicando Anatomía en el Colegio de medicina de Barcelona y Patología general en el de Madrid, en el cual ejerce hoy el decanato. Es matemático, filósofo, filólogo, numismático, sociólogo, político, orador, poeta, pintor y músico; todo en una pieza y en todo está cuando menos al nivel en que ordinariamente los cultivadores de esas ciencias y artes aparecen en España.

No exagero: cuantos han escrito semblanzas y juicios críticos relativos al señor Letamendi, han dicho más ó menos concretamente lo mismo que ahora digo. Nadie mejor que él sabe sintetizar y nadie tampoco comprende el arte de fraccionar, cuando á sus propósitos conviene, y hace siempre ambas cosas con una elocuencia exuberante de color y nutrida, no sólo de ideas, sino de palabras nuevas, con un estilo especial, exclusivamente suyo. Con tales antecedentes, aquí de todos conocidos, considérese si había de excitar la atención el anuncio de que Letamendi iba á dar una conferencia sobre el tema: "*El hombre en acción: esbozo de una teoría general del trabajo, en su triple aspecto, vital, económico y liberal.*" La cosa, como se ve, no podía ser más sugestiva.

Desgraciadamente en la ocasión á que me refiero viéronse, en gran parte, defraudadas nuestras esperanzas. Aqueja á Letamendi, hace tiempo, cruel dolencia que le retiene clavado en el sillón de su estudio, y carece de aliento para hablar en alta voz. Persuadido de que su voluntad, con ser muy poderosa, no conseguiría vencer el obstáculo físico, escribió la conferencia, y envióla al Ateneo para que allí fuese leída. Hízolo el Presidente de dicha corporación, señor Moret, que es uno de los mejores lectores que tenemos en España, y lo hizo con verdadero amor, poniendo á contribución sus privilegiadas aptitudes. El éxito fue, como era de esperar, completo: el señor Letamendi obtuvo un nuevo y merecidísimo triunfo.

Nunca como en aquella noche hubo en el Ateneo más razón para dolerse de la inconsistencia de la palabra hablada. El deseo de ver fijadas en el molde tipográfico, las ideas que constituyen aquel hermoso trabajo, fue general: recogiéronse las cuartillas que acababa de leer el señor Moret, llevárouse á la imprenta, y la conferencia escrita se convirtió en libro que se ha publicado hace pocos días.

Duéleme no disponer del espacio suficiente para hablar de este trabajo: no el más importante pero sí el más genial de todos los del señor Letamendi. Se trata, como indica en el párrafo de introducción, de presentar fusionadas las ciencias clásicas del trabajo humano: la biología individual, la economía social y la teoría del arte como analizadoras de la total trinidad antropológica, para de este modo llegar al conocimiento perfecto del hombre por el hombre, que es el fin de toda investigación en este orden del conocimiento. A primera vista, parece que el autor va á entrar en el laberinto de la especulación filosófica: no hay tal: bien se apresura á advertirlo, diciendo que procurará desenvolver el tema "desosado de técnicas durezas," y así lo hace. Empieza hablando del génisis de la vida, como triple actividad y nos sorprende con la bella imagen, impregnada de realidad científica: "los seres vivientes son fruto de bendición habido por la tierra en sus amores con el sol: la tierra, en cuanto á madre, da á sus hijos la primera materia del sér, mientras el sol, en cuanto á padre, les transfunde la virtud, la forma y la energía vital." Dice luégo que la aparición de los séres vivos sobre la tierra—no excluye al hombre—fue natural: y, quizás, por si alguien viera en esto asomo de materialismo, aunque sin cuidarse de ello, el autor se apresura á decirnos que, por natural, entiende "lo que hiciere la Naturaleza caso de ser ella Dios, como lo que hace Dios en funciones de Providencia ordinaria que es lo que llamamos Naturaleza." No recuerdo haber leído acerca da las causas primeras una definición más ingeniosa y exacta, y, al mismo tiempo, menos propensa á suscitar alarmas en las conciencias religiosas.

Tan ingeniosa y profunda como la anterior, es la explicación de la génesis del trabajo vital, industrial y artístico. El vital se opera con la criatura, como el fenómeno económico en la sociedad: en todo nacido, fisiológicamente considerado, hay, de una manera inmanente, capital, capitalista gerente, operario, consumidor, réditos acumulados é instalación hereditaria de nuevos capitales; el trabajo industrial, ya no es propio de todas las criaturas: lo es sólo del hombre, único sér que sabe aprovecharse de la acción colectiva y de todas las materias y sus combinaciones que constituyen la tierra, cosa que no puede hacer la industria fisiológica que está limitada, fatalmente, por sí misma. En cuanto al trabajo liberal ó de la inteligencia, es imposible exponer en pocas líneas, como me veo obligado á hacer, el pensamiento del señor Letamendi. Opina que el hombre nace y vive con la nostalgia de padre, es decir, de sol. De aquí el sabeísmo ó culto solar; pero desde que el hombre, por revelación divina, ha sido advertido de que su padre no es el sol sino Dios mismo, por obra directa suya, ya no aspira á volar al astro solar, sino á la gloria eterna. Y, como las puertas del cielo son estrechas, de aquí que la incertidumbre de entrar sea mayor ahora que en otros tiempos, pero tanto ahora como anteriormente, la aspiración á un más allá de la vida terrena ha sido siempre tema de espirituales prestigios, y de este estado del alma, cree Letamendi, que ha nacido la filosofía "que es—dice—un prosaico poetizar, y la Poesía, que es un filosofar hermoso." Por tanto, el trabajo liberal, es tan antiguo como el hombre: no ha nacido de la cultura del espíritu proporcionada por el bienestar material; lo que de esta cultura puede originarse, es la estética ficción del sentir ideal, ó sea el Arte. El párrafo en que resume estas ideas y expone el concepto total de la vida en todos los seres orgánicos que pueblan nuestro planeta, es de lo más hermoso que cabe imaginar.

***

Ya entrando en el fondo de su labor investigadora establece un curioso paralelo entre el trabajo vital y el económico, y, hay que leer y admirar sus teorías, apoyadas en razonamientos luminosísimos y en

MONUMENTO ERIGIDO Á LA MEMORIA DEL GENERAL HERES

Inaugurado en Ciudad Bolívar el 18 de septiembre de 1905—día de su centenario

TRASLACION DEL OSARIO DE TRÉGASTEL (BRETAÑA) — Por Poilleux Saint-Ange

hechos evidentes, sobre la salud psíquica y la corporal: las relativas á la producción, en sus tres elementos clásicos de capital, trabajo y primera materia: las concernientes á la circulación, repartición, consumos y reproducción del capital y su admirable símil entre el organismo humano y la constitución económica, política y administrativa de las sociedades. Hay que leer, así mismo, sus elucubraciones acerca el residuo característico del trabajo económico y su reintegración al vital, y, sobre la Naturaleza y origen del trabajo liberal y su reciente oposición á los otros dos vital y económico.

Imposible extractar en poco espacio las teorías desarrolladas por el autor al plantear esas tesis y al analizarlas. Lo he intentado, y confieso que no atino á reducir la expresión de las ideas, sin que el razonamiento resulte incompleto y manco. Como muestra de este originalísimo trabajo, en el que aparecen barajadas la economía política y la ciencia social con las ciencias naturales, la física y el arte, reproduzco algunos de los pensamientos tomados al azar. Hablando de los elementos de producción universal, dice el señor Letamendi, que "Dios, con ser quien es, los reune y combina para sus actos creadores, sacando de la nada, por necesidad metafísico-artística, la *materia prima*—único elemento productor que no está en él—sopena de que sus criaturas le resultaran ó pedazos de divinidad, ó criaturas sin substancia." Dice también que el hombre, "por ser racional y consciente, es el menos acabado de todos los seres, pues si fuera completo, no tendría de discurrir para cumplir su misión. A la turba multa de vivientes, Dios les dijo: creced y multiplicaos, pero á los primeros hombres, los llamó aparte y les habló de esta manera: "sin concluir os dejo, pues me apetece descansar; acabaos de pulir los unos á los otros y de padres á hijos, que para ello os hice racionales." En esto consiste el progreso de la humanidad. Hablando de lo mucho que el hombre físico y moral toma de la naturaleza, dice que el sér viviente "es una esponja empapada de mundo." Refiriéndose á las teorías de los economistas integrales respecto á poner limitaciones jurídicas y morales á la ciencia económica, dice que también urge poner "limitaciones económicas y fisiológicas á la moral y al derecho." Dice además que la sociedad política es un feto de evolución indefinida, cuyas células buscan, á fuerza de tanteos, su propia ley de organización. Sólo muy por encima toca á las relaciones entre las individualidades políticas ó Estados, en cuanto á lo económico. Dice que en este punto, así las relaciones entre los seres vivientes como entre las sociedades humanas entre sí, son crudelísimas. No ya la lucha por la vida añade tristemente sino el mútuo esterminio es la ley natural. Por este concepto las relaciones entre las especies son una mancha de la Naturaleza y las relaciones histórico-políticas entre los pueblos extienden esta mancha á la humanidad."

***

Lo más original del libro lo que quizás algunos llamen escéntrico, es la parte en que se habla de la génisis del trabajo liberal y sus evoluciones y reintegraciones. Dice el señor Letamendi que el arte representa lo *eterno infantil*, elemento latente de toda vida animada y mucho más trascendental y universal que lo *eterno femenino* que Gothe supone ser resorte oculto del mundo. Lo *eterno infantil*, para nuestro autor, es la propensión al juego que ve en el hombre desde que nace hasta que se muere de viejo. Después de luminosas consideraciones en apoyo de esta aserción, define la palabra *juego*, diciendo que jugar es "invertir el vigor sobrante de una fisiológica aptitud, en la realización de un argumento de fantasía libremente adoptado por la voluntad." Defiende esta definición, desde el punto de vista histórico, ideológico y lexicotécnico; prueba que el juego se encuentra no sólo en el hombre sino en los irracionales especialmente en mamíferos y aves: que, gracias al juego de la razón y de la fantasía, se producen las obras bellas: que en esta producción, como en la industrial, rige la ley de la oferta y la demanda, y que se funde, en común aleación, el trabajo liberal y el económico, de la misma manera que demostró anteriormente como se funde el económico y el vital.

Pocas páginas—no llegan á cien—forman el tomito en que se ha publicado la conferencia del señor Letamendi: no obstante al terminar, se deja el libro con cierta fatiga, consecuencia del esfuerzo mental que ha sido necesario para seguir al autor en aquella rápida sucesión de ideas que surgen y pasan como las imágenes del kaleidoscopio. Al reconcentrar el pensamiento, quizá asalte á muchos la duda de si lo que se acaba de leer es el esbozo de una nueva revelación científica, ó sólo una serie de ingeniosas fantasías, sin trascendencia positiva: si aquello es ciencia ó sólo es arte. Yo creo que es una y otro, y que el señor Letamendi ha querido dar á su especialísimo y genial trabajo, las mismas condiciones que él cree constituyen la esencia de la actividad humana: le ha dado la fuerza vital, proveniente de lo mucho que él sabe, y el sobrante de esa fuerza que constituye el *filosofar hermoso*, como él llama á las delectaciones del arte y de la poesía.

***

La apertura de los tribunales después de las vacaciones de verano, es en España una ceremonia que todos los gobiernos procuran revestir de cierta solemnidad, deseosos de enaltecer el primero y más importante de los fines del Estado, la administración de justicia. Es costumbre que el ministro del ramo ó el presidente del Tribunal supremo, presidan, en nombre del Rey, dicha ceremonia, y que lean un discurso que suele ser ó una disquisición doctrinal sobre una faz del derecho constituyente, con relación á la justicia distributiva, ó una exposición crítica de las deficiencias observadas en la interpretación y aplicación de las leyes y en el desarrollo de los organismos creados para esos objetos y el consiguiente anuncio de reformas encaminadas á que esas deficiencias desaparezcan, y puedan debidamente llenar sus peculiares fines, todas las instituciones del orden judicial.

En el presente año, ha presidido dicha ceremonia el Ministro de Gracia y Justicia, señor Romero Robledo. No es este señor un jurisconsulto notable: abstraído completamente y desde muy joven en las luchas de la política activa, no habrá dispuesto de tiempo para ocuparse en los estudios jurídicos. Hombre comunmente más inspirado que reflexivo, no parece muy en su lugar puesto al frente de la magistratura, donde imperan, ó imperar debieran, el reposo y el alejamiento de toda pasión.

Pero, propiedad del verdadero talento, posee el señor Romero Robledo, en grado sumo, el dón de asimilación, y puede decirse de él que lo que no sabe lo barrunta, y aprende con asombrosa facilidad siquiera en conjunto, cuanto, en un momento dado, le conviene saber. Así, en sus contiendas parlamentarias, cuando tropieza con una cuestión jurídica, por delicada que sea, la aborda audazmente y la desenvuelve con aparente seguridad: cuando sus planes políticos, ó una simple satisfacción de amor propio le han llevado á presidir la Academia de jurisprudencia y legislación—puésto de honor sólo reservado á nuestras eminencias del foro,—no ha vacilado, y desde aquel alto sitial ha discurrido admirablemente sobre ciencias morales y políticas y sobre las más arduas cuestiones del derecho positivo.

El discurso ahora leído, es una nueva revelación de sus especialísimas aptitudes y una agradable novedad. Fondo y forma, se apartan de la usual, de lo trillado que en casos como el de que hablo, estamos acostumbrados á oir. El fondo tiende marcadamente á lo práctico, á lo oportuno y á lo positivo: prescinde por completo de toda tendencia metafísica, y no se fija en lo constituyente sino en lo constituido. Detiénese en demostrar que algunas de nuestras leyes adjetivas, no están en consonancia con las sustantivas, y señala, entre otras, la de Enjuiciamiento que no está con el Código, posterior á ella: el Código penal, que por ser anterior á la actual Constitución ó ley fandamental del Estado, pugna con esta en algunos puntos importantes. Pero, lo más notable del discurso es la valentía, no reñida con la circunspección, con que aborda cuestiones candentes relativas á los vicios de nuestras leyes procesales; el arduo problema de la prisión preventiva que á tantos abusos se presta; el de los límites que ha de tener el respeto á la cosa juzgada; el de la responsabilidad de magistrados y jueces, y el de la separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, revelando tendencias á negar que este último pueda ser, por naturaleza, completamente independiente, como con mejor deseo que sentido de la realidad, preconiza la democracia moderna. Dice además que, en la práctica, es muy difícil hacer efectiva, por medio de la aplicación del Código penal, la responsabilidad en un juez delincuente, pero que es fácil y hacedero procurar que, donde no alcanza el Código penal, lleguen las penas gubernativas, la facultad de trasladar, de suspender, de jubilar y hasta de destituir á los jueces: facultad que la ley orgánica judicial reserva al poder ejecutivo. Pide energía en este punto, y hace bien, porque, por grandes que puedan ser los abusos de este poder—responsable, al fin, ante las Cortes y ante la libertad de la palabra escrita y hablada que tiene todo ciudadano—no lo serán nunca tanto como las á que da ocasión la inamovilidad judicial y la absoluta independencia que, en ocasiones, convierten á un juez en funcionario público completamente irresponsable.

Otra de las buenas cualidades que tiene el discurso, es como ya he dicho, el estilo. Sobrio y enérgico, dice lo que quiere, y lo dice bien: no hay en él ni floreos retóricos, ni alardes de pulcritud académica, ni enrevesados conceptos filosóficos, ni citas que molestan y distraen. Es una muestra del estilo modernista, sin las exageraciones que tienden á desvirtuar las excelencias de esta innovación, no reñida con las racionales exigencias del arte.

***

La acreditada casa editorial de Barcelona, Eurich y Cª., ha publicado, con el lujo que acostumbra, una novela titulada: *El Padre nuestro*, original del escritor catalán señor Tusquets, ya conocido en la literatura castellana por otras producciones de este género, entre ellas *La Hembra*, de la que he oído hacer elogios. El señor Tusquets, es un escritor aficionado á la escuela realista; gusta de argumentos que tengan trascendencia en la vida moderna, es decir, que enseñen algo, al mismo tiempo que retrata fielmente á la sociedad en sus virtudes y en sus vicios. Labor es esta que muchos emprenden con mayor deseo que aptitud. En el *Padre nuestro* se trata de probar que en estos tiempos—y bien podría decir que en los pasados y futuros—no es dado al hombre, que vive en sociedad, ser y aparecer rígido é inexorable al juzgar á sus semejantes por faltas cometidas en relación á la pura moral y los deberes sociales que no causen gran

perjuicio á tercero. Bueno es que haya hombres austeros, en el sentido más estrecho de la palabra, pero no hay que olvidar que, á no vivir completamente aislados, vense esos hombres obligados á menudo á transigir con el pecado, en sus relaciones con sus semejantes. De no ser así, el comercio social se haría imposible en nuestros días. Quizá se lleva ya demasiado lejos esta tolerancia, sobre todo en las clases altas llamadas directoras; quizás esto contribuye al rebajamiento de los caracteres y á la laxitud moral que aqueja á las modernas sociedades, pero el hecho existe y se presenta con todos los visos de un fenómeno natural.

El autor de la novela nos ofrece dos tipos: el del virtuoso intransigente, estoico, en un noble chapado á la antigua, y el del transigente y acomodaticio, en un sacerdote ilustrado, fino, de maneras cortesanas, atildadamente vestido, que frecuenta los salones, que platica con las damas sobre asuntos frívolos, en un cura mundano, en fin. Mundano pero no malo: este cura no se ha metido en la sociedad elegante y pecaminosa para gozar, sino para servirse de ella y explotarla en obsequio del bien y de la virtud; para conseguir que, á cambio de insignificantes transigencias,

La iglesia matriz — Maracaibo — Fotografía de M. Alberto Lares

aquella gente entregada á la molicie, encerrada en el egoísmo de su bienestar, dé parte de su dinero para obras de caridad; que piense siquiera aparentemente, si no puede de verdad, en los ideales religiosos que acercan las clases sociales y confortan el espíritu en las tribulaciones de la vida. Ya en oposición los dos tipos, el segundo vence al primero, le persuade de cuán estéril es á menudo la intransigencia de la virtud, y le inculca la idea de tolerancia que encierran aquellas palabras de la oración dominical: "Señor, perdona nuestras culpas, así como nosotros perdonamos las culpas de los demás."

El pensamiento es hermoso, y el señor Tusquets lo desarrolla acertadamente, sobre todo en la traza de los protagonistas. Avalora además la novela un estilo correcto y limpio y una argumentación sencilla. La perjudica la traza de dos ó tres personajes secundarios que aparecen ilógicos entre lo que dicen y lo que hacen; así y todo, la novela del señor Tusquets vale más que algunas de autores conocidos cuya aparición en Madrid se ha señalado como un acontecimiento literario.

J. GÜEL Y MERCADER.

Madrid: octubre de 1895.

EL JARDIN DEL LUXEMBURGO

os niños buscan aire porque se asfixian en las altas casas de París, y las mamás se dirigen á las espaciosas arboledas, para que sus chiquillos respiren; los bebés se transforman desde que pisan el jardín, gritan y corren, y sus pequeños pulmones se inflan, y sus caritas se pintan de rosa, y sus débiles piernas no descansan. Sienten la inmensa alegría de vivir.

En un carro tirado por cabras viene una bandada de chiquillos, y las nodrizas, con sus trajes chillones y sus cintas de todos colores, vienen detrás, vigilando la infantil caravana, que va muy despacio, acompañada del grito animal de la conductora.

Los bebés, con una seriedad de ancianos, juegan con tierra á los pies de las mamás; los más grandes juegan á la pelota, ó se van al estanque de los barcos á mirar como se inclinan los botes de velas entre las ondas silenciosas del agua muerta; y allí pasan horas enteras, quemados por el sol, siguiendo con la vista las caprichosas travesías de los buquecitos empavesados, que vacilan al acercarse adonde está la fuente, y que al escaparse del agua que brota, corren muy de prisa hacia la orilla, temiendo volcarse.

Los días de fiesta prefieren llevarlos al segundo jardín, en donde está un teatro de títeres; la función es invariable: un viejo toca en el arpa una especie de marcha convertida en polka, la vieja que lo acompaña recoge monedas de cobre en un platillo, se alza el telón, y aparecen dos fantoches que bailan; después vienen policías, viejas, negras, hombres flacos, hombres gordos, y todo concluye, como es clásico, con pleitos y palos. Los niños, sentados en bancos, se ríen como podrían hacerlo los polichinelas; algunos están muy serios, y se sonríen con temor, pues tienen miedo á la voz de falsete y á los garrotazos del títere valiente; de cuando en cuando miran asustados hacia la mamá, que desde lejos no les quita la vista, temiendo que lloren. Por fuera, separados por una cuerda, se amontona la gente que pasa y curiosea las figuras escuálidas de los muñecos, que en el pequeño escenario entran y salen á grandes saltos, y accionan con movimientos exagerados y bruscos.

A veces atraviesa el jardín un colegio de niñas, alineadas de dos en dos, pálidas y tristes como flores de invernadero, vestidas de negro, y acompañadas de hermanas religiosas, gordas y rojas, que dirigen la marcha; también vienen á buscar el aire que les falta entre las paredes del convento, pero estas niñas ni juegan ni saltan, piensan; ¿en qué.....? no se sabe; tal vez en la cara interesante de algún joven que las ha seguido, y que cada una toma para sí; tal vez en la madre ausente, que desde un rincón de provincia contempla á su hija feliz, en íntimo contacto con personas extrañas y santas, que le roban su cariño, y la obligan á olvidarla; y la mamá llora y siente celos..... El grupo de colegialas se pierde tristemente entre los árboles, y quedan las niñas alegres, que gritan y ríen, sin que las vigilen ni las reprendan, jugando al volante, á la comba, ó al croquet.

Un chiquillo corre á caballo sobre el bastón del abuelo, que en vano intenta seguirlo para que no tropiece; una niña de la misma edad, habla desdeñosamente de aquel muchacho que le ha llenado su traje de polvo; la niña es ya mamá, y castiga severamente á su muñeca para que no se arrugue el vestido, observando á todo el que pasa, y queriendo adivinar que hablan de ella, en toda palabra que escucha al azar.

Los chicos que saltan se acercan maliciosamente en cuanto divisan al vendedor de dulces, que, con frases que aguan la boca, recomiendan la venta; las mamás compran los dulces, y entregan la mitad á los chiquillos, que sin reflexionar se la llevan á la boca, mirando inocentemente donde esconden la otra mitad. Sigue el bullicio, y los niños gritan y corren; pero ya es tarde, y llevados de la mano van saliendo en procesión: delante camina la nodriza con el bebé en su coche, después la mamá con los chicos, y las tías y las amigas, que charlan y ríen.

***

Bajo los árboles, entre las flores, y sobre la yerba humedecida por el agua que brota de las culebras, agua muy tenue, que semeja suave neblina blanquecina, velo vaporoso de encajes muy albos; dan saltos y buscan migajas de pan los gorriones. En algunos sitios se aglomeran á esperar la llegada de los que van

siempre, con los bolsillos repletos, á darles de comer; y mucha gente se entretiene horas enteras en ver cómo comen en la mano y cojen las migas en el aire, con toda confianza, dando salticos burlescos hacia el lago de los patos, que graznan con sus voces afónicas.

Ese es el sitio preferido de la gente del pueblo, que se aísla del resto de la concurrencia, y se apodera de los bancos pintados de verde, que rodean aquel lado: Allí se ven los idilios de las criadas; los chiquillos desgreñados, de caras sucias, que corren hasta no tener aliento; los viejos obreros, que leen periódicos; y las muchachas bonitas, que persiguen con la vista á todo el que va bien vestido, con bastón, y de guantes.

De ese mismo lado está el estanque de los peces, que se alimenta de la *Fuente de María de Médicis:* tres nichos de estalactitas, entre dos columnas dóricas; al frente, y en el centro, hay un grupo que representa á *Polifemo* sobre una roca, sorprendiendo á *Acis* y á *Galatea* en una amorosa contemplación. El viejo Cíclope, hijo de Neptuno, espía á los dos amantes; la nereida está echada sobre los brazos del pastor; su carne de mármol es delicadamente voluptuosa, y las formas atormentadoras de su cuerpo hacen temblar de rabia al gigante, que contempla la escena desde arriba.

Allí se ha inaugurado recientemente un busto de *Enrique Murger*, el célebre cantor de la *Vida Bohemia;* muy cerca está el busto de *Teodoro de Banville*, el gran poeta; y más lejos, del otro extremo del jardín, el monumento á *Eugenio Delacroix*, gran pintor, osado innovador, jefe del romanticismo francés: el Tiempo, un viejo con largas alas, y de largos cabellos; levanta en sus brazos á la Gloria, que coloca un laurel sobre el busto del artista; el Genio de las Artes aplaude.

De trecho en trecho, y dando el frente al palacio del Luxemburgo, hay estatuas de las reinas y de las mujeres más notables de Francia; hacia el centro, y regadas por todo el jardín, hay estatuas y grupos simbólicos; recuerdos de la historia romana y de la historia griega, de la mitología, y hasta asuntos paradisiacos, de nuestros tiempos imaginarios.

En lugares señalados hay juegos de pelota, y allí sudan y luchan con grande ahinco los partidos; la gente ociosa rodea el campo, y sigue con verdadero interés la batalla; las más de las veces sin comprender quién gana ó quién pierde. Al Café del lado van los que tienen citas á esperar que pase el tiempo y que llegue la hora; y á la casucha del frente, antes de cerrar el jardín, van las mujeres que alquilan las sillas, á entregar la cuenta, y á devolver los billetes que no han sido vendidos; las acompaña *Emilio*, un muchacho loco, que las ayuda, y que se pasea con aire de amo de casa por todo aquello, charlando amistosamente y enamorando con su risa de idiota á las niñas bonitas. *Emilio* es conocido en todo el Luxemburgo, y es tan popular como los gorriones. A veces anda jadeante, rodeado de niños que lo gritan y lo molestan; hasta que alguna señora compasiva lo sienta á su lado y espanta á los niños; él los regaña, da la mano á la señora con tono protector, y se aleja riendo y murmurando no sé qué reproche, con un timbre atiplado de muchacho que cambia la voz.

***

Por las tardes, á la hora de la música; las mujeres coquetean entre el remolino que da vuelta al rededor del *kiosco* en donde está la banda; y se abren campo con maliciosos codazos y sonrisas prometedoras. Los estudiantes las acosan con chistes picantes y miradas de amor; y muchas ceden, y se van al Café, á reir y á beber cerveza, seguidas de los últimos acordes de una mazurka que invita á bailar, ó de los quejidos melancólicos de un valse, que invita á amar y á estar románticos.

Del mismo lado, pero sentadas; están las niñas de ojos incansables que buscan novios: exquisitas parisienses de talles esbeltos, martirizadoras de oficio, que miran por instantes, pero con miradas que queman los corazones aturdidos que desean amar señoritas y hablar buen francés con las niñas de buenas familias. Las niñas se alejan, y vuelven la cabeza, y miran al soslayo; pero todo queda allí, y el galán, el día que menos se imagina, no las vuelve á ver aparecer bajo la arcada que forman las frondosas arboledas; y aquella tarde está triste, y silencioso; pero luégo, mañana, encuentra otra de ojos muy claros, incansables también, que desea amar de lejos.

El *flirt* es una necesidad en la parisiense: la dama aristocrática, que anda en carruajes, cubierta de pieles, entre blandos cojines; ama el *flirt* como la graciosa obrera que á la caída de la tarde taconea presurosa por las anchas aceras de los boulevares, con su traje humilde y su obra bajo el brazo, la *demi-mondaine*, cubierta de brillantes, hastiada ya del placer y de los caprichos, ama con delicia el *flirt*; la niña de frente pensativa, que sueña con el matrimonio y que todavía el ruedo de su vestido no alcanza el comienzo de su bota, ama el *flirt* como la chiquita de seis años, que no puede con su sombrilla, y que ya tiene un pequeño reloj de oro en su bolsillo y sortijas en sus frágiles dedos.

Flirtar es un estado especial de la mujer; la necesidad de ser agradable y de que se fijen en ella, la obliga á querer distraer la atención de todos; y los ojos de las niñas hermosas prometen cosas que no han de realizarse jamás; porque al realizarse ya cesaría el *flirt*, y llegaría su turno á la amante ó á la esposa. Para obtener el *flirt* clásico, el verdadero *flirt*, el *flirt* que seduce, se necesita antes que todo, ser honesta; es un placer intelectual en que entran la castidad y la pureza en voluptuosa hermandad con el deseo. La mujer coquetea, la niña *flirta*. La coquetería cansa, el *flirt* atrae.

***

Algunos estudiantes de largas melenas, que se creen artistas, y que fuman en pipas; cojidos del brazo, caminan bailando y entonando canciones populares. Una nube de palomas oscurece por un momento el lugar, y sigue en los aires. De cuando en cuando se deja oir el paso monótono de los soldados que van al relevo, y de los centinelas que cumplen la consigna. Y después, al concluir la retreta; miles de personas se desprenden de una poderosa ola humana, y se pierden por todos los senderos del jardín, en deliciosa algazara, hormigueando distraídamente entre las flores, ó huyendo con precipitación hacia las puertas, como abejas fugitivas de una inmensa colmena alborotada.

A la caída de la tarde una alegría final se apodera de todos los ánimos, para prepararse á despedir al Sol, que se pierde lentamente en el horizonte, como un ígneo disco de púrpura entre las lejanas claridades de un piélago de rosa. En el fondo se levanta la *Torre Eiffel*, como una gigantesca aparición fantástica, y á su lado, pero á mayor altura, se ve la silueta empañada de un globo cautivo, que permanece estático en el aire, como un mudo contemplador del espacio en una leyenda misteriosa de Edgard Poe. Más allá, el humo de una chimenea lejana, que asciende vagamente; las figuras brumosas de las casas, que apenas se distinguen; un parpadeo casi invisible de luces que casi se adivinan. Y más cerca, completando el cuadro; un cielo azul de estío, muy vago, y transparente; y las hojas amarillas de los árboles, que caen silenciosas sobre el suelo, y que el viento conduce muy lejos.

PEDRO CÉSAR DOMINICI.

París: Octubre de 1895.

DESTINO DEL POETA

(DE V. H.)

I

¿Por qué dejas tu espléndida cumbre
Y te acercas al vulgo, oh poeta!
A tu alma ¿qué dicen inquieta
Los partidos, abismo sin lumbre?
En su ambiente que atrista y enoja,
De los cantos la flor se deshoja:
Ese soplo tu incienso extravía;
Y serás en la brega villana
Como el césped que vió la mañana
Ya marchito del hombre en la vía.

¿Cómo crecen gigantes no escuchas
En ingentes nublosas ciudades,
Cual fragor en que van tempestades,
De tribunos y reyes las luchas?
De esos odios el són repetido,
¿Para qué lo recibe tu oído?
Tú, que plantas del bién la semilla,
No figures al par de esos hombres,
Y, en olvido poniendo sus nombres,
Canta al Dios que en tu espíritu brilla!

Vé á cantar el tranquilo concierto:
Regocíjate ¡oh lirio sagrado!
Noble y puro, jamás maculado,
A la luz de los astros abierto.
Soñador, á quietud sin testigo
Pide suave reposo y abrigo
Para hallar del amor la alegría;
Y la voz entendiendo que mora
En la augusta región brilladora,
Ya verás cuán hermoso es tu día!

Vé á las playas y vé á los alcores,
Y tus cántigas dulces consuena
Con la onda que gime en la arena
Y la brisa que vuela en las flores.
Dios te espera en la paz solitaria;
Dios no alienta en la turba voltaria;
Ser ingrato del hombre es destino.
En los campos todo ama y suspira:
La creación es la mágica lira,
Y el poeta es el plectro divino!

Sabio, sál de la oscura tormenta
En que el mundo, cual mísera nave,
Sin timón y sin norte no sabe
Resistir á la ola violenta.
Tú el vigía serás que en la playa
Con la noche se ve de atalaya;
Mientras pasa del noto al gemido,
Y del piélago ronco en el tumbo,
Como negro fantasma sin rumbo,
El bajel con el mástil caído.

II

¡Ay! responde cantando el poeta:
Yo amo el bosque y la linfa sonora,
Y el matiz virginal de la aurora:
Sus encantos mi voz interpreta.
Cuanto existe á la luz se dilata
Sin cadena opresora que mata:
La campiña es risueña y es grande;
Rosas miro del cielo en la altura;
Y mi sér, que radiante fulgura,
En inmenso horizonte se expande.

¡Oh Universo, gloriosa morada!
Yo en tu seno fundirme querría;
Mas quien sueña, y soñando confía,
Debe al hombre su entera jornada.
Toda idea es poder soberano.
Para el ave hizo Dios rubio grano,
Para el campo raudal trasparente,
Para el éter azul opalino,
Para el labio los besos y el vino;
Y al cantor, para el alma y la mente!

En edad de cruel desconcierto,
Cada humano le sirva al humano;
Infeliz de quien dice á su hermano:
"Yo al retiro me voy del desierto."
Desgraciado de aquel que se aleja
Cuando el pueblo en desdicha se queja,
Al rigor de maldades traidoras;
Y vergüenza al cantor que rendido
Silencioso se vuelve al olvido,
La quietud á buscar de sus horas.

El poeta en los tiempos de duda
Es heraldo de tiempos mejores;
De otros días previendo esplendores,
A las débiles almas escuda.
Con vigor semejante al atleta,
Inspirado cual divo profeta,
Entre lauros ó espinas seguro,
En su mano, que abarca la vida,
Como antorcha por él sacudida,
Debe hacer irradiar lo futuro!

Cuando el pueblo se aduerme liviano,
El, con himnos de amor y ternura,
Es crepúsculo vago que augura
Cuanto encierra de ignoto lo arcano.
Si le burlan ¿qué importa? El medita.
Más de un alma en silencio se agita
A esa voz que la turba desdeña:
Más de un sabio mentido que ríe,
Y al aplauso del mundo se engríe,
A sus solas, oyéndola, sueña.

Muchedumbre que recios torrentes
Nos arrojas de burlas ingrata,
Como el mar que en la roca desata
El clamor de sus olas hirvientes,—
La esperada recóndita idea
Todavía sin luz balbucea,
Pero en ella la vida se acopia:
La simiente que oculta germina,
En el tiempo será fuerte encina,
Alma cuna lo que hoy es utopia!

De esa cuna, al brillar los instantes,
Miraréis sin afán y sin penas
Resurgir sociedades serenas
Para pechos más nobles y amantes:
La justicia en que el bien se atesora;
El derecho, la fe triunfadora;
Y las mansas costumbres que viven
Como lazos de amor en el mundo,
Y que luégo su timbre fecundo
De las leyes y el orden reciben.

Mas ¿qué piden propicios los hados
Cuando yacen los pechos inertes?
Corazones altivos y fuertes
Por la luz divinal penetrados.
Sin nauclero la nave zozobra:
Es preciso que Dios en la obra,
Para hender ese golfo insereno
En que flota el espíritu impío,
Ponga el remo que boga con brío,
En la mano robusta del bueno.

¡Oh vosotras de paz y de alianza
Suspiradas eternas teorías!
Apartad á esas gentes sombrías
Sin recuerdos, ni amor, ni esperanza.
Hubo un tiempo en que hipócritas ellas
Os loaban con pláticas bellas;
Mas después, arrancándose el velo,
Sin pudor, cual la vil prostituta,
Devoraron ansiosas la fruta
De ambición y codicia en el suelo:

Renegados sin ley ni decoro
Que fingiendo del sabio la ciencia,
Sólo tienen por alma y conciencia
La gaveta en que guardan su oro.
Al señor, de bajeza en alarde,
Ya ofrendaron sonrisa cobarde;
Y entre tanto que el pueblo suspira,
Ellos van, con la faz indolente,
A la fiesta en que baila insolente
Junto al crimen audaz la mentira.

Apartad al escriba que lleno
Del licor que en la crápula apura,
A la infiel cortesana murmura:
"Acaríciame, ven á mi seno."
Y que al alba, con labio que ruega,
Al santuario divino se llega,
Aun del vicio mostrando el afeite.
¡Ante el ara se humilla cercano,
Cuando aun guarda en la impúdica mano
El perfume que exhala el deleite!

Apartad á esos vanos doctores,
Monumentos de torpe falsía,
Que comparan á vil mercancía,
El poder, la virtud, los honores.
Monatreros que abriga una secta,
De los pueblos vorágine infecta,
Se les ve de riquezas colmados
La plegaria turbar del creyente,
Y sus autos mostrar á la gente
En los muros del templo colgados.

Apartad á ese joven caído
Que en sus noches de infaustos placeres,
Compra el beso de hambrientas mujeres,
Del honor y piedad en olvido.
Insensato, á quien falta severa
Una voz que decirle pudiera:
"La infeliz que te sigue á despecho
A la orgía en que al fin te derrumbas,
Sólo tiene en la vida dos tumbas:
El suicidio espantable ó tu lecho."

Apartad á esa turba que insana
Al tumulto en las plazas convida;
Si aguardáis, la veréis convertida
En rabiosos chacales mañana.
¿Sabe acaso, en el ciego combate,
Si es verdad ó es error lo que abate?
Su pendón es flamígera tea;
Y no tiene, en sus ímpetus dura,
De candor una lágrima pura,
Ni de un Dios de justicia la idea!

Si en el mundo tan sólo falacia
Cuenta el hombre y fatal villanía,
El poeta ¡oh dolor! clamaría:
"Para siempre baldón y desgracia!"
Y le vieran, en tétrico llanto,
Cuando tiende la noche su manto,
Cuando está la ciudad sin acentos,
Cuando todo rumor se ha dormido,—
De su hogar, por la noche extinguido,
Esparcir la ceniza á los vientos.

Como buitres en negro nublado,
Llegarían cantando victoria
Los poetas de musa irrisoria:
Aristófanes, cínico airado.
Con Petronio vibrara el estilo
Punzador del sarcasmo tranquilo.
Con Arquíloco, infando maestro
De la sátira horrenda que escalda,
Nuestro siglo sintiera en su espalda
El azote del yambo siniestro.

Pero Dios con piedad siempre mira:
Esa ardiente magnífica llama
Que infinitas auroras derrama,
Por completo jamás se retira.
Viva siempre,—á la opaca llanura,
A las almas que están sin ventura,
Al que el vicio en su pecho consiente,—
Ella ofrece, como albo horizonte,
Algún rayo en la cima de un monte,
Algún foco en la paz de una frente!

Valor, pues, corazones heridos
Por congojas y vagos deseos,
Algún día tendréis los trofeos;
En plegaria cambiad los gemidos.

Almas tristes y puras, arriba!
Que la suerte os brindó la existencia
Cuando el viento con rauda inclemencia
Los frondosos ramajes derriba.

Cuando ansiosa la duda va errante,
Ilusoria, buscando en su empeño
Percibir la verdad de su sueño
En las nieblas que mira delante . . .

Pensador que con mente discorde,
Mas con santo pavor de tí mismo,
De tu anhelo al tocar el abismo,
Te suspendes temblando en el borde!

Viajador que en la náufraga playa,
Sin abrigo, y en llanto y tristeza,
Aun mantienes la viva pureza
De la fe que ante el mal no desmaya!

Sabio ingenuo que vas á los campos
Cuando el alba risueña convida,
Y retornas con tu alma encendida
En fulgores de célicos lampos!

Luchador que sin miedo te nombras
Con la faz ante el sol levantada!
Soñador que con quieta mirada
Te confundes de todo en las sombras!

Alma buena que en arduo camino,
Y de espinas punzadas las sienes,
A la dulce esperanza te tienes,
Esa orla del manto divino!

Fiel pastor que aunque solo te halles
A la guarda perenne te aprestas,—
Para todos valor, en las cuestas,
Para todos valor, en los valles!

Ya que todos con alma sencilla
Contempléis, y el espíritu atento,
Si sois nubes, á Dios en el viento,
Si sois olas, á Dios en la orilla.

Ya que todos, en paz y cariño,
Reposéis un instante siquiera
La mirada benigna y sincera
En la flor, en la estrella, en el niño.

Ya que todos, felice ó adverso
Fuere el hado que inmoble os dirige,
Escuchéis esa nota que rige
La armonía del grande universo!

Valor, pues; tras tinieblas y estigma
El objeto vendrá sin tardanza:
El mortal que perdió la esperanza,
No es palabra, no es luz, es enigma.

De tristeza y dolor ya es bastante;
Larga ha sido la noche de enojos;
Levantad á la altura los ojos!
En la altura está Dios: adelante!

Escuchad al poeta ferviente;
Con amor escuchad al ungido;
Que en el ámbito ya oscurecido
Sólo él lleva luz en la frente.
Entre tantas desdichas y dolo,
De los tiempos futuros él solo
Ve del germen oculto el asiento:
En su pecho respira la calma;
Y Dios habla muy quedo á su alma,
Como al mar, á la selva y el viento.

¿Qué le importan envidias ni asombros?
Sin temor á pasiones mezquinas,
Mueve el polvo que cubre las ruinas,
Por alzar el pasado en sus hombros.
Cuanto el tiempo voluble deshace,
Del pasado solemne renace:
Toda idea, divina ó humana,
Si ha de erguirse triunfante en la tierra,
Es raíz que al pasado se aferra
Para el árbol prender del mañana.

El poeta, cual sol que se encumbra
Y despide sin fin claridades,
Con el verbo de austeras verdades
En el labio glorioso, relumbra:
Con fulgores mirríficos baña
El palacio, la pobre cabaña,
Las fastuosas, las míseras greyes;
Que la excelsa inmortal poesía
Es la estrella radiosa que guía
Hacia Dios á pastores y reyes.

JACINTO GUTIERREZ-COLL.

EL MEJOR CASTIGO

Estaba en silencio la floresta; melancólicamente atardecía; de las acacias florecidas se escapaba como un himno, y del sol quedaba apenas un reflejo de oro en los espacios, una auréola de luz en las montañas, un perfil deslumbrador sobre la cresta blanca de las olas. El mar batía con estruendo al pie de los peñascos.

De la azulada cumbre bajaban los pastores detrás de las ovejas; los pájaros cantaban la plegaria vespertina, henchida de religiosa unción; rumores de hojas amarillas vagaban por el aire perfumado, y del seno de las flores, de lo profundo de las grutas, de los frescos pimpollos de las frondas, de los exuberantes troncos emergían dulcísimos efluvios.

Sentado estaba en una piedra de la índica floresta el bardo de los íntimos dolores, con la mirada perdida en lo infinito, con el semblante lleno de palidez como el pétalo de un nardo, con la crespa cabeza encanecida. Se parecía á Byron por la belleza apolínea de su rostro, á Lamartine por la dulzura de sus miradas luminosas, á Tasso por el laurel de triunfo que circundaba sus cabellos. De vez en cuando suspiraba con toda la fuerza de su pecho, y volviendo la vista en torno suyo, y esgrimiendo los puños contra el cielo, y moviendo los labios con vehemencia, decía unas estrofas que parecían de oro por el brillo

IGLESIA DE SAN FRANCISCO Y ANTIGUO CONVENTO — CORO

que ostentaban, hermosas como la carne sonrosada de Venus Citerea, fragantes como un vaso de alabastro henchido de aromas regalados de gardenias.

De improviso tornaba á sumergirse en el silencio, temblándole una lágrima en la mejilla mustia, y semejaba entonces la estatua de la meditación. Pensaba en lo que duelen los desengaños de la vida, las esperanzas que se desvanecen como el nácar de una nube arrebolada por el sol, las divinas ambiciones que se sueñan y que nunca se realizan.

Pensando así, oyó de pronto sobre las hojas secas el ruido de unos pasos que venían hacia él. Alzó la frente, y contempló ante sí con embeleso casi místico á la doncella más gentil y más hermosa que pudieran admirar los mayores artistas del cincel. Clásico era aquel florecimiento de sus formas virginales, amasadas con ámbar y pétalos de rosa; azuleaban en torno de sus ojos dos ojeras á maravilla dibujadas por la mano invisible del dolor; tenían sus miradas la languidez romántica de las dulces miradas de Graziela; era pálida su tez como los cirios que arden en el templo, y al sonreir, sonreía con amargura. Vestía traje blanco como la nieve intacta, y los cabellos sueltos le caían por la espalda en apretados rizos. Un lazo de cinta azul como los cielos los amarraba cerca de la nuca.

Y al bardo le dijo la doncella:

—Yo vengo de muy lejos, de la ciudad de los palacios, del nido de las mujeres bellas, de la tierra de los galantes trovadores y las dulcísimas baladas; vengo de donde los amantes, á los fulgores de la luna, al canto del ruiseñor divino y á la caricia de los céfiros, se pasean en la noche, cogidos de la mano, por alamedas olorosas que semejan paraísos; vengo de la ciudad que se reclina en las orillas del lago Azul, maravilloso lago en cuyas ondas de líquido zafiro navegan los poetas en góndola de nácar y al sonido del bandolín de oro. Allí nací como la rosa encantadora en el rosal constelado de rocío; allí crecí como la corza en la alegría de los campos, ensalzada por los hombres, envidiada de las mujeres bellas, cantada por los bardos; allí amé con la vehemencia con que debe de amar la primavera al rubio sol. Pero un día, cuando más dichosa era, el mancebo á quien amé emponzoñó mi corazón con el olvido, y desde entonces vivo triste, porque la vida sin su amor es amargura y soledad que desespera. No te imagines ¡oh poeta! cuán dichosa fuí en sus brazos; pero duró mi dicha lo que el brillo de una flor: ¡tan sólo un día! En brazos de Lucila, la mujer más codiciada por los hombres, alegre vive hoy el que yo adoro á pesar de su desvío, mientras mi pobre corazón sufre en silencio la tristísima fortuna de gozar lo que pasó, el recuerdo de las felices horas en que los besos de sus labios me hacían sentir la ventura más grande de la tierra. Y escúchame ¡oh poeta! A pesar de amarle aún, á pesar de que mi alma no está llena sino de la amorosa esencia de la suya, de él quiero vengarme, envenenando su vida de placeres como él envenenó mi corazón, que no vivía alegre sino al rumor de sus palabras embriagadoras como el vino. Los sueños, duendes rubios como el oro y sonrosados como el alba, me dijeron anoche con misterio que aquí donde tú cantas puedo encontrar la flor cuyo perfume sirve para trocar en un instante la esperanza en desengaño, en tristeza el regocijo, la dicha en amarga desventura; y á este lugar vengo á que me enseñes con tus manos cuál es la flor que busco.

Con lo cual se sentó la doncella sobre el césped, en donde resaltaba su blanca vestidura como el ampo de la nieve en la esmeralda de la cumbre. Guardó silencio el bardo con la frente apoyada entre las manos, y al cabo dijo en voz sonora como la vibración de un arpa:

—La flor que buscas, niña hermosa, no hace sufrir ningún dolor, sino que mata lentamente con el aroma intenso que vierte de su seno. La flor que los sueños te dijeron, es la dulce y fragante adormidera, que se cierra con la aurora y se abre con el primer destello de la luna, con la primera estrofa del inspirado ruiseñor, con la última campanada del *Angelus*. Al aspirar su aroma, es verdad que se siente morir uno, pero en los brazos del ensueño delicioso, de la felicidad suprema, de divinas laxitudes. Mata.... ¡pero qué muerte ¡oh niña! la que da! Sin sufrimiento, sin desesperación, sin agonía! Se nos llena de flores el camino de la tumba, y á entrambos lados del camino suenan músicas de ángeles.

—¿Es mi venganza entonces imposible?

—No, porque yo voy á darte lo que quieres.

—¡Será verdad!—clamó la niña, con el incendio de la alegría en los ojos.

—Escucha—le contestó el poeta, como transfigurado por sus recónditos dolores.—Lo que padeces tú, lo he padecido también yo desde hace mucho tiempo, pero con más crueldad, porque el poeta, por la blandura de su alma y la vehemencia de su temperamento, siente más los amargos dolores de la vida. Ya ves que mi semblante está marcado con la huella del más hondo sufrimiento, y que en mis versos no hay sino elegías empapadas en lágrimas ardientes. Angelina se llama la mujer á quien amé con todas las ternuras de mi alma, con todas las bondades de mi sér, con la alegría inefable y el generoso culto del que encuentra hecho carne el ideal sublime que persigue por el mundo. Si se tomase aquel afecto para cristalizarlo, sería nieve iridiscente por lo puro y por lo limpio. Ella también me amó, y fuí feliz.... pero tan sólo una mañana. Con el desvío, con la traición, con el perjurio pagó un día este cariño santo que siento por ella todavía, y desde entonces la tristeza es el ambiente de mi espíritu, la soledad mi único bien, mi bandolín de oro el confidente de mis penas. Saben á llanto mis estrofas, creo en poco ó casi en nada, y el desaliento me acompaña por doquiera. La amo todavía, porque todavía es ella la encarnación de mi ideal; pero la amo con la tristeza que me da la convicción de que jamás podré llegar á poseerla, y de que aun poseyéndola algún día, yo no tendría la dicha que ambiciono, porque el infierno de los celos consumiría mi corazón. ¡Imagínate, pues, cuál no serán mis lágrimas de amargas, y si con sólo una de ellas no bastaría de fijo para envenenar una existencia!

Y al decir esto el poeta, dos lágrimas redondas, cristalinas, ardientes como el fuego, brotaron de sus ojos y se quedaron en los párpados temblando. La niña le contempló en silencio, y al fin él agregó:

—Lo que tú buscas, niña hermosa, es lo que yo te ofrezco en este instante: algo que sea capaz de henchir de celos á quien no tuvo piedad para engañar. Acércate, recoge una de mis lágrimas en el capullo de una flor, llévala contigo al modo que se lleva un hallazgo de gran precio, propínasela á *él* en la copa de champaña que han de apurar sus labios esta noche en los brazos de su amada, y ya verás como mañana es infeliz, porque los celos son el veneno más grande de la vida, y en cada una de mis lágrimas está disuelto ese veneno.

Alegre y presurosa, la niña se acercó al poeta; en el abierto cáliz de una campanilla azul recogió una de las dos lágrimas que en sus párpados temblaban; posó un ósculo en su frente con la piedad que inspira el sufrimiento, y se alejó cuando la luna comenzaba á brillar en lo infinito, á cantar el ruiseñor en las acacias, á desplegar sus hojas la blanda adormidera.

GONZALO PICON FEBRES.

ESTUDIO DE ANDRÉS PÉREZ MUJICA

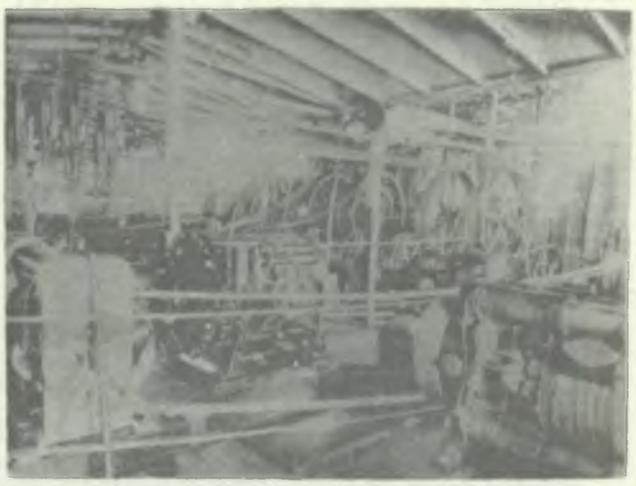
EDIFICIO DE LA LUZ ELÉCTRICA
VISTO POR LA CALLE DE LA MARINA

DEPARTAMENTO DE LAS CALDERAS

DEPARTAMENTO DE MAQUINAS DE VAPOR

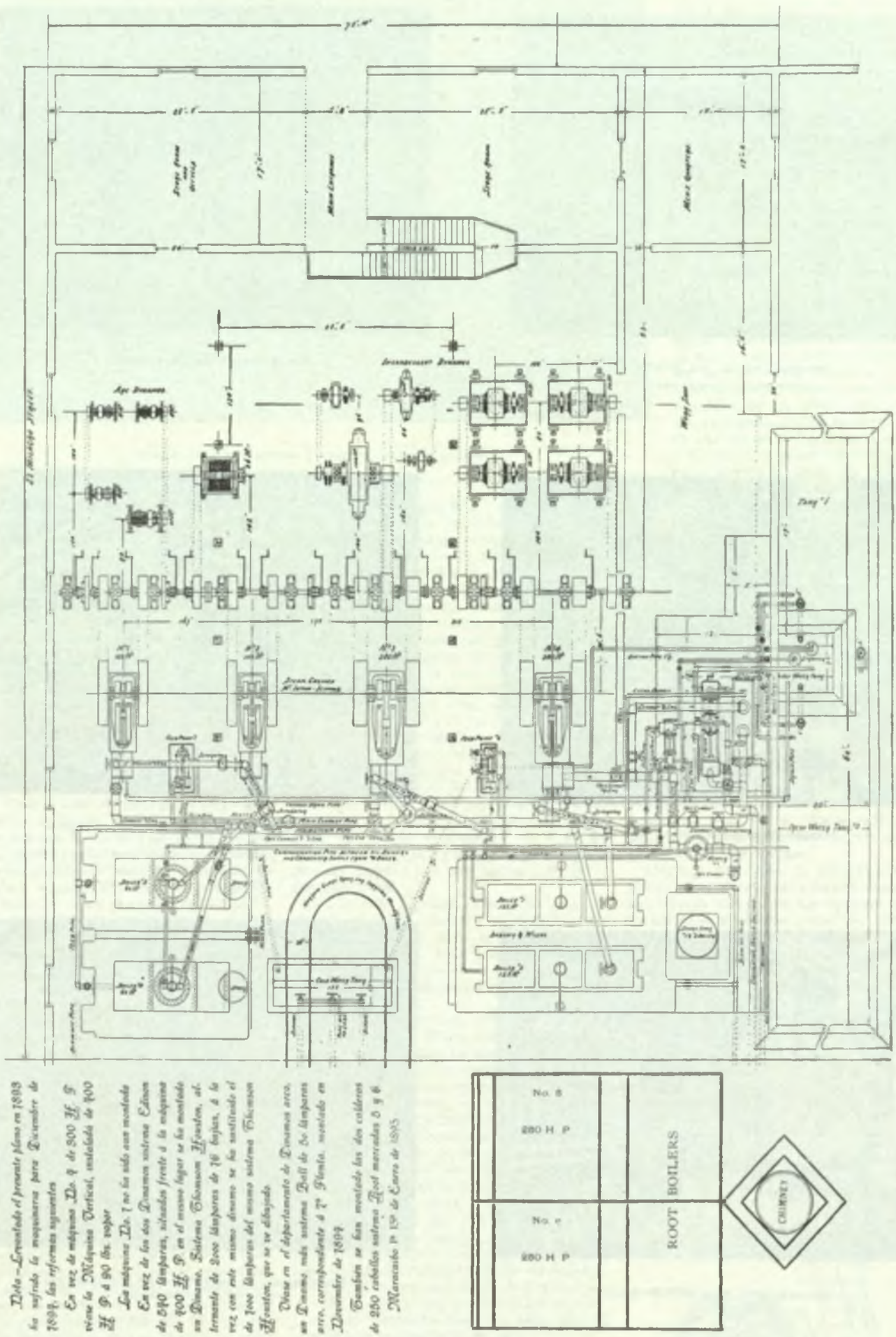
DEPARTAMENTO DE PRODUCCION DE ELECTRICIDAD

DEPARTAMENTO DE "SWITCHS-BOARDS"



DEPARTAMENTO DE PRODUCCION DE ELECTRICIDAD
SECCION DE ALUMBRADO DE ARCO

EDIFICIO Y MAQUINARIA DE LA LUZ ELÉCTRICA EN MARACAIBO — (VENEZUELA)



Nota—Levantado el presente plano en 1893 ha sufrido la maquinaria para Diciembre de 1894, las reformas siguientes

En vez de máquina No. 9 de 800 H. P. tiene la Máquina Vertical, instalada de 900 H. P. á 90 lbs. vapor

La máquina No. 7 no ha sido aun montada

En vez de las dos Dinamos sistema Edison de 540 lámparas, situadas frente á la máquina de 900 H. P. en el mismo lugar se ha montado un Dinamo, Sistema Thomson Houston, alternado de 2000 lámparas de 16 bujías, á la vez con este mismo dinamo se ha sustituido el de 1200 lámparas del mismo sistema Thomson Houston, que se ve dibujado.

Tiene en el departamento de Dinamos arco, un Dinamo más sistema Bell de 80 lámparas arco, correspondiente á 7ª Planta, montado en Diciembre de 1894

También se han montado las dos calderas de 250 caballos sistema Root marcadas 5 y 6

Maracaibo 1º de Enero de 1895

MAQUINARIA DE LA LUZ ELÉCTRICA DE MARACAIBO

CRONICAS LIGERAS

LIBROS—PALOS BARATOS—OTRA VEZ EL "SPORT"—CRISIS

Dios gracias hoy sobran medios de adquirir ilustración, á poco costo.

El que no lo haga así es por pura desidia.

¿No han notado ustedes que cada día aumenta el número de los vendedores de libros ambulantes? (Ambulantes los vendedores, no los libros.)

Pues bien; es que hay en la vida del hombre, y creo que en la de la mujer, épocas en que se requieren esfuerzos inauditos para no perder de vista el pan cotidiano, y hay que sacrificarlo todo á este saludable propósito; todo, todo; el amor propio, y aun el ajeno (el sacrificio de lo ajeno algunos lo extienden hasta los objetos) las prendas morales y las de metal; las ideas, los gustos y aficiones.

En tales períodos de inopia, los hombres de letras, que suelen no poseer más joyas que las literarias, luégo de escrudiñar en vano gavetas y cofres, fijan su mirada angustiosa en la biblioteca, suspiran repetidas veces, y se disponen á echar á la calle lo más ilustre de sus amigos intelectuales.

Pero desgraciadamente en ninguna casa de empeño dan dos pesetas por Shakespeare, ni una por Victor Hugo, ni media por toda la familia Dumas. Y se vende á todos estos genios á como caiga.

De aquí la abundancia de libreros improvisados.

Por cierto que algunos de ellos complican el comercio de libros con otros ramos, y suelen detenerle á usted en la calle para decirle:

—Caballero; cómpreme *esta* Divina Comedia. Mire usted qué edición tan lujosa. ¡Qué láminas!..... Este es Dante llegando al infierno..... esta es Beatriz..... este es.....

—Por ahora no compro nada.

—Fíjese usted en esa pasta.

—Bueno, bueno, otro día.....

—Pues, hombre; cómpreme esta gallina.....(*)

—Pero, señor.....

Cójale el peso..... ¡Qué hermosura!..... Por siete y medio se la.....

—¡Vaya usted al diablo!

A uno de estos comerciantes *híbridos* le compré un día, en una sola factura, lo siguiente: — Œuvres de Molière—La Guerra Castro-Francesa—Dos pares de medias—La Sagrada Biblia, y un reverbero.

***

En oposición á la carestía de los artículos de primera necesidad están los porrazos á precio de suegra.

He leído en un periódico noticioso esto:—"Anoche un sujeto le dio á otro, que se negaba á pagarle tres reales, seis palos, en la esquina de Solís. (Es decir, los golpes debió el aludido recibirlos en la caja del cuerpo, y la esquina de Solís sería el teatro del suceso.)

Pero con todo ¡qué baratura! Seis palos por tres reales! .....¡A medio cada palo!

(*) Histórico.

LA HACIENDA MUNDO NUEVO Á INMEDIACIONES DE CIUDAD BOLÍVAR

LA CASA DE LA HACIENDA

MORICHALES

***

El artículo 6º del contrato celebrado para establecer en el Distrito Federal las carreras de caballos, dice, poco más ó menos:—"Las carreras se verificarán exclusivamente entre caballos nacionales, y sólo en ciertos casos se permitirán carreras internacionales."

Vaya, hombre; que alguna vez hemos antepuesto los compatriotas á los extranjeros.

Ahora, con esa preferencia acordada á las bestias nativas, estarán de plácemes varios amigos míos..... partidarios del proteccionismo.

¡Qué suerte tienen los brutos!

***

Cuando esta croniquita vea la luz acaso esté resuelta la crisis ministerial que nos preocupa; pero, hoy por hoy, no se pueden dar dos pasos en la calle sin encontrar un sujeto que nos llame para preguntarnos:

—¿Cuáles son sus Ministros?

—Hombre; no uso.....

—Pues ya yo me sé de memoria el Gabinete: Interior, Fulano; Exterior, Mengano; Instrucción, etc..... Con cualquiera de ellos me prendo.

Otras veces es un sujeto de aspecto ruinoso, que huele á cesante y á ron, quien nos agarra por el brazo, nos mete en un zaguán cercano, y con acento misterioso nos dice al oído, quedo, muy quedo:

—De Hacienda don Zutanejo; pero..... grado treinta y tres, eh?

—¡Ajá? Y usted lo conoce?

—¡Baaah! Fuimos contrabandistas juntos.

—¡Caracoles! Pues le doy la enhorabuena.

—¡Chitón!

Familias enteras han perdido el sueño desde que andamos en eso de la crisis; y hay quien le ha dicho á su casero, al presentarse éste con un tomo de recibos atrasados:

—Oiga usted, don Inocente; tenga un poco de paciencia, que mi tío Caracciolo irá al Gabinete, y entonces, no sólo le pagaré sino que..... ya usted sabe las cosas.

—¿Es cierto eso?

—Como usted lo oye: contesta el moroso, dándole tres palmaditas á don Inocente, que sonríe con fruición, y piensa para sí:—"Si sube esta familia voy á ver si me salvo de los medios alquileres..... No pueden decir que no los he considerado.

JABINO.

EL BAÑO — EN LA HACIENDA MUNDO NUEVO — CIUDAD BOLÍVAR

CARTAS

DE UNA VIAJERA VENEZOLANA A UNA SU AMIGA DE CARACAS

II

Querida Pilar: Fiel á la línea de conducta que "me tracé" en mi primera carta, te escribo esta segunda sin adoptar el aire solemne de esas estiradas imitadoras de la Pardo Bazán, que atienden especialmente á la opulencia de las frases, relegando así al olvido las ideas y fatigando del mismo modo á sus lectoras con remilgos académicos y cursis.

Enemiga yo de estos aderezos de estilo y de aquellas escrupulosas correcciones, entro de lleno en mis "informes" participándote que al fin y á la postre el tan odiado y pegajoso verano agonizó de muerte violenta, restituyendo á sus hogares madrileños á ese "gran mundo" ávido de olfatear las brisas otoñales. Allá en Biarritz y San Sebastián los rezagados se empeñan en gozar algunos días más de las regias vacaciones; entre ellos los reyes de Servia, los de España, los grandes duques y un par de docenas de aristocráticos, ó adinerados personajes, no requeridos por los afanes de la capital ni por los cuidados del trabajo.

Todavía vienen los regionales periódicos lujosos en relatos de bailes, de regatas, de conciertos, de representaciones teatrales y de carreras de velocípedos; todavía se oyen en los jardines frondosos de aquellos hoteles las músicas que arrullan dúos de amor, sueños dorados, y proyectos de dichas futuras.

La gente que regresa, no obstante, constituye el mayor número y es de oir el bullicio incesante de las estaciones y de presenciar el desfile interminable de los ómnibus cargados de viajeros y equipajes en montones. En los andenes, cuando llega un tren rebosante de excursionistas, anciosos como los pájaros de encontrarse de nuevo en sus nidos abandonados, el barullo es verdaderamente indescriptible..... Una babel, hija! Un abigarramiento de seres y de cosas que marea y enloquece: los gritos de los mozos, las voces de los empleados, los ofrecimientos de los cocheros, las "promesas" de los agentes de hoteles y fondas; y á todo esto unidos, mezclados y confundidos los besos, las risas y las exclamaciones de las familias que llegan y de las otras que esperan. Hay un momento en que la confusión, creciendo, creciendo llega al colmo y sale úna aturdida y desesperada abriéndose bruscamente paso por entre aquella revuelta muchedumbre.

Y ya en la calle al contemplar el animado tropel; cuando cruzan los vehículos á todo correr por las principales arterias de la alegre ciudad, se empieza por meditar en las heroicidades de estas familias, ó de muchas de ellas, que sostienen un lujo exhorbitante, superior á sus rentas y que viven como reinas y como reinas se divierten en el infierno.

En el invierno se abren los grandes teatros, siendo el de mayores atractivos, por de pronto, el Real, en donde oiremos divas como la Tetrazini, la Darclée y la Pacini; tenores como Stagno y Marconi; bajos como Navarrini; caricatos como Baldelli; una orquesta de 150 profesores, un nutridísimo coro; y un no menos nutrido cuerpo de bailarinas—que dan el opio á los pollos—según ellos mismos confiesan.

El mundo literario también se prepara á librar sus habituales campañas y próximamente empezarán á ofrecernos las primicias de sus talentos en el periódico, en el libro y en el teatro; en el teatro sobre todo donde se esperan con ansiedad las obras del inmenso Echegaray; de Pérez Galdós, á quien como tu sabes se le volvió el santo de espaldas ha más de dos años; de Feliú y Codina que promete darnos algo superior á *La Dolores;* de Joaquín Dicenta, el más aventajado de los jóvenes autores españoles, y por último, del mismísimo *Clarín*, á quien yo te aseguro que si silbaron en la última temporada, no fue por mal escritor, sino por feo...

Mientras se organizan las compañías dramáticas que estrenarán las producciones de esas notabilidades literarias en octubre, noviembre y diciembre, las damas apuran á las modistas, hacen acopios para el tocador y revuelven los brillantes y ricos escaparates de la Carrera de San Jerónimo, que son el castigo de los maridos complacientes y la eterna pesadilla de los padres de niñas por merecer.

Los hombres á los Casinos, á los corros del Café inglés, á la mesa de Lhardy, y á los escenarios de los teatros por hora.

Todo esto sin perjuicio de los aristocráticos salones, donde al claro y tibio resplandor de la luz eléctrica, invitan á la tertulia íntima, al tresillo, al té, á las conversaciones chispeantes (!), á la fiesta del amor y al vals.....

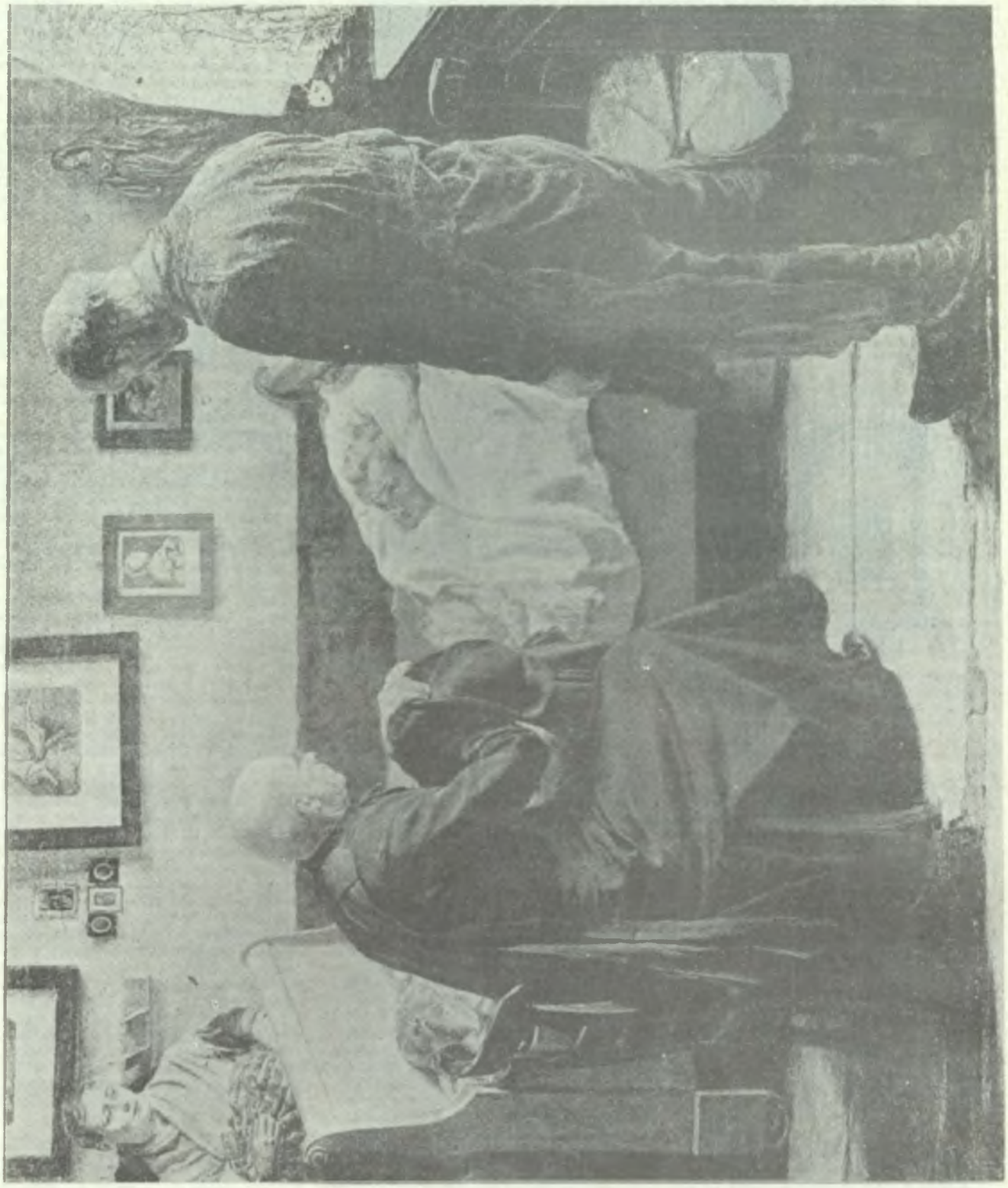
Ayer comenzó á animarse la ciudad con los *pomposos* festejos que nos ofrecía el Ayuntamiento en el Retiro y cuyos productos servirán para socorrer á las familias de los reservistas que van á Cuba. Pero como todo lo del Ayuntamiento madrileño, que es mucho peor que el de Caracas—si es que en Caracas hay verdadero Ayuntamiento—los festejos resultaron unos tantos fiascos, como los que nos contó no recuerdo qué cronista nuestro en Madrid al revistar las fiestas de Mayo.

Hubo diana y cohetes; y comidas populares y regalos en el estanque grande del Retiro y conciertos al aire libre: mucha gente, mucho ruido, cuatro morteros sin consecuencias y nada en dos platos. De modo que el entusiasmo del público se convirtió en hastío y los periódicos al día siguiente vinieron echando chispas y llamando "mamarrachos" á los pobres concejales.

Si Dios no lo remedia en mi próxima carta tendré que echar mano de la retórica insustancial para darle amenidad y movimiento á mis inocentes informes; y mientras se despide con un beso prolongado tu amiga del alma.—MATILDE.

Por exigencia suya firma

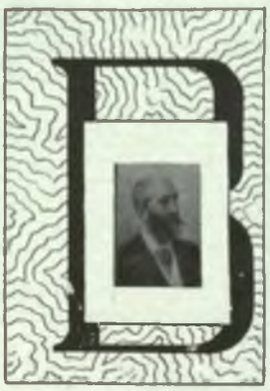
MIGUEL EDUARDO PARDO.



LAMARTINE Y JOSE M. DE HEREDIA

De *Las Dos Naciones*, periódico que se publica en San Luis (Estados Unidos), tomamos la semblanza de Lamartine, trazada, entre otras, por J. M. de Heredia, al recibirse en la Academia Francesa.

Dice así:



BENDITO sea M. de Mazade por haber escrito un libro sobre Lamartine.

¡Lamartine! Su nombre, dulcemente sonoro, fue el primer nombre de poeta que acarició mi oído. Sus versos fueron los primeros que retuvo mi memoria, cuando, muy niño aún, arrodillábame en el amplio lecho maternal, y, juntas las manos, recitaba palabra por palabra, siguiendo una voz muy querida, que dejó de vibrar hace mucho tiempo, la plegaria matinal:

¡O père qu' adore mon père:
Toi, qu' on ne nomme qu' à genoux,
Toi, dont le nom, terrible et doux,
Fait courber le front de ma mère:

Lamartine es (decía Humboldt en 1843) un cometa, cuya órbita no ha sido medida aún.

Sólo veinticinco años después de su muerte, y en las postrimerías de este siglo, cuya gloria más pura es, empezamos á comprender cuál fue la grandeza de aquel poeta del pensamiento y de la acción, que reunió en sí todos los rasgos y todas las formas del genio.

Grecia, después de haber enaltecido la lira de Lamartine hasta las estrellas, habría convertido á este mortal, cuya vida resume tántas otras, en algún personaje mítico; en otro Orfeo, porque domó la más feroz de todas las fieras: al hombre; ó en algún Belerofonte, vencedor de la Quimera y ginete sobre el caballo alado de las Musas; caído del cielo como aquél, y que rinde la vida, según dijo Homero, con el corazón consumido por los pesares; solo, huyendo de los senderos transitados por los hombres. Para nosotros es el representante más noble y ejemplar de la humanidad: el héroe moderno.

Es el primogénito de la trinidad poética contemporánea. La radiante claridad de su numen es la primera que deslumbra al siglo. *Los poemas* del puro y sombrío Alfredo de Vigny, las *Odas* del niño sublime que había de ser Víctor Hugo, no aparecieron sino dos años después de las *Meditaciones*. También es el primero de los poetas franceses dotado con el sentido de lo infinito. Su poesía es sencilla, esencialmente religiosa. Asciende como un canto. Lo ha espiritualizado todo: la naturaleza, el hombre, las pasiones, el ensueño mismo.

Carece de arte, ha dicho un escritor muy sutil; y esta frase, de profundo sentido, da á entender lo que fue aquel genio, tan espontáneo, que parece inconsciente.

Con frecuencia se ha opuesto la entidad de Lamartine á la de Víctor Hugo. Hasta se ha pretendido, aunque en vano, compararlas. Ambas son incomparables.

Lamartine es el cantor sagrado, á quien un dios inspira.

Víctor Hugo, es, en el sentido antiguo de la palabra, el poeta; el que compone versos excelentísimos. Dueño absoluto del verbo y de las imágenes que suscita, conoce todas las palabras de la lengua, su poder virtual, el sentido de sus relaciones misteriosas, y las notas extrañas, y las inauditas harmonías que pueden arrancársele. A fuer de visionario prodigioso, es tal su poder objetivo, que materializa las ideas. Hace tocar lo impalpable y ver lo invisible. Ha encontrado colores para pintar la sombra é imágenes para representar la nada; ha adivinado todos los secretos del arte y nos los ha trasmitido. Todos nosotros le somos deudores de algo.

Lamartine, al contrario, desconcierta al análisis por su divina sencillez. Ni ¿qué importa? De un modo ó de otro, el *Lago* y el *Crucifijo* ¿no son los más hermosos cantos de amor que han inspirado al hombre, de existencia efímera, la eternidad de la naturaleza y el deseo de la inmortalidad?

El poema de la vida activa de Lamartine comienza al día siguiente de las *Harmonías*. La revolución de 1830, rompiendo el lazo que lo une á la realeza tradicional, déjalo libre cuando ya había aprendido del Imperio lo que valía la libertad. Los Gobiernos no eran á sus ojos sino instrumentos de civilización.

Guardó Lamartine, sin embargo, á la Monarquía de Julio el rencor de realista caído; y al juzgar perdidos á los Borbones de la primera rama, era ya, inconscientemente, republicano. Con la previsión que poseía como dón singular, adivinaba que había de intervenir en las próximas catástrofes. Para soñar con ellas, y para soñar al mismo tiempo los grandes poemas que había concebido, se fué á Oriente, donde quiere ver la cuna de las razas, la tierra de los Profetas y meditar en el Calvario.

A su regreso entra en la Cámara. Toma asiento en el techo, como él decía.

En política, las combinaciones inmediatas, la lucha cotidiana y el aspecto práctico de las cosas, le interesan poco. Pero en aquel campo, como en el de la poesía, ejercita la imaginación adivinadora, y abarca los conjuntos con amplia mirada, que alcanza á largas distancias. Habla, y desenvuelve magníficamente ideas y ensueños, que lo porvenir realizará, en una serie de discursos animados con aliento verdaderamente profético, sobre la cuestión de Oriente, los caminos de hierro, la vuelta á Francia de los restos de Napoleón y las fortificaciones de París, para no citar sino los más célebres.

Es un visionario para quien la tribuna es trípode y cuyas oraciones son oráculos. Predice, y no por medio de sibilíticas circunlocuciones, sino en términos formales y precisos, la apertura del istmo de Suez, el inmenso desarrollo de las vías férreas, las dificultades actuales entre el Estado y las grandes Compañías, el segundo Imperio, la unidad de Alemania, el sitio de París, la guerra civil que lo siguió . . . y ¡qué sé yo cuántas cosas más!

Antes que nadie, suscita en la Asamblea la cuestión social. Su alma generosa, movida por la caridad que le inspira el género humano: "Tengo el instinto de los pueblos," exclama en 1828. Y algunos años después: "El espíritu social ha reemplazado al espíritu monárquico."

La Cámara, momentáneamente encantada, lo escucha. Francia lo oye.

Encuéntrase entonces en el apogeo de su gloria.

Publica á *Joselyn*, el único gran poema moderno, sublime y familiar á un tiempo. Dos años después, en mayo de 1838, da á la estampa *La Caída de un Angel*, de concepción desmesurada y desigual estilo; ya espléndido, ya confuso. *La Caída de un Angel*, á pesar de sus incoherencias y de las complacientes concesiones á que conduce una ejecución apresurada, sigue siendo el único gran poema épico del siglo. Durante el año siguiente aparecen *Les Recueillements*, su última obra lírica. Dijérase que siente impaciencia por librar al poeta de su carga, para estar más dispuesto á la acción. Desde entonces la Historia, resucitada ó viviente, apodérase de él por completo. Para la Francia que se aburre, escribe *Los Girondinos*: el poema de la Revolución.

La Historia se ha apoderado de él. La acción lo empuja, lo apasiona, lo embriaga; y desde la altura de sus ensueños, bruscamente va á precipitarlo al gobierno. Sólo manos débiles, manos de viuda ó de niño, podían detenerlo. Y su propio destino lo arrastra. "Una oleada de terror—había dicho—me entregará el timón roto. Una tempestad me arrojará á la nada."

Y su profecía se cumplió.

Llegó la tempestad prevista.

Desde febrero hasta junio de 1848, fue el heroico timonel de la nave de Francia, que combatida por el mar, contrastada por la tormenta, y á los resplandores del rayo, navega hacia lo desconocido, sin que nada pueda hacerla zozobrar.

Durante aquellos tres meses fue el alma elocuente de la patria; el intrépido tribuno de la paz y de la humanidad.

La silla de paja desde la cual, el 25 de febrero, frente al Hotel de Ville, al resplandor de los sables, de las bayonetas y de los fusiles á punto de disparar; dominando el tumulto, los gritos, las detonaciones y el toque de somatén, arengó al pueblo amotinado haciéndole abatir la bandera roja, parécenos más sublime que la tribuna de los Gracos ó la de Mirabeau.

El 17 de marzo comienza de nuevo aquella jornada legendaria.

Día por día prodiga el poeta su vida y su genio; y en cada uno de ellos se nos muestra más rico de elocuencia y abnegación. El oro que aún le queda lo dilapida en obras de caridad; y Francia es quien lo da por su mano. Y todo lo da; y se entrega él mismo. La naturaleza lo había hecho patricio. Sus sentimientos populares no eran más que la suprema liberalidad de su alma, grande y noble.

El 23 de abril Francia elige, y tres millones y quinientos mil votos lo aclaman. La Constituyente lo declara benemérito de la patria; y el 6 de mayo, cuando va á dar cuenta de su Gobierno, la Asamblea en masa, levántase ante él. Fue el rey de una hora. Francia estaba en sus manos, pero la dictadura que le ofrecían le era odiosa. No quería ser, á lo sumo, sino el primero de los ciudadanos, puesto que era el mejor. Su probidad cívica lo perdió. El único crimen que puede echársele en cara es un exceso de generosidad. Porque cuando un pueblo está cansado, cuando es incapaz de ser libre, no perdona á la virtud demasiado eminente que se ha negado á servirle, siquiera sea en sus instintos de esclavo.

La caída de Lamartine fue tan rápida y aterradora como inmerecida é irremediable.

Reaparece el 15 de mayo para cumplir con su deber. Y durante las jornadas de junio, se le ve pasar á caballo, yendo hacia las barricadas, con la cabeza descubierta, sonriendo á la muerte, que deseaba y que buscó.

Pero le era preciso expiar su genio y pagar con creces el rescate de tánta gloria. Vivió. Conoció la sociedad de su tiempo. El golpe de estado de diciembre lo había relegado á la sombra. Envejeció en ella diez y ocho años, olvidado, arruinado bajo el peso de inquietudes y de penas renovadas continuamente, y sin tener ni aun el derecho de desesperar. Porque él mismo se había condenado, como se ha dicho exactamente, á los *trabajos forzados* de la honra. Sufrió su pena hasta el fin, y convirtió en oficio su genio. La pluma del

gran cisne blanco, como él se complacía en llamarla tiempo atrás, ya no era sino una herramienta servil.

Tengamos valor para decirlo, señores: Francia fue ingrata con Lamartine. Había contraído con él una deuda sagrada que no pagó; y no teje ahora, sino tardíamente para la sombra de aquel gran poeta que fue un gran ciudadano, la doble corona que merecía, de encina y de laurel.

Lamartine sacudió el yugo de la vida el 27 de febrero de 1869.

La muerte, clemente con él, lo libró de presenciar el desastre de 1870.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA ELOISA DE SILVA GANDOLFHI

Pasa en un salón la escena,
De azul y oro exornado;
Un retrato en el estrado,
Imagen de gracias llena.

Fijo extasiado la vista
Y deténgome gran rato,
Admirando en el retrato
La creación del artista.

¡ Cuánta gracia y qué vigor
De contornos y apostura !
¡ Incomparable hermosura !
¡ Sueños del joven pintor !

Sustenta imperial cabeza
Cuello labrado en marfil,
Y en la sonrisa sutil
Revela el labio entereza ;

La altivez del pensamiento
Brilla ardiente en la mirada,
Y en la frente nacarada
La aureola del talento.

Sobre la tez de azucena
Ligeros tintes de rosa . . .
¡ Nunca pudo más hermosa
Pintarse á la argiva Elena !

Para crear tal primor,
Del arte bello ideal,
Rayo de aurora boreal
Por pincel usó el pintor ;

Que no en humano modelo
Tanta belleza vería,
Y sólo hallarla podría
En los ángeles del Cielo . . .

Cuando el pensamiento así
Frente al cuadro divagaba,
Alguien sentí que cruzaba
El salón detrás de mí ;

Y al volverme con recato,
En tí encuentro el ideal,
El hermoso original,
¡ Más hermoso que el retrato !

DIEGO JUGO-RAMIREZ.

1894.

ARREPITA DE MANTECA — [Grupo de Rafael Atché]

EL INDIVIDUALISMO Y LA ANARQUÍA EN LITERATURA

Federico Nietzsche y su filosofía

(DE EDOUARD SCHURÉ)

I

Hace cien años se ha observado que la evolución literaria va del individualismo al socialismo. Si por "individualismo" se entiende toda concepción de la vida que tienda al desarrollo del individuo sin inquietar la sociedad, y por "socialismo" toda doctrina que subordine ó sacrifique el individuo al orden social, la primera mitad del siglo está, en efecto, caracterizada por un poderoso desenvolvimiento de la individualidad en todos sentidos; en tanto que del promedio acá se nota una invasión gradual de las preocupaciones sociales.

Considérese el movimiento literario de los últimos veinte y cinco años; obsérvense, sobre todo, las tendencias de las nuevas generaciones, y veráse que, al contrario, lejos de abdicar ante el socialismo, el individualismo crece en avasalladora proporción: ha llegado á la faz culminante de la anarquía cuasi licenciosa. No se conforma con proclamar con Rousseau el derecho divino del sentimiento y de la pasión, ni con Goethe el derecho del hombre al desenvolvimiento harmonioso de sus facultades. Es hora de rebelión contra todo lo que existe ; es declaratoria de guerra á todo el pasado, á los principios de la moral misma, al sentimiento religioso, á la filosofía y á la sociedad. El culto intenso del *yo;* la proclamación de la soberanía individual, estatuida en absoluto, han llegado á ser prácticas mentales, costumbres literarias. Y considerándolo todo serenamente, tales efectos, tienen por causa no tanto la desigualdad social y los sufrimientos de ciertas clases, como la desintegración del pensamiento filosófico que dirige al siglo. Para remediar el mal, los noveladores y los moralistas del opuesto bando niegan al individuo toda independencia y reclaman de él la abdicación absoluta de su sér intelectual en aras del bienestar social y aun de la caridad.

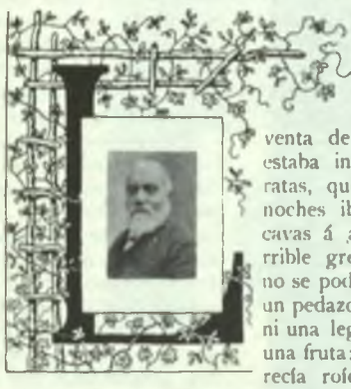
Tan opuestas concepciones no pueden, en verdad, encontrar su síntesis sino en una idea superior que se aplique de modo igual á la esencia del individuo como á la esencia social. Limitémonos por ahora á exponer que ambos adversarios, combatiendo por su lado, han venido á encontrarse á la postre. Mejor armados y más vigorosos que lo fueron jamás, hállanse sobre el campo, empeñados en lucha encarnizada, cuyo triunfo no puede decidirse si será para el socialismo nivelador ó para el anarquismo universal.

En la literatura contemporánea no ha habido hasta hoy ejemplo de individualista más convencido y más radical que Nietzsche. Se ha situado en polo opuesto á Tolstoy. Si éste reclama el sacrificio entero del individuo á la sociedad, su antagonista pretende que la sociedad obedezca por completo al individuo más fuerte en el orden intelectual. Nietzsche personifica al individualismo en su grado supremo, con tal energía que lo coloca á cien codos sobre los *dilettanti* ordinarios del *yo*. No se parece en nada á esos nuevos Narcisos que miran, sonriéndose, su rostro irónico en un lindo espejo y dicen á sus espectadores maravillados: "Haced como yo y seréis felices ; lo otro es tontera superlativa." Tiene el gran germano los defectos del orgullo, pero los compensa su cualidad señora: el desprecio de la popularidad. Amargamente ha perseguido la verdad por ásperos senderos, escarpados y llenos de peligros. Ha vivido vida de torturas, en medio de una enfermedad cerebral agravada por un trabajo exagerado; ha conocido la desolación de los grandes retraímientos y ha bebido su cáliz hasta la hez; ha jurado encontrar al hombre sobrehumano en sí mismo, negando el alma, negando á Dios y pasándose á la humanidad. El caso de Nietzsche es la enfermedad de las generaciones contemporáneas: inteligencia hermosa y amable, alma de artista, sueña con una belleza trágica que da á su personalidad el valor de un símbolo. Su mejor biógrafo, Mme. Lou-Andréas Salomé ha dicho: "No ha vivido nunca fuera de sí mismo; su vida es toda ella el drama desesperante de su propio pensamiento." Aquella tragedia interior de la que es héroe, verdugo y víctima á la vez, en la que todos los pensamientos se hacen personajes y á veces espectros pavorosos, podría titularse: *el drama del orgullo intelectual ó venturas y desventuras de un ateo místico.* Merece, por todo eso, un puésto en la historia del pensamiento moderno. Estudiándolo, estudiaremos también una de las más notables afecciones morales de este fin de siglo.

ELOY G. GONZALEZ.

GRANDEZA Y DECADENCIA DE MINON-MINETTE

UN DRAMA EN UNA CAVA



La casa del barrio Mouffetard, vecina á una venta de volatería, estaba infestada de ratas, que todas las noches iban á las cavas á armar horrible gresca. Allí no se podía dejar ni un pedazo de carne, ni una legumbre, ni una fruta: todo aparecía roído, devorado, sucio; perdido, en fin. Era una desolación abominable.

Pero llegó Piramo..... Desde luégo hubo buena cantidad de ratas estranguladas: con estas ejecuciones la tribu se hizo más prudente y ya no se aventuraba á sus expediciones sino después de que roedores expertos exploraban el campo, dejando centinelas que advirtiesen la aproximación del terrible perro, para huir á la desbandada por agujeros sólo de ellos conocidos.

Muchas veces Minon-Minette, viendo á su amigo Piramo engolfarse en las negras profundidades de la cava, había querido, por simple curiosidad femenina, acompañarlo y descender hasta allá con él. Pero el buen perro se había opuesto siempre á ello: conocía el peligro y temía un accidente. Con el hocico apartaba suavemente á la gata, que en vano tomaba aires de coquetería ofendida y se ponía mohina ó zalamera.

Tal resistencia hería su orgullo: se había jurado que iría sola á donde no se la quería llevar, para demostrarle que no era su esclava.

Aconteció, pues, que un día que Piramo había salido á dar una vuelta con la portera, Minon-Minette observó que la pesada puerta de la cava había quedado entreabierta. Miró á su redor por si alguien la acechaba y con un paso disimulado se escurrió por la estrecha abertura, alargando su delgado cuerpo, y se encontró sobre el primer peldaño de una escalera que bajaba en espiral hasta la oscuridad. Sintió un vago extremecimiento de temor y quizá iba á revolverse cuando la puerta, tirada sin duda por alguien que pasara, se cerró tras ella: había quedado prisionera.

Hizo un esfuerzo de valor y descendió resueltamente, aunque sin precipitarse, uno á uno los peldaños de la escalera, olfateando, no sin inquietud, á derecha é izquierda, para orientarse. Veía claro en las tinieblas y no encontraba nada sospechoso en aquellas vastas y sombrías galerías en las que vagaba libremente por primera vez.

El placer de la desobediencia, el sentimiento de su audacia la animaban: estaba encantada del golpe que había dado y, levantando la cabeza, arrugando las narices, con una mirada de suspicacia satisfecha, abarcaba aquel dominio del que se había intentado excluirla.

De repente, vio pasar como una forma gris, que desapareció, con un grito, por un ancho agujero. Dio un salto atrás y echándose sobre las cuatro patas, erizado el mostacho, fijó los ojos en un par de pupilas que centelleaban á la entrada del agujero. Eran los de una rata enorme, una de esas ratas negras que á primanoche salen á remover los montones de inmundicias de las calles extraviadas.

El roedor hizo alto por un momento al borde del agujero, como si se encontrase inopinadamente con un enemigo que la casualidad hubiese puesto ante sí; lanzó una especie de grito de llamada y una segunda rata salió por la misma dirección y se colocó al lado de la primera.

A aquella siguió otra, y otra: los cuatro hijos Aymon de la gente ratonesca parecieron consultarse un momento, en presencia del común peligro; Minon-Minette sintió como frío de muerte correrle por el lomo; lanzó como un chirrido áspero y ronco, que podía tomarse como un signo de terror ó de cólera, é involuntariamente, sin saber lo que hacía, retrocedió dos pasos.

Fue la señal de la derrota. Las cuatro ratas, con una agilidad increíble, ocuparon el puésto abandonado por la gata; pero ésta no las esperó y, con un salto prodigioso, con un maullido de desesperación, puso veinte brazas entre ella y sus enemigos.

—No son sino cuatro, pensó; todavía puedo escapar.

Pero, atraídas por el ruido, de todos los puntos de la cava, de agujeros invisibles, brotaron, gritando el *alalí!* guerrero, legiones de ratas que se unieron á las primeras. ¿Eran veinte, ciento, ó mil? En verdad, Minon-Minette no podía decirlo. Le parecía que toda la cava bullía, que toda se había convertido en una enorme marejada de ojillos grises, de hocicos blancos y agudos y de gritos feroces. Comenzó una defensa á saltos locos y desordenados: apenas tocaba tierra, sentía sobre la piel el húmedo soplo de sus enemigos.

De un vuelo alcanzó á una ventana por donde se filtraba la luz exterior; ensayó pasar por entre los balaustres, pero estaban muy próximos unos á otros; había perdido dos ó tres segundos en esfuerzos inútiles y ya la jauría la tenía á sus alcances. Con otro salto inconcebible cayó al extremo de la cava, justamente sobre uno de los peldaños de la escalera, que subió precipitadamente hasta lo último. Los flancos le palpitaban y una espumilla blanca le orillaba los labios.

Las ratas se lanzaron en su persecución, pero el jefe las contuvo un momento. Las dispuso por destacamentos de diez en diez pasos, á fin de que en cualquier punto que cayese la gata fuera agarrada y devorada viva. Tomadas estas disposiciones, seguido de tres compañeros de armas, procedió al asalto. Minon-Minette quedó aterrada de aquella hábil estrategia, pero una vez más supo burlarla.

A una grande altura, salida de la pared había una repisa en la que se colocaba una lámpara. Se trataba de llegar hasta ella de un salto. Si Minon-Minette erraba el golpe, estaba perdida. Recogió todas sus fuerzas, tomó aliento, se lanzó á la altura y cayó precisamente sobre la cornisa, en la que se agazapó. Las ratas no esperaban semejante escapada; quedaron con las narices en alto, por un momento indecisas; pero sólo por un instante. Corrieron á los ángulos de la cava, por donde tenían mayores facilidades para trepar y siguiendo las asperezas de la pared, llegaron al asilo en que se había acurrucado, trémula, la infeliz Minon-Minette. Era preciso abandonar la cornisa.

Volvió á saltar y se instaló de nuevo sobre el primer peldaño de la escalera, pero ya fatigada y desfalleciente: cerró los ojos, con resignación. Y ya la masa negruzca de enemigos trepaba otra vez la escalera, cuando de repente, del otro lado de la puerta, resonaron ladridos furiosos. Hubo como una ondulación de terror en el ejército de las ratas: fue lo bastante para salvar á Minon-Minette. Una llave giró en la cerradura; la puerta se abrió; una oleada de luz bañó la escalera, bullente de cabezas, y de golpe, como un torrente furioso, Piramo, con las garras afuera, lanzando un aullido siniestro y espantoso, se arrojó de un salto sobre la turba; se oyó algo que crugía: era una rata partida en dos de una dentellada. Todo lo que tenía de vida se le escapó en un "*cuic*" horrible que esparció el terror entre los enemigos. Las ratas enloquecidas se dispersaron, pero Piramo, arrebatado de cólera, no les daba tiempo á alcanzar sus agujeros, y varias expiaron el susto de Minon-Minette.

Habían desaparecido todas; Piramo miraba en redor con ojos feroces, por si quedaba alguna; pero nadie quería en aquellos momentos habérselas con aquel demonio desencadenado, ni aún la enorme rata negra, el jefe de los Aymon, que se retiró el último, vencido pero altivo aún, lanzando contra el perro victorioso una maldición.

Entonces fue cuando Piramo, dueño del campo de batalla, buscó á ver á quién había salvado de la muerte. Minon-Minette, repuesta de su alarma, había entrado á la portería y, tendida indolentemente, se alisaba la piel y lustraba con lenta delicadeza su mostacho. El perro subió glorioso la escalera y con la mirada brillante, agitando nerviosamente la cola, fue al lado de su amiga. No encontró nada mejor para manifestar su alegría que frotar con el hocico el lindo rostro de Minon-Minette.

A esta caricia, la princesa se levantó disgustada, arrojó al perro una mirada de enfado y, volviéndole la espalda, se tendió á lo largo, indicando claramente:—Me dispongo á dormir, dejadme tranquila, querido.

Pobre Piramo! fue entonces cuando se acordó de que aún tenía el hocico ensangrentado y que una mancha roja había caído sobre la blanca mancha de Minon-Minette . . . Se acusó á sí mismo de imbécil. Pero ¿quién no ha de amarte así, valiente Piramo, si ello es una muestra exquisita de tu bondad? . . .

FRANCISCO SARCEY.

CHANZAS Y VERDADES

Chanzas y verdades en un mismo artículo, ó sólo chanzas en uno y sólo verdades en otro, hallarán los lectores de EL COJO ILUSTRADO en esta sección que me corresponde. Bien se comprende que si nadie puede contar con humor uniforme, no ha de ser excepción de la regla el escritor obligado á producir, periódicamente y en días determinados, artículos de extensión también determinada. No extrañen, pues, mis amables lectores, el no hallar indefectiblemente producciones del género humorístico en las columnas que en EL COJO ILUSTRADO ofrecen honroso hospedaje á mis pobres ensayos. A las veces, como en la ocasión presente, daré de mano á la chanza para ocuparme sólo en la verdad, singularmente cuando el asunto que costumbres de otros pueblos presentan á mi consideración no es para tratado de humorística manera. Por fortuna para nuestra patria, aún no ha llegado el mal á la crudeza con que queda exhibido en la narración que sigue á estas líneas, y que sin duda alcanzaría con la preponderancia del interés, cuya inevitable consecuencia es el socialismo.

POR UN ERROR DE CAJA

(NARRACIÓN DESABRIDA)

Por tercera vez suspendió la escritura de importante carta Monsieur Riche, para ver la muestra del reloj colgado delante de él y sobre su amplia y elegante mesa de despacho.

—Decididamente, pensó, á ese Prudencio no le dejo sin su merecida reprimenda. Desde las ocho debía estar en su puesto; tiene ya media hora de retardo. La puntualidad es la primera condición del empleado de comercio.

Mientras en esto estaba Mr. Riche, en la casa de Prudencio ocurría una de aquellas escenas en que habrán sido actores muchos de los que lean esta narración. Prudencio, que había dejado el lecho á la hora ordinaria, des-

pués de dar gracias á Dios, corrió, como de costumbre, á dar la bendición con un par de ruidosos besos al lozano rapazuelo de tres años, primer fruto de su temprana unión con Magdalena, criatura buena como el pan, amantísima del hijo y del esposo, y mujer de su casa como pocas.

Al tocar Prudencio con los labios la blanca y pura frente de su hijo, cuyo despertar no fue en ese día el de siempre, alegre y bullicioso, como el de todo lo que celebra con el alba la grandeza del Creador, exclamó con angustia:—Magdalena, este niño tiene fiebre, ¡qué será esto, Dios mío!

Quiso entonces hablar el angelito; pero no pudo hacerlo sino después de haber tosido varias veces, y para decir, llevándose la mano á la garganta:—Me duele aquí, aquí, por dentro.

—¡Santo Dios!—exclamó Prudencio—y tantos casos de difteria como hay en la ciudad! Magdalena, enviemos pronto por un médico.

La madre, que pálida y llena de inquietud, tomó en sus brazos al tierno y adorado Luisito, (este era el nombre del niño) reflexionó un instante y dijo:—No, mejor es que vayas tú mismo en busca del Doctor. Es lo más seguro, y la previsión aconseja no perder tiempo.

Sin pensar en otra cosa que en el peligro que acaso corría la vida de su vida, de su más grande amor en la tierra, del objeto de sus caricias y desvelos, del que en las horas de reposo sanaba con el mágico bálsamo de cándida alegría las múltiples heridas que de la guerra del mundo trae al apacible hogar *el que al ajeno arbitrio está atenido*, así corrió Prudencio en busca del médico, que vivía á larga distancia y á quien por suerte halló, ya próximo á salir.

—Venga usted, Doctor; Luisito tiene fiebre y dolor de garganta.

—Ha hecho usted bien en llamarme. Eso puede no ser más que una ligera afección catarral; pero hay muchos casos graves de difteria en la ciudad, y es de buen consejo andar muy listo. Aunque tengo algo urgente que hacer, puedo disponer de algunos minutos para ir con usted, puesto que apenas son las ocho y media.

—¡Las ocho y media!

—Justas: veamos si están de acuerdo nuestros relojes.

—En efecto. Entonces, dispénseme usted, Doctor, no puedo acompañarlo, porque hace media hora que debía estar en mi puésto. No debo retardarme más, cuando, como usted dice, acaso no sea nada lo del niño. Pero hágame usted el favor de ir, vea usted que mi angustia crece por momentos; y, si encuentra usted en Luisito algo de cuidado, le ruego advierta á Magdalena que me envíe inmediato aviso. Entretanto, no tendré tranquilidad para nada.

—Corriente, amigo mío; será como usted lo desea. Hasta luégo.

Jadeante llegó Prudencio, diez minutos después, á la casa mercantil de P. Riche & Cª, donde ejercía el delicado empleo de cajero desde hacía dos meses.

—Hola!—dijo Mr. Riche al verlo entrar—me disponía á enviar un dependiente á saber de usted. ¿Sabe usted qué hora es?

—Sí, señor; pero no me culpe usted: mi hijito ha amanecido enfermo y.....

—Eso es otra cosa. Si el niño está grave, no sólo está usted disculpado, sino que hasta puede usted volver á su lado.

—No señor; lo que es gravedad no, Dios no lo permita.

—¡Entonces! Francamente: no me explico.....

—Pero, señor.....

—Pero señor cajero..... La falta de usted de su puésto durante casi una hora, sin motivo justificado, no está en el orden de mi casa. Nada hay tan frecuente como las ligeras indisposiciones de los niños, y si á ellas hubiera de estar sometida la marcha regular de un establecimiento, medrados estaríamos. No hay que perder más tiempo, su ocupación le espera, y..... que no se repita el hecho.

Con el rubor en el rostro, en el alma la angustia y el dolor, el recuerdo de su adorado hijito enfermo adueñado de su mente, conturbado llegó el cajero á su puésto, donde le esperaban más de diez personas impacientes por despacharse.

Gracias á sobrehumano esfuerzo logró Prudencio hacerse cargo de la situación, de que le era menester completo aplomo, y su heroica voluntad alcanzó magna victoria al devolverle la calma necesaria para emprender el diario desempeño de sus difíciles fun-

UNA VOCACION.—Cuadro de J. Worms

ciones. Tenía que efectuar todas las operaciones con suma lentitud, para no cometer errores. El, tan diestro en su oficio, tenía que recontar dos y tres veces el dinero, verificar las sumas otras tantas, y, con todo, no conservaba después completa certeza de no haberse equivocado. Llegó un momento en que suspiró, movió de un lado á otro la cabeza y golpeó el suelo con el pie, diciendo algo entre dientes. Acababa de cometer un error imperdonable que pudo á tiempo corregir, hecho lo cual, empezó á contar una fuerte suma que al punto iba á pagar.

Por tercera vez se colocaba en frente del cobrador para entregarle montones iguales de monedas, cuando detrás de todas las cabezas de los que se agrupaban delante del ventanillo, divisó la del médico, que daba muestras de querer hablar al cajero.

—Perdone usted, Doctor,—dijo aquel—si le suplico aguarde un solo instante. Al terminar este pago vuelo á atenderle.

El pobre Prudencio casi no respiraba: ¿qué iba á decirle el Doctor? El estado de Luisito debía de ser gravísimo, cuando del aviso pedido era portador el médico mismo,

GRANDEZA Y DECADENCIA DE MINON-MINETTE

UN DRAMA EN UNA CAVA

La casa del barrio Mouffetard, vecina á una venta de volatería, estaba infestada de ratas, que todas las noches iban á las cavas á armar horrible gresca. Allí no se podía dejar ni un pedazo de carne, ni una legumbre, ni una fruta: todo aparecía roído, devorado, sucio; perdido, en fin. Era una desolación abominable.

Pero llegó Piramo..... Desde luégo hubo buena cantidad de ratas estranguladas: con estas ejecuciones la tribu se hizo más prudente y ya no se aventuraba á sus expediciones sino después de que roedores expertos exploraban el campo, dejando centinelas que advirtiesen la aproximación del terrible perro, para huir á la desbandada por agujeros sólo de ellos conocidos.

Muchas veces Minon-Minette, viendo á su amigo Piramo engolfarse en las negras profundidades de la cava, había querido, por simple curiosidad femenina, acompañarlo y descender hasta allá con él. Pero el buen perro se había opuesto siempre á ello: conocía el peligro y temía un accidente. Con el hocico apartaba suavemente á la gata, que en vano tomaba aires de coquetería ofendida y se ponía mohina ó zalamera.

Tal resistencia hería su orgullo: se había jurado que iría sola á donde no se la quería llevar, para demostrarle que no era su esclava.

Aconteció, pues, que un día que Piramo había salido á dar una vuelta con la portera, Minon-Minette observó que la pesada puerta de la cava había quedado entreabierta. Miró á su redor por si alguien la acechaba y con un paso disimulado se escurrió por la estrecha abertura, alargando su delgado cuerpo, y se encontró sobre el primer peldaño de una escalera que bajaba en espiral hasta la oscuridad. Sintió un vago extremecimiento de temor y quizá iba á revolverse cuando la puerta, tirada sin duda por alguien que pasara, se cerró tras ella: había quedado prisionera.

Hizo un esfuerzo de valor y descendió resueltamente, aunque sin precipitarse, uno á uno los peldaños de la escalera, olfateando, no sin inquietud, á derecha é izquierda, para orientarse. Veía claro en las tinieblas y no encontraba nada sospechoso en aquellas vastas y sombrías galerías en las que vagaba libremente por primera vez.

El placer de la desobediencia, el sentimiento de su audacia la animaban: estaba encantada del golpe que había dado y, levantando la cabeza, arrugando las narices, con una mirada de suspicacia satisfecha, abarcaba aquel dominio del que se había intentado excluirla.

De repente, vio pasar como una forma gris, que desapareció, con un grito, por un ancho agujero. Dio un salto atrás y echándose sobre las cuatro patas, erizado el mostacho, fijó los ojos en un par de pupilas que centelleaban á la entrada del agujero. Eran los de una rata enorme, una de esas ratas negras que á primanoche salen á remover los montones de inmundicias de las calles extraviadas.

El roedor hizo alto por un momento al borde del agujero, como si se encontrase inopinadamente con un enemigo que la casualidad hubiese puesto ante sí; lanzó una especie de grito de llamada y una segunda rata salió por la misma dirección y se colocó al lado de la primera.

A aquella siguió otra, y otra: los cuatro hijos Aymon de la gente ratonesca parecieron consultarse un momento, en presencia del común peligro; Minon-Minette sintió como frío de muerte correrle por el lomo; lanzó como un chirrido áspero y ronco, que podía tomarse como un signo de terror ó de cólera, é involuntariamente, sin saber lo que hacía, retrocedió dos pasos.

Fue la señal de la derrota. Las cuatro ratas, con una agilidad increíble, ocuparon el puésto abandonado por la gata; pero ésta no las esperó y, con un salto prodigioso, con un maullido de desesperación, puso veinte brazas entre ella y sus enemigos.

—No son sino cuatro, pensó; todavía puedo escapar.

Pero, atraídas por el ruido, de todos los puntos de la cava, de agujeros invisibles, brotaron, gritando el *alalí* guerrero, legiones de ratas que se unieron á las primeras. ¿Eran veinte, ciento, ó mil? En verdad, Minon-Minette no podía decirlo. Le parecía que toda la cava bullía, que toda se había convertido en una enorme marejada de ojillos grises, de hocicos blancos y agudos y de gritos feroces. Comenzó una defensa á saltos locos y desordenados: apenas tocaba tierra, sentía sobre la piel el húmedo soplo de sus enemigos.

De un vuelo alcanzó á una ventana por donde se filtraba la luz exterior; ensayó pasar por entre los balaustres, pero estaban muy próximos unos á otros; había perdido dos ó tres segundos en esfuerzos inútiles y ya la jauría la tenía á sus alcances. Con otro salto inconcebible cayó al extremo de la cava, justamente sobre uno de los peldaños de la escalera, que subió precipitadamente hasta lo último. Los flancos le palpitaban y una espumilla blanca le orillaba los labios.

Las ratas se lanzaron en su persecución, pero el jefe las contuvo un momento. Las dispuso por destacamentos de diez en diez pasos, á fin de que en cualquier punto que cayese la gata fuera agarrada y devorada viva. Tomadas estas disposiciones, seguido de tres compañeros de armas, procedió al asalto. Minon-Minette quedó aterrada de aquella hábil estrategia, pero una vez más supo burlarla.

A una grande altura, salida de la pared había una repisa en la que se colocaba una lámpara. Se trataba de llegar hasta ella de un salto. Si Minon-Minette erraba el golpe, estaba perdida. Recogió todas sus fuerzas, tomó aliento, se lanzó á la altura y cayó precisamente sobre la cornisa, en la que se agazapó. Las ratas no esperaban semejante escapada; quedaron con las narices en alto, por un momento indecisas; pero sólo por un instante. Corrieron á los ángulos de la cava, por donde tenían mayores facilidades para trepar y siguiendo las asperezas de la pared, llegaron al asilo en que se había acurrucado, trémula, la infeliz Minon-Minette. Era preciso abandonar la cornisa.

Volvió á saltar y se instaló de nuevo sobre el primer peldaño de la escalera, pero ya fatigada y desfalleciente: cerró los ojos, con resignación. Y ya la masa negruzca de enemigos trepaba otra vez la escalera, cuando de repente, del otro lado de la puerta, resonaron ladridos furiosos. Hubo como una ondulación de terror en el ejército de las ratas: fue lo bastante para salvar á Minon-Minette. Una llave giró en la cerradura; la puerta se abrió; una oleada de luz bañó la escalera, bullente de cabezas, y de golpe, como un torrente furioso, Piramo, con las garras afuera, lanzando un aullido siniestro y espantoso, se arrojó de un salto sobre la turba; se oyó algo que crugía: era una rata partida en dos de una dentellada. Todo lo que tenía de vida se le escapó en un "*cuiic*" horrible que esparció el terror entre los enemigos. Las ratas enloquecidas se dispersaron, pero Piramo, arrebatado de cólera, no les daba tiempo á alcanzar sus agujeros, y varias expiaron el susto de Minon-Minette.

Habían desaparecido todas; Piramo miraba en redor con ojos feroces, por si quedaba alguna; pero nadie quería en aquellos momentos habérselas con aquel demonio desencadenado, ni aún la enorme rata negra, el jefe de los Aymon, que se retiró el último, vencido pero altivo aún, lanzando contra el perro victorioso una maldición.

Entonces fue cuando Piramo, dueño del campo de batalla, buscó á ver á quién había salvado de la muerte. Minon-Minette, repuesta de su alarma, había entrado á la portería y, tendida indolentemente, se alisaba la piel y lustraba con lenta delicadeza su mostacho. El perro subió glorioso la escalera y con la mirada brillante, agitando nerviosamente la cola, fue al lado de su amiga. No encontró nada mejor para manifestar su alegría que frotar con el hocico el lindo rostro de Minon-Minette.

A esta caricia, la princesa se levantó disgustada, arrojó al perro una mirada de enfado y, volviéndole la espalda, se tendió á lo largo, indicando claramente:—Me dispongo á dormir, dejadme tranquila, querido.

Pobre Piramo! fue entonces cuando se acordó de que aún tenía el hocico ensangrentado y que una mancha roja había caído sobre la blanca mancha de Minon-Minette . . . Se acusó á sí mismo de imbécil. Pero ¿quién no ha de amarte así, valiente Piramo, si ello es una muestra exquisita de tu bondad? . . .

FRANCISCO BARCEY.

CHANZAS Y VERDADES

Chanzas y verdades en un mismo artículo, ó sólo chanzas en uno y sólo verdades en otro, hallarán los lectores de EL COJO ILUSTRADO en esta sección que me corresponde. Bien se comprende que si nadie puede contar con humor uniforme, no ha de ser excepción de la regla el escritor obligado á producir, periódicamente y en días determinados, artículos de extensión también determinada. No extrañen, pues, mis amables lectores, si no hallar indefectiblemente producciones del género humorístico en las columnas que en EL COJO ILUSTRADO ofrecen honroso hospedaje á mis pobres ensayos. A las veces, como en la ocasión presente, daré de mano á la chanza para ocuparme sólo en la verdad, singularmente cuando el asunto que costumbres de otros pueblos presentan á mi consideración no es para tratado de humorística manera. Por fortuna para nuestra patria, aún no ha llegado el mal á la crudeza con que queda exhibido en la narración que sigue á estas líneas, y que sin duda alcanzaría con la preponderancia del interés, cuya inevitable consecuencia es el socialismo.

POR UN ERROR DE CAJA

(NARRACIÓN DESABRIDA)

Por tercera vez suspendió la escritura de importante carta Monsieur Riche, para ver la muestra del reloj colgado delante de él y sobre su amplia y elegante mesa de despacho.

—Decididamente, pensó, á ese Prudencio no le dejo sin su merecida reprimenda. Desde las ocho debía estar en su puesto; tiene ya media hora de retardo. La puntualidad es la primera condición del empleado de comercio.

Mientras en esto estaba Mr. Riche, en la casa de Prudencio ocurría una de aquellas escenas en que habrán sido actores muchos de los que lean esta narración. Prudencio, que había dejado el lecho á la hora ordinaria, des-

pués de dar gracias á Dios, corrió, como de costumbre, á dar la bendición con un par de ruidosos besos al lozano rapazuelo de tres años, primer fruto de su temprana unión con Magdalena, criatura buena como el pan, amantísima del hijo y del esposo, y mujer de su casa como pocas.

Al tocar Prudencio con los labios la blanca y pura frente de su hijo, cuyo despertar no fue en ese día el de siempre, alegre y bullicioso, como el de todo lo que celebra con el alba la grandeza del Creador, exclamó con angustia:—Magdalena, este niño tiene fiebre, ¿qué será esto, Dios mío?

Quiso entonces hablar el angelito; pero no pudo hacerlo sino después de haber tosido varias veces, y para decir, llevándose la mano á la garganta:—Me duele aquí, aquí, por dentro.

—¡Santo Dios!—exclamó Prudencio—y tantos casos de difteria como hay en la ciudad! Magdalena, enviemos pronto por un médico.

La madre, que pálida y llena de inquietud, tomó en sus brazos al tierno y adorado Luisito, (este era el nombre del niño) reflexionó un instante y dijo:—No, mejor es que vayas tú mismo en busca del Doctor. Es lo más seguro, y la previsión aconseja no perder tiempo.

Sin pensar en otra cosa que en el peligro que acaso corría la vida de su vida, de su más grande amor en la tierra, del objeto de sus caricias y desvelos, del que en las horas de reposo sanaba con el mágico bálsamo de cándida alegría las múltiples heridas que de la guerra del mundo trae al apacible hogar *el que al ajeno arbitrio está atenido*, así corrió Prudencio en busca del médico, que vivía á larga distancia y á quien por suerte halló, ya próximo á salir.

—Venga usted, Doctor; Luisito tiene fiebre y dolor de garganta.

—Ha hecho usted bien en llamarme. Eso puede no ser más que una ligera afección catarral; pero hay muchos casos graves de difteria en la ciudad, y es de buen consejo andar muy listo. Aunque tengo algo urgente que hacer, puedo disponer de algunos minutos para ir con usted, puesto que apenas son las ocho y media.

—¡Las ocho y media!

—Justas: veamos si están de acuerdo nuestros relojes.

—En efecto. Entonces, dispénseme usted, Doctor, no puedo acompañarlo, porque hace media hora que debía estar en mi puésto. No debo retardarme más, cuando, como usted dice, acaso no sea nada lo del niño. Pero hágame usted el favor de ir, vea usted que mi angustia crece por momentos; y, si encuentra usted en Luisito algo de cuidado, le ruego advierta á Magdalena que me envíe inmediato aviso. Entretanto, no tendré tranquilidad para nada.

—Corriente, amigo mío; será como usted lo desea. Hasta luégo.

Jadeante llegó Prudencio, diez minutos después, á la casa mercantil de P. Riche & Cª, donde ejercía el delicado empleo de cajero desde hacía dos meses.

—Hola!—dijo Mr. Riche al verlo entrar—me disponía á enviar un dependiente á saber de usted. ¿Sabe usted qué hora es?

—Sí, señor; pero no me culpe usted: mi hijito ha amanecido enfermo y.....

—Eso es otra cosa. Si el niño está grave, no sólo está usted disculpado, sino que hasta puede usted volver á su lado.

—No señor; lo que es gravedad no, Dios no lo permita.

—¿Entonces? Francamente: no me explico.....

—Pero, señor.....

—Pero señor cajero..... La falta de usted de su puésto durante casi una hora, sin motivo justificado, no está en el orden de mi casa. Nada hay tan frecuente como las ligeras indisposiciones de los niños, y si á ellas hubiera de estar sometida la marcha regular de un establecimiento, medrados estaríamos. No hay que perder más tiempo, su ocupación le espera, y..... que no se repita el hecho.

Con el rubor en el rostro, en el alma la angustia y el dolor, el recuerdo de su adorado hijito enfermo adueñado de su mente, conturbado llegó el cajero á su puésto, donde le esperaban más de diez personas impacientes por despacharse.

Gracias á sobrehumano esfuerzo logró Prudencio hacerse cargo de la situación, de que le era menester completo aplomo, y su heroica voluntad alcanzó magna victoria al devolverle la calma necesaria para emprender el diario desempeño de sus difíciles funciones. Tenía que efectuar todas las operaciones con suma lentitud, para no cometer errores. El, tan diestro en su oficio, tenía que recontar dos y tres veces el dinero, verificar las sumas otras tantas, y, con todo, no conservaba después completa certeza de no haberse equivocado. Llegó un momento en que suspiró, movió de un lado á otro la cabeza y golpeó el suelo con el pie, diciendo algo entre dientes. Acababa de cometer un error imperdonable que pudo á tiempo corregir, hecho lo cual, empezó á contar una fuerte suma que al punto iba á pagar.

Por tercera vez se colocaba en frente del cobrador para entregarle montones iguales de monedas, cuando detrás de todas las cabezas de los que se agrupaban delante del ventanillo, divisó la del médico, que daba muestras de querer hablar al cajero.

—Perdone usted, Doctor,—dijo aquel—si le suplico aguarde un solo instante. Al terminar este pago vuelo á atenderle.

El pobre Prudencio casi no respiraba: ¿qué iba á decirle el Doctor? El estado de Luisito debía de ser gravísimo, cuando del aviso pedido era portador el médico mismo,

UNA VOCACION.—Cuadro de J. Worms

no obstante la urgente ocupación de que hubo hablado..... Por más atención que prestaba, no atinaba Prudencio en lo que hacía. Varias veces se le escaparon las monedas de las manos y rodaron por el suelo con tal ruido, que hasta Mr. Riche asomó su rostro grave para ver lo que ocurría. El Doctor esperó más de lo preciso, porque Prudencio perdía la cuenta y se veía obligado á empezar de nuevo.

Al fin terminó el pago, y pudo Prudencio ponerse á la voz con el médico.

—¡Qué ocurre, Doctor? ¿Cómo dejó usted á mi Luisito?

—Puede usted estar tranquilo: lo del niño no debe darle cuidado, es efecto de un ligero resfriado que desaparecerá en tres ó cuatro horas. Teniendo que pasar por aquí, aproveché esta circunstancia para sacar á usted de la angustia.

—Gracias, gracias, Doctor: me ha quitado usted del alma un peso enorme, dijo el cajero, y volvió á sus quehaceres después de haber lanzado en un fortísimo suspiro todo el aire aprisionado en los pulmones.

A la hora del almuerzo recobró Prudencio su completa tranquilidad viendo al niño alegre, sin asomos de fiebre ni de dolor de garganta, y bendijo de todo corazón al Sumo Dispensador de beneficios.

Dejémosle entregado después á contar y recontar de monedas, á hacer números sobre números, y á ordenar papeles, para ocuparnos un poco en Mr. Riche á quien apenas hemos podido ver y oir breves instantes.

El momento en que penetramos en su despacho es solemnísimo, como que acaba de llevar á cabo una fuerte operación bursátil. El rostro de Mr. Riche expresa íntima complacencia; pero sólo por cinco minutos, porque le hace cambiar de expresión la voz del portero al anunciarle una comisión de señores, todos muy respetables, que anda solicitando socorros para una obra benéfica. Al punto Mr. Riche se rasca la cabeza, mira á un lado, luégo al otro, luégo al portero, silba como distraído un airecillo popular, y por último, y después de un profundísimo suspiro, dice que pase la comisión.

Y luégo, hablando consigo mismo:

—Si se acabará el saqueo! Esto no es trabajar uno para sí; esto es tener por caja fuerte una pila de agua benditá. Ahora también para la familia de Mr. Olivier, aquel que en vez de sudar la gota para no dejar á sus hijos pegando mordiscos como el que ya voy á sufrir, perdió el tiempo hojeando libros y escribiendo de balde por amor á la humanidad, la que por su parte no piensa más que en vivir de los que trabajamos. Esto es insufrible. (*Entra la comisión.*) ¡Mi amigo Mr. Richard! ¡Hola, Mr. Martín! Algún santo bueno tengo en el cielo, que me proporciona hoy el placer de ver á ustedes por aquí. Pero, siéntense ustedes, y díganme en qué puedo serles útil.

—Se trata de una suscripción en favor de la desvalida familia de Mr. Olivier, y.....

—Y cuentan ustedes conmigo! Hacen muy bien; veo que ustedes me conocen. Desde ahora les autorizo para anotarme con una cantidad que exceda en otro tanto á la mayor contribución.

—Corriente. Es usted un hombre que hace honor al gremio á que pertenece.

—Yo soy así. Es necesario hacer algo por los demás; sobre todo, ya que es necesario hacerlo, que se sepa, para el buen ejemplo Supongo que esa lista se publicará.

—No se había pensado en ello, pero si usted cree.....

—Ah.! sí, sí: debe publicarse. Eso es moralizador; es una magnífica *notación*. Por supuesto que no lo digo por mí, sino por la obra en sí y por los otros contribuyentes. ¿De cuánto es la mayor contribución?

—De quinientos francos. La de usted será, pues, de mil.

—Justo.

La comisión se despide, y Mr. Riche continúa su interrumpido soliloquio de este modo:—¡Mil francos! Como quien no dice nada: con veinte contribuciones como ésta por mes, adiós mi renta! Pero, pensemos: esa suma no debe alterar en nada mi presupuesto. Hay que suprimir en éste una erogación igual. ¿Cuál será ella?..... Ya sé.

Llamó Mr. Riche al portero y dióle orden de hacer venir á Prudencio, á quien hizo esta pregunta:—¿A cuánto sube la suma de los sobresueldos de año nuevo para los empleados de la casa?

—A dos mil francos, contestó Prudencio, en quien se advertía gran perturbación.

—¡A dos mil francos! ¿Está usted loco?

—Dispénseme usted Mr. Riche: no sé lo que me digo. Son nada más que mil.

—Bien: este año paso por la pena de no poder hacer ese obsequio á los empleados. Los negocios están malísimos; los gastos crecen día por día; no hay asomos de esperanza de que las cosas mejoren. Los empleados deben darse por muy bien servidos de tener trabajo seguro, cuando hay tanta gente que no halla qué hacer y se muere de hambre. Pero, observo en usted grandísima inquietud; está usted tan distraído que parece no escuchar siquiera mis palabras, ¿que le ocurre? ¿está, acaso, grave el niño de usted?

—No señor: mi hijo no tiene nada, á Dios gracias.

La situación de Prudencio era en aquel momento apuradísima. Al regresar, después de almuerzo, para reanudar el trabajo, quiso asegurarse de la corrección de las operaciones de aquella mañana de angustia para él; y como hiciese balance de Caja para tener, así, certeza de no haberse equivocado, descubrió, con el asombro de quien ve abrirse la tierra bajo sus pies, un déficit de dos mil francos en el dinero. En vano verificó cien veces todas las operaciones; en vano inquirió con todas las personas que recordaba habían recibido ó entregado dinero en la caja ese día; en vano apuró la memoria tratando de recordarlo todo punto por punto. La memoria no le contestaba sino á medias, como que el pobre Prudencio había obrado las más de las veces maquinalmente. Cuando le llamó Mr. Riche, llevaba el convencimiento de que había entregado de más ó recibido de menos aquella suma, siéndole totalmente imposible recordar cuándo ni cómo, ni quién era el ladrón.

Debía poner en conocimiento del caso á Mr. Riche. Pero ¿cómo explicárselo? ¿Le diría que preocupado con la enfermedad de Luisito, no estaba en sí? Mr. Riche se reiría de la excusa: para aquel hombre sería una puerilidad sospechosa la explicación de Prudencio. Y sin embargo, no podía dar otra.

A la pregunta de Mr. Riche contestó Prudencio con la verdad revelando todo lo ocurrido, y confesando su turbación de la mañana.

—Vuelva usted á su puésto y déjeme reflexionar sobre lo que convenga hacer,—fueron las palabras del jefe de la casa cuando terminó de hablar Prudencio; pero apenas salió éste del despacho, llamó Mr. Riche á su empleado de más confianza, le impuso de lo ocurrido y le dio reservadas instrucciones.

¡Cuál no sería el asombro del atribulado Cajero al llegar por la tarde á su casa y saber por su querida Magdalena, que horas antes había estado allí el empleado de más confianza de Mr. Riche, á informarse, de parte de éste, de la salud del niño; al imponerse de que el mensajero hizo á Magdalena una larga visita, durante la cual le dirigió mil preguntas extrañas: si Prudencio se recogía por la noche tarde ó temprano; si era miembro de algún club; si en esos días había hecho algún buen negocito, que le hubiera permitido regalar prendas á Magdalena; si había comprado cosas nuevas para el ajuar de la casa, etc.

Todo lo comprendió el infeliz cajero. Enloquecióle el dolor y resolvió vender el ajuar de su casa para pagar parte de la suma; pero, y ¡el resto? Si Mr. Riche le conservaba en el puésto para que pagase el resto Prudencio con sus sueldos, ¡qué pan llevaría á Magdalena y á Luisito?

Sin embargo, no se sabe cómo logró pagar la suma en diez y ocho meses, durante los cuales trabajaba de día en la casa de Mr. Riche y de noche en la humilde y destartalada casuca donde valientemente compartía con su esposo la miseria y el trabajo, la abnegada Magdalena.

El día en que Prudencio entregó á Mr. Riche la cantidad con que cubiertos quedaban el capital y los intereses de su deuda, abandonó aquella casa, tumba de todas sus esperanzas, herido por incurable mal que llegaba ya á su fin.

Treinta días después, Mr. Riche hacía con su lujoso lapicero de oro, y en la mesa de despacho que ya conocemos, la cuenta de una operación de bolsa que acababa de realizar, mediante el ímprobo trabajo de un cuarto de hora de conversación con su agente, y de la cual obtenía dos mil francos de ganancia.

El papel en que Mr. Riche hacía sus números era la invitación para el entierro de Prudencio.

EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA.

PALABRAS QUE PRECEDEN

Á UNA NOVELA INÉDITA ESCRITA POR J. J. BRECA

Va á leerse "La Muchacha del pañuelo," novela escrita en inglés por A. Evans y traída á nuestro idioma por el señor J. J. Breca.

Conociendo perfectamente al autor y al traductor, estoy en capacidad de asegurar que jamás dos entidades estuvieron más ligadas por la inteligencia y por el corazón, y así la absoluta afinidad de ideas y la completa identidad de circunstancias que dieron origen á la composición y traducción de la obra, colocan en secundario término el hecho de que Evans anduviera adelante en escribirla; además de que el traductor la ha comunicado un sabor local y personal tan característico y la ha retocado con matices tan nacionales, que cualquiera puede olvidar á Evans y atribuir la primacía de la concepción al señor Breca, confiado en que leyéndola, no sufrirá desengaño al gustar la frase llana y viril y el pensamiento siempre rebelde, chistoso y ácido de nuestro compatriota.

Hablo, pues, de ella como de un libro venezolano.

Que un criollo enamorado del arte se presente con su libro en este campo de la literatura, sembrado hoy por donde quiera de plantas exóticas, inodoras y raquíticas, que habrán de ser agostadas cuando sople con más fuerza el viento cálido del espíritu nacional, propicio sólo á los frutos de nuestro suelo; que un hombre inteligente escriba en esta incipiente patria una novela, preci-

En el lazareto de Caracas — Distribucion de limosnas —(Recuerdo del concierto de la Caridad efectuado el 5 de Octubre)

samente cuando la cultura intelectual exige en esa clase de trabajos condiciones no comunes, es materia por todo extremo interesante y ha de llamar poderosamente la atención de los que deseen el desarrollo y preeminencia de la literatura nacional.

Y es digno de encomio el esfuerzo de este escritor; tanto más, cuanto que al enterarse la crítica de las circunstancias personales que le rodean, prejuzgará revocable á duda el mérito de su labor literaria. Porque, en efecto: un hombre ocupado en el trabajo diario preciso á la subsistencia del pobre, con un temperamento que de continuo le lleva á la expansión festiva, á la cual hurta una que otra hora para consagrarla al trabajo literario, á recoger en cláusulas espontáneamente artísticas las tantas cosas que le salen del cerebro como clara linfa de un surtidor inagotable; no teniendo tiempo de estudiar, porque apenas le basta para producir el escaso de que dispone, ¿cómo puede cerrar con el empeño, arduo por sí, de escribir una novela que no resulte insignificante?

Hé ahí el esfuerzo de la voluntad, de la noble inclinación al trabajo y á lo bello.

Este trabajador infatigable hase batido briosamente y quedado victorioso. Con él pudieran aprender los que ejercen de sabios sin que las letras venezolanas les deban cosa de mayor importancia.

Y aquí surge la conocida cuestión de la influencia que ejercen en todo fruto del ingenio humano las circunstancias personales del autor, el medio en que vive y las condiciones de su carácter. Hay algunos cuyo mérito estriba singularmente en ser hijos del temperamento del artista que, al pintar la naturaleza, les comunica toda su alma, cuya pasión vibra bajo las galas del estilo y se desborda por entre los arabescos de la retórica; pero no abunda por aquí esta genialidad en las letras, pues hasta ahora parece que las generaciones venezolanas no han tenido por camino practicable, sino el de la política, con su atmósfera enrarecida, donde va quedando el vigor de las inteligencias entre los odios de partidos y las exasperaciones de la lucha; y cuando un escritor, asfixiándose, quiere lanzar su espíritu fuera de esa literatura de adulaciones y diatribas, de anatemas y ditirambos, se va lejos, al otro continente, donde los temas no estén manchados por el liberalismo ni contaminados de oligarquía; en tanto que nuestra gran naturaleza, con toda la lozanía de su prodigiosa fecundidad, permanece inexcrutada, como si nadie se atreviese á violar esa virginidad formidable.

De ahí que la literatura, el arte venezolano en conjunto, haya sido hasta ahora tan poco nacional.

Es á los hombres de talento de la nueva generación que corresponde la hermosa y trascendental iniciativa. Repletos como estamos de resabios políticos, y herederos de preocupaciones profundamente arraigadas en la historia, esos pocos reaccionarios abstraen su personalidad de la materia que tratan y según es de ley, explican las cosas con independencia y sólo caracterizan el tono de la obra en el procedimiento artístico, en la elaboración del lenguaje. Tal es la fórmula del tiempo y es ahí donde encontrarán la gloria los escritores dignos de ella.

No garantizo yo que sea este un libro de análisis sutilísimo, que campee en sus páginas el experimento científico ni que la naturaleza esté irreprochablemente copiada. El interés de este trabajo reside en otro orden de ideas, porque es una crítica á grandes rasgos, enérgica y libre de un estado social donde al autor le consta que señorean la maldad y la vileza del hombre.

Que le consta....., ¿tiene, pues, algo de extraño que circule por todo él una especie de humor amargo y pesimista, seguramente escapado del corazon del hombre generoso ante las crueles mezquindades de la vida y que le da cierto carácter autobiográfico á la obra y en particular á varios dolorosos episodios?

Desasirse de la pasión, de las preocupaciones, del bello ideal, es cosa difícil para todos.

El ideal! Pero ¿se concibe una obra de arte sin que ese poder mágico presida su creación?

Creo que es preciso distinguir entre el ideal absoluto y los ideales relativos. Un ideal absoluto es lo que ha guiado á los filósofos, moralistas y teólogos en su enorme trabajo á través de los siglos, á saber: la perfección del hombre; y en este sentido, aquellas abstrusas físicas nos dejaron como el primer día.

Y justamente cuando se han puesto de lado los ideales absolutos, cuando la Ciencia toma el camino recto del método experimental, cuando el análisis de la vida va ensanchando el campo de la investigación; ahora que eso sucede, es cuando se puede abrigar una racional esperanza del gradual mejoramiento del hombre, sin entrever siquiera en el ensueño más quimérico, el tipo perfecto que pueda alcanzar, pues esa es la incógnita que sólo despejará la fecunda evolución de la ciencia en los misteriosos senos del porvenir.

Tenemos, pues, que limitarnos por ahora á dos ideales relativos en materia de arte: la belleza característica de la forma y la verdad en la observación de la naturaleza y de la vida.

Hasta donde esté conforme el autor de este libro con las ideas expuestas, es cosa que juzgará quien lo lea. De mí sé decir que encuentro en él pasajes tan significativos que, si el señor Breca no es un joven, ellos bastan, en mi concepto, para que merezca serlo.

MÁXIMO REY.

HISTORIA DE UNA GATA

(POR AUGUSTE VACQUERIE)

En mi destierro de Jersey tenía una gata por la que me interesaba vivamente y la que, antes de ser mi compañera de proscripción, lo fue de cárcel, pues había nacido en la Conserjería cuando estuve en ella, hija de una gata blanca que un preso político llevó todavía pequeña y que había visto crecer allí. La preferí á tres hermanos que tuvo, por su mansedumbre, por su sedosa piel, por su actitud inteligente, por sus grandes ojos de vivaz mirada que tenía algo de humano. La obtuve de su dueño, quien me la cedió de buen grado; la cobré especial afección y al salir de la cárcel, Gris,—pues llevaba el nombre del color de su piel,—me siguió al destierro, á Jersey.

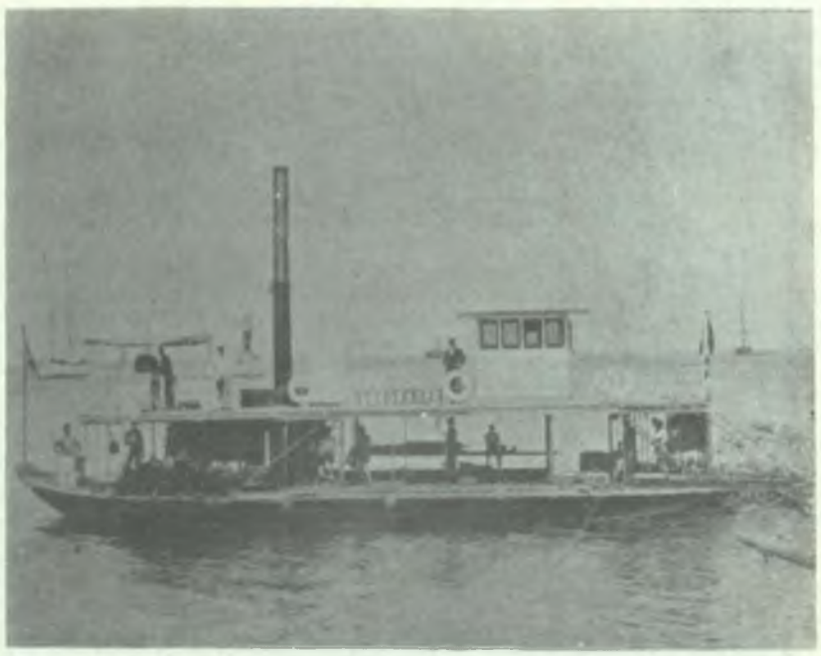
Extraña impresión sintió aquella gata nacida en un presidio, viajera de cien leguas en el fondo de una cesta, al encontrarse de repente al aire libre, en pleno espacio, á todos los vientos, entre el océano y el cielo. Acostumbradas sus pupilas á los sombríos pasadizos y á las celdas oscuras en las que siempre fue noche al mediodía, no podía explicarse los esplendores de la luz solar sobre las aguas. La espantaba el oleaje tumultuoso, su azotar incesante sobre los bancos, el inmenso vaho oceánico, acompasado y mugiente. Venía hacia mí, arrastrándose, erizada, deslizándose entre mis piernas, ó bien me saltaba al hombro, se restregaba en mi cuello y trataba de ocultarse debajo de mi barba. No se atrevía á irse sin mí; al dar yo el primer paso hacia la casa, corría precipitadamente allá, al llegar á la puerta se detenía, me aguardaba y me hacía mil caricias como agradeciéndome el regreso.

Era tímida, delicada, tierna; todos la querían; desde la prisión se impuso por el afecto; los ladrones detenidos, que eran nuestros criados, se guardaban bien de hacerla daño. Se nos encerraba á las diez de la noche; un enorme cerrojo atravesaba la férrea puerta de la celda, hasta las siete de la mañana, por más que enfermase alguno. A veces, en el momento en que se nos emparedaba, Gris, que no conocía del todo las costumbres de la cárcel, no había entrado aún: los guardias nocturnos la encontraban maullando á mi puerta y faltando á la consigna descorrían el cerrojo para que entrase.

En Jersey gozaba grandes privilegios. Comía á la mesa, en la cual tenía su plato en un ángulo, manejándose de modo que á nadie incomodaba. En mi habitación era soberana: tenía derecho á la mejor poltrona, y como á los gatos les gusta el lujo, una encantadora dama la había bordado rico y muelle cojín. Durante la noche, para calentarse, se acostaba en mi cama; en el invierno se metía dentro de las sábanas. Cuando sentía demasiado calor, sacaba el cuerpo ó la cabeza fuera de los cobertores; yo sentía paternal complacencia cuando, al despertar, encontraba su cabeza al lado de la mía.

Era la dulzura personificada. Un día, sin embargo, se tornó feroz. A poco de salir volvió trayendo entre los dientes algo que colocó en medio del cuarto. Era un ratón.

¡Habéis presenciado alguna vez la ejecución de un ratón por un gato? Dudo que los hombres hayan inventado jamás suplicio más cruel.



VAPOR NACIONAL "BOYACÁ"

Encontrábame en una de esas horas sombrías en que se es tan indiferente á la vida como á la muerte y por tanto dejé proceder á la gata.

Allí estaba el infeliz ratón, inmóvil, silencioso, fija la mirada, estupefacto. Gris hizo que se alejaba; su víctima trató de huir con presteza, pero una zarpada violenta la detuvo: volvió á soltarla y el ratón intentó una nueva huida, pero fue tan desgraciado como en la anterior. Así pasó un cuarto de hora, Gris cogiendo su presa y soltándola, permitiéndole por instantes alejarse un poco y saltándole encima con increíble agilidad, recogiéndola de nuevo más y más ensangrentada y moribunda.

Hubo un momento en que el ratón comprendió que su enemiga se burlaba de él; desistió de aquel peligroso *juego* y se quedó inmóvil. Gris se alejó un poco, luégo más, volvió la mirada hacia otro sitio, contemplando con atención una mosca que revoloteaba en la vidriera; con todo, este olvido no duró sino cinco minutos. Recobró alientos el desdichado ratón y aunque corrió velozmente hacia la puerta, ya tenía encima la inevitable garra.

Desde aquel momento, por más que Gris se alejara al extremo del cuarto y se entretuviese cazando la mosca ó haciéndose al descuido la *toilette*, el ratón no se movía. Al fin, la gata se apercibió de que aquello era un ardid; empleó la violencia y saltó sobre su víctima, hundiéndole dientes y uñas en las carnes. El ratón, en efecto, corría tratando de fugarse y lanzando chillidos dolorosos; pero en vano, Gris lo perseguía, lo mordía, lo arrojaba al aire, lo recibía entre las uñas, lo volvía á lanzar, lo apretaba contra la pared, lo arrastraba, loca, ebria de sangre, espantosa, soberbia y colérica. Erizada de frenesí, brillaban sus ojos como brasas y aparecía la tigre que había en el fondo de la gata! Los chillidos de la víctima fueron debilitándose, al fin cesaron: lanzada casi hasta el techo, cayó inerte. Había muerto.

Gris la consideró un momento, como diciendo *ya!*, la arrojó con desdén á un rincón y fué á tomar el sol.

Presencié aquella tortura con horror, pero sin intervenir, gozoso de poder reprochar á la naturaleza aquella agonía abominable, diciéndome: "Eso concierne á Dios, que así ha dispuesto las cosas; no seré yo quien las enmiende: allá se las haya!" Sin embargo, me arrepentí luégo de haber permitido aquella atrocidad, y siempre que he visto un ratón presa de un gato, lo he protegido.

Pero, ¿qué le habrán hecho los ratones á los gatos en épocas anteriores á su existencia?

Nacen con ese odio hereditario y si acaso no lo sienten lo bastante, las madres se lo inspiran. Recuerdo que la gata blanca de la Conserjería se instaló en mi pieza con sus pequeñuelos y que no tenían aún cinco semanas de nacidos, cuando una noche la madre les trajo un ratón que colocó sobre una losa. Los cuatro gatitos se aproximaron tímidos y curiosos; la gata comenzó su lección de tortura cogiendo y soltando alternativamente su presa; pero como las celdas no son tan espaciosas como las alcobas, y como la madre atenta á sus hijos, no vigiló lo suficiente al ratón, éste pudo escaparse de prisa.

El descontento y la humillación de la gata no tuvieron límite; sentía sobre sí las miradas de sus cuatro hijos que parecían decirla: *y bien?* Su dignidad de madre y su odio de gata estaban comprometidos y ultrajados; movía la cola airada, y como uno de los gatitos se le acercase para acariciarla y le pisase la cola, le dio tal arañazo que lo hizo rodar debajo de la cama.

El ratón se había escapado por el intersticio de una plancha de metal de la chimenea. La gata se colocó frente aquel agujero, fija la mirada, absorta, inmóvil; cuando se convenció de la inutilidad de su vigilancia, pues el ratón no salía, resolvió entretenerse con sus hijos.

Trascurrieron tres días después de esta aventura que ya había olvidado, cuando ví aparecer al borde del agujero á un ratoncillo de amortiguados ojos, que parecía buscar á alguien. La gata madre acababa de salir y los cuatro gatitos dormían en un rincón sobre una piel de carnero que se les había comprado. El ratoncillo adelantó las dos patitas delanteras, luégo su cuerpo enflaquecido y extenuado; probó á dar algunos pasos con lentitud; cayó sobre el dorso y espiró. Sin duda el agujero no llegaba hasta la pared ó ésta era demasiado maciza y no tenía grietas en donde ocultarse; el ratoncillo había pasado allí tres días sin comer, prefiriendo morir de hambre, antes que tropezarse de nuevo con el terrible felino.

PAGINAS CORTAS

Recuerdos

POR JOSÉ ECHEGARAY

(CONTINUACIÓN)

La última noche del viaje fue noche de verdadero delirio. El sueño se empeñaba en rendirme, y sin embargo no podía dormir; ni conservaba la conciencia completa, ni por completo la perdía. Atravesábamos la vega de Granada, la vega poética que tantos poetas han cantado, y que para mí fue en aquellas febriles horas como uno de los círculos de la *Divina Comedia* del Dante, porque me vi sometido á la mayor de las torturas, morirme de sueño y no poder cerrar los ojos. Por las ventanillas de la diligencia veía yo pasar árboles y árboles, todos ellos sin hojas porque era invierno, con sus ramas retorcidas que parecían brazos que se agitaban entre las sombras de la noche. Para mí eran como una colección de fantasmas que pasaban junto al vidrio del carruaje moviendo una y otra rama, como para decirme: "no, no; no dormirás."

Cuando pasábamos junto á alguna casa de campo, imaginábame que habíamos llegado á los arrabales de la población y pensaba con suprema esperanza en el cuarto de la fonda que me esperaba, en la cama en que iba á tenderme.

Como en el desierto la sed tiene sus espejismos en lagos y mares fantásticos, el sueño tuvo para mí sus espejismos también, en cuyo fondo dibujaba mi angustia, camas y colchones en que arrojar mi cuerpo molido; por lo menos una acera como aquella de Murcia en que tan á gusto descansaba esperando que el profesor bajase para emprender nuestros trabajos topográficos.

Podían no ser los espejismos de mi cansancio como los del viajero que cruza el centro del Africa y cree ver en los límites del horizonte el oleaje de un cristalino lago, pero si no eran tan poéticos, eran por lo menos tan crueles en sus desengaños.

Qué interminable me pareció la vega, y que despiadadas y que áridas son las vegas que no tienen un catre siquiera en que dormir: ¿para qué sirven? Pues sólo sirven para tormento de los jóvenes soñolientos, de los ingenieros noveles que van á su distrito, y de los poetas charlatanes que ensartan mentiras en los dorados hilos de sus versos.

Aquella última noche de mi viaje nunca he podido olvidarla, y siempre que en épocas posteriores he cruzado la vega granadina, me han asaltado tentaciones fuertísimas de tenderme en cualquier parte y dormir unas cuantas horas, en desquite, mejor dijera en venganza, de la noche sin sueño y con sueño conque me recibió la vez primera que atravesé en diligencia sus decantados verjeles.

***

El jefe del distrito me envió de ingeniero á Almería; y como de Granada á Almería jamás hubo carretera, tuve que hacer el viaje á caballo; y como no conocía el camino, fue preciso que un peón caminero me guiase, con lo cual tenía yo que contener la marcha de mi cabalgadura para acomodarme al paso de mi peatón, de suerte que tres días tardé en llegar á la capital.

Este viaje fue ya más agradable que el primero. Veía yo por vez primera *Sierra Nevada*, y una serie de maravillosos paisajes se extendía ante mi vista.

No olvidaré nunca, sobre todo, la puesta del sol del segundo día, ni trataré tampoco de escribirla, porque no hay pincel que la pinte ni pluma que la trace: por lo menos la mía no sirve para el caso.

La pluma escribe palabras y las palabras son símbolos fríos de la realidad.

¿Diré que iba por una llanura nevada en que reverberaba el sol poniente? Hay tantas llanuras y tantas veces se ha puesto el sol, que decir esto no es decir nada. Sábana blanca y sol de fuego. ¡Qué novedad!

¿Diré que á derecha é izquierda se extendían dos prolongados cortes del terreno, de color terroso, cuyas sombras se destacaban sobre la nieve, y que de altura en altura estaban divididos por fajas más consistentes de roca, á modo de cornisamentos, con lo cual parecían dos filas de colosales edificios? Pues tampoco esto resulta, así dicho, como yo lo vi. Y no era más que esto, pero no era esto.

¿Diré que tras aquellos fantásticos monumentos subía hacia la derecha otra sábana de nieve que suavemente iba á buscar unas colinas; y que tras aquellas empezaba una serie de montañas que sacaban sus cabezas unas tras otras, siendo las primeras blancas por la nevada, y las de más allá oscuras porque la nevada había terminado, y azuladas las que estaban más lejos porque el espesor del aire les daba este color, y que las últimas se perdían en las nubes como gigantes con capacetes de plata, que sacan la cabeza por detrás de otro ejército de gigantes de cabezas redondas y morenas? Pues esto así dicho será una descripción geométrica, pero no puede transmitir al lector la impresión de soberana grandeza y de grandeza bárbara con que aquel cuadro se me presentaba.

¿Diré que más lejos de los últimos picachos de nieve se extendía una faja azul del cielo, limpia y pura á todo largo y que sobre esa faja caía por toda aquella parte del occidente una serie de inmensos cortinajes de oro, de grana, de fuego, que al subir por la bóveda celeste venían á perderse en grades masas casi negras formadas por el nublado próximo? Pues ni aun con decir todo esto pinto lo infinito de la decoración ni la riqueza ni variedad de las tintas, ni la fuerza de los contrastes, ni aquellas estupendas plegaduras de nubes, ni aquellos borlones formados de llamas, ni aquel dosel como de terciopelo negro que llegaba hasta encima de mi cabeza.

¿Y hablaré por último del sol asomándose sobre los picachos de nieve y bajo el cortinaje de nubes, lanzando manojos inmensos de rayos sueltos, que agujereaban la cortina por cien partes, y subían derechos al cielo, y chocaban sobre todos los nevados capacetes de la gigantesca sierra sacando chispas del hielo, y hasta venían á buscarnos á ras de la blanca planicie, reverberando en la tercerola del peón caminero y dándome de lleno en los ojos, como si no bastara á cegarme la grandeza sobrenatural del cuadro? Pues tampoco debía decir nada de esto, porque todo es pálido y torpe y friamente geométrico en comparación con la divina realidad, que ante mí se extendía por los abismos del espacio.

Detuve el caballo, y asombrado me quedé mirando sin hartar los ojos de tanta hermosura y tanta grandeza.

El peón caminero también se detuvo, y también se me quedó mirando, pero sin comprender la causa de mi detención, y equivocando el motivo, me dijo, como para tranquilizarme: "No tema el señor ingeniero, que no nos llueve esta noche, ni lloverá tampoco mañana: esto ha pasado."

Y en efecto, todo había pasado, porque ya se había ocultado el sol tras las últimas montañas, la nieve había perdido su brillo, los cortinajes sus colores, y una gasa negra iba envolviendo el rebaño de montes gigantes, sus yelmos de plata y el horizonte todo, con sus mares de fuego que empezaban á ser mares de sombra.

—En marcha—dije, y en marcha se puso el peón caminero, y en marcha puse yo á mi caballejo dándole un buen espolazo.

***

A la tercera jornada llegué á Almería y en Almería empezó mi vida de ingeniero. ¡Qué triste y qué aburrida! no por el trabajo, que trabajo había poquísimo, sino por el aislamiento en que me encontraba, siendo yo como era entonces poco comunicativo, viniendo con el encogimiento que daba la vida de la escuela á todos nosotros para tratar gente, y no teniendo como no tenía ningún amigo en la población.

El trabajo ya he dicho que era escasísimo, mejor dijera, nulo.

De dos cosas estaba yo encargado principalmente: primero, *conservación de las carreteras de la provincia*, lo cual era como ser ingeniero *in partibus*, porque en la provincia no había ninguna carretera construída ni en construcción. Había una en proyecto, y del proyecto está encargado otro ingeniero, D. Manuel Caravantes.

No quiero mentir ni exagerar, ni quiero que el demonio se ría de la mentira, aunque la mentira es tal, que, en todo caso, yo sería quien pudiera reírme de él.

En la provincia había UNA LEGUA de carretera, partiendo de Almería y en dirección á Gádor, si no recuerdo mal; la longitud puramente precisa para servir de paseo á la población.

De suerte que, después de haber estudiado cinco años en la *Escuela de Caminos*, desde cálculo diferencial é integral hasta ferrocarriles, después de traer la cabeza atestada de toda la ciencia ingenieril que entonces se conocía, y haber estudiado todas las grandes obras del extranjero, iba yo á Almería encargado de conservar *una legua de carretera* ni más ni menos. El sueldo no era muy grande, nueve mil reales tras doce años de estudio; pero tampoco era grande el trabajo: recorrer de cuando en cuando seis kilómetros de makadan.

En rigor, porque no quiero exagerar las cosas, también estaba encargado de las obras del puerto, pero como no existía ningún proyecto aprobado, lo único que por entonces y por algún tiempo se hizo, fue ir arrojando escollera en una dirección determinada, que se suponía acomodada al proyecto que había de aprobarse.

De unas alturas inmediatas, tan inmediatas que puede decirse que estaban encima del espigón, se sacaban los bloques de la escollera; se colocaban á brazo y con palancas sobre una especie de carros ó plataformas montadas sobre dos rodillos cada una, y unos cuantos peones tiraban de este carro á que daban el nombre de *burro*, hasta llegar á lo alto de un plano inclinado sobre terreno natural, pero sin carriles ni cosa parecida.

Este plano inclinado venía á estar sobre el espigón y en su misma línea.

En cuanto el *burro* estaba sobre el plano inclinado, se disparaba, no como burro, sino como demonio, y con su pedrusco encima bajaba con tremenda velocidad.

Lo que más me chocó fue el sistema de frenos que para moderar su marcha se empleaba. Delante del *burro* y corriendo como él, iban unos cuantos trabajadores, tirando piedras en el camino por donde había de pasar el carretón: naturalmente las trituraba, pero al fin y al cabo moderaban su velocidad.

Poco antes de llegar yo ocurrió una horrible desgracia; uno de los infelices trabajadores que iban tirando piedras á manera de víctimas ante el ídolo monstruoso de caliza, tropezó, y el *burro* le planchó las dos piernas, que aquella vez sirvieron de freno eficacísimo.

Pues estos eran todos mis trabajos: recorrer una legua de carretera y ver bajar por el plano inclinado al burro, haciendo burradas con sus saltos y huidas correspondientes: sistema de trasporte de que se hubieran avergonzado, no ya los egipcios sino los hombres prehistóricos.

Con esta vida, en una población en la que aún no tenía amigos, separado de todas mis afecciones, sin ninguna ocupación seria y obligatoria, ya comprenderá el lector cuál sería el estado de mi espíritu. Un cansancio inmenso, el cansancio de no hacer nada, el recuerdo siempre vivo de mis alegrías de estudiante, la nostalgia de Madrid, en suma, porque mi vida era esta. Levantarme tarde, almorzar sin apetito, hacer compañía un rato al ingeniero D. Manuel Caravantes, marcharme á la una al muelle á ver arrancar piedras de la cantera, á verlas bajar despeñadas sobre el burro, por el plano inclinado, en la forma que expliqué, y pasearme, hasta que el sol se ocultaba, en compañía del capataz, que era un valenciano de bastante edad, muy honrado, pero más honrado que ameno, preguntándole invariablemente "¿cómo se llama aquel buque de tres palos; y aquel de dos; y aquel de dos con uno inclinado? y el me decía medio en valenciano, medio en castellano, una serie de nombres que yo olvidaba en el acto, para preguntárselos al día siguiente, porque de lo contrario no había materia de conversación.

A la caída de la tarde á dar una vuelta por el paseo, paseo en que no había nadie, y á leer en el Casino noticias de la guerra de Crimea, que me interesaba medianamente, ó á leer de cuando en cuando alguna crítica de los dramas estrenados en Madrid, que era todo mi consuelo; cuando la desesperación llegaba al período álgido, lanzarme á leer artículos de política, que no dejaban de tener cierto interés, porque se estaba preparando la sublevación de O'Donnell que había de estallar pocos meses después en el Campo de Guardias, y la gran revolución del año 54.

Entrada ya la noche, me volvía á la fonda, y hasta las doce ó la una leía libros de matemáticas ó novelas de Balzac, únicas que pude encontrar en Almería, ó algún libro clásico de los que me había llevado de Madrid á prevención.

Leyendo autores clásicos, me dormía siempre.

Y un nuevo día idéntico al anterior, calcado sobre él, y que sobre él podría adaptarse como dos ejemplares sacados de la misma estereotipia del aburrimiento y del cansancio. Mi visita al muelle y á las canteras durante cinco ó seis horas y

vuelta á preguntar los nombres de los buques, y vuelta á oir con atención soñolienta "ese se llama falucho, ese otro místico, aquel goleta, el de más allá bergantín goleta" y así sucesivamente. Pues bien; todavía no sé distinguir un buque de otro, después de haberme estado repitiendo la lección el pobre capataz valenciano durante seis meses.

Y otra vez al paseo, y otra al Casino, y una nueva edición de Crimea, de los teatros de la corte y de política; y á la fonda á cenar y á mis lecturas, y á dormirme en plena admiración de Homero, el Dante y Goethe, que éstos eran los autores de que había hecho acopio para dar barniz de ilustración á mis aficiones literarias.

Después me he reconciliado con los clásicos y hoy los admiro y hasta sirven de pasto á mi inteligencia ó á mi sentido estético, pero en pequeñas dosis y bien escogidas.

La única variante en esta vida fría, incolora, monótona, vida de embrutecimiento infalible, era alquilar un caballo y recorrer legua arriba, legua abajo, la única legua de carretera que se había encomendado á mi ciencia ingenieril.

Así pasé los primeros meses en Almería: después de algún tiempo ya no me aburrí tanto, pero siempre me aburrí lo bastante para pedir á Dios Todopoderoso que me llevase pronto á Madrid ó al cielo, disponiendo en el cielo una ventanita para mirar á Madrid, como dicen mis paisanos.

El genio de Lamartine

(POR JULES LEMAITRE)

NO más auténtico, vida más hermosa que el genio y la vida de Lamartine no he encontrado jamás.

Dulcemente educado, en plena campiña, por mujeres y por un sacerdote de romance; teniendo por libros la Biblia, Bernardino de Saint-Pierre y Chateaubriand, se va á soñar á Italia y allí canta. Y los hombres reconocen que es un poeta verdaderamente inspirado, un poeta de la edad antigua, que tiene aquel "algo de ligero, alado y divino" de que habló Platón.

Este poeta, "tan poco letrado como Homero," expresaba sin esfuerzo todos los bellos sentimientos tristes y tiernos acumulados en el alma humana durante tres mil años: el amor casto y soñador, la simpatía por la vida universal, un deseo de comunión con la naturaleza, la inquietud ante sus misterios, la esperanza en la bondad de un Dios que aquella naturaleza revela confusamente, una suave mezcla de piedad cristiana, de sueño platónico, de voluptuosidad y grave languidez

Pero ¡quién mejor que Saint-Beuve diría esto?

"Enseñando así la naturaleza á grandes rasgos y en masas, mezclándose en los ruidos, en las praderas, en los follajes y arrojando en medio de esa escena indefinida y bajo esos horizontes inmensos todo lo que hay de más verdadero, más tierno, más religioso en la melancolía humana, Lamartine ha obtenido de un golpe todos los efectos de una simplicidad sublime, y ha hecho, una vez por todas, lo que sólo una vez se puede hacer."

Loado sea por siempre! A veces se siente uno fatigado del estilo plástico y de sus cinceladuras, de lo pintoresco, de la retórica impresionable y de sus caprichos, y es entonces una delicia, un alivio inefable leer esos versos salidos del alma como una fuente de profundo amor.

Sin contar conque, entre esos versos del genio,—á través de la indolencia, de los descuidos y de las candideces de factura que recuerdan á los antiguos poetas y á veces á las fórmulas consagradas del siglo XVIII,—hay estrofas brillantes, de una belleza tan sólida, de una plenitud tan sonora, de un color tan vivo, de un lenguaje tan bien manejado como en los más hermosos pasajes de Víctor Hugo y Leconte de Lisle.

¡Habría para qué recordar que este rey de la elegía amorosa es también el poeta de la Marsellesa, de la paz, de las revoluciones, de los fragmentos de libros antiguos; que como ninguno ha amado más á los hombres y anunciádoles con más impetuosa elocuencia el Evangelio de los tiempos nuevos; que ha hecho *Toeclyn*, la epopeya del sacrificio y el único gran poema que tenemos? que nadie ha expresado como él la concepción idealista del universo y del destino? y que, en fin, es en *Harold*, en *Toeclyn* y en la *Caída de un ángel* en donde se encuentra lo más hermoso que de poesía filosófica se haya escrito en lengua francesa?

La tristeza de los cómicos

(POR COQUELIN CADET)

LA muerte de Hippolyte Raymond, uno de los divertidos autores dramáticos, ha inspirado á Coquelin Cadet las observaciones que van á leerse:

La muerte del pobre Hippolyte Raymond, que tanto había hecho reir con *le Cabinet Piperlin*, *Cocard et Bicoquet*, etc., hace crecer nuestra simpatía por las gentes que nos divierten y á las que arrebata un trágico fin. Raymond tenía algo de disgusto de oprimido en la ciudad y, á pesar de ello, sólo truhanesca alegría brotaba de su pluma: se diría un inspector de pompas fúnebres que tuviese en sí una fuente inagotable de felicidad y de gozo.

Ahora si es exacto decir que las lágrimas están muy cerca de la risa y que esos bienhechores que provocan la hilaridad tienen un fondo de tristeza incurable.

El más grande de los autores cómicos, Molière, era profundamente hipocondriaco y su risa, que hacía llorar, era una eterna alegría. La observación chispeante, la sátira riente, la agudeza saludable, son brillantes flores que nacen entre negros hongos, fríamente melancólicos.

Cuántas veces se oye decir, hablando de un actor ó de un autor cómico: "qué divertido!" Sí; muy alegre. Un Jeremías, un plañidor un schopenhaueriano endurecido, que ve la vida á través de sombras y lentes dolorosos; un neurótico que llora sobre fútiles infortunios.

Observadlo: su boca se agranda hasta las orejas; sus narices se dilatan; brilla la risa en sus miradas; flotan sus rizos á un soplo de felicidad; acaba de escribir (conozco autores que parece hicieran su testamento en sus obras más gozosas); y el rostro se les oscurece y un gemido, un sollozo fuerza los labios apretados por la amargura. Así acontece con los actores que han derramado placidez por toda la sala, que han fabricado delirante alegría.

Scaramouche era melancólico; Perlet, aquel cómico admirable de las cortes, sólo gozaba delante de amarillentos esqueletos; Monrose, el gran Monrose de la Comedia Francesa, fue siempre triste; Ravel sólo rió *tres veces* en quince años; Gil Pérès, el excelente humorista del Palais Royal, era adusto, grave; Jolley, del Vaudeville, nunca rio; Baron tuvo fisonomía de magistrado. ¡Acaso ese fondo de humor sombrío se les ha dado para compensar su ficticio contento? De todas maneras, es indeciblemente doloroso que los fulgores de la risa admirable é irresistible de Raymond hayan huido ante el fulgor siniestro de un revólver.

Ultima entrevista

(POR IVAN TOURGUENEFF)

EN un tiempo fuimos amigos íntimamente unidos. Pero llegó una hora nefasta..... y nos separamos enemigos.

Después, pasaron muchos años..... Yo atravesaba un día la ciudad en que se había residenciado, cuando supe que yacía sin esperanza en el lecho del dolor, y deseaba verme.

Me dirigí hacia allá..... entré en su cuarto ..... cuánto lo había cambiado la enfermedad!

Amarillo, macilento, enteramente calvo, la barba despoblada y gris; estaba sentado, vestido con una camisa de forma especial..... no podía sufrir ni el contacto de la más ligera tela. Bruscamente, me tendió la mano descarnada y áspera y murmuró algunas palabras ininteligibles..... ¡Era una bienvenida ó un reproche?—no puedo decirlo. Su pecho curtido comenzaba á levantarse, y por las pupilas encogidas de sus ojos enfermos, resbalaron dos pequeñas lágrimas dolorosamente ardientes.

Se me oprimía el corazón..... me senté á su lado..... é involuntariamente, bajando los ojos ante aquella espantosa deformidad, le tendí también la mano.

Pero para mí pasaba como si su mano no tuviera la mía.

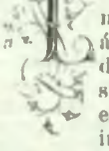
Me parecía que un fantasma alto, blanco, mudo, se había levantado entre ambos. Un largo vestido le envolvía desde la cabeza hasta los pies. Sus profundos ojos pálidos veían en el vacío y ni una palabra se escapaba de sus delgados y descoloridos labios.....

Ese fantasma había enlazado nuestras manos. Nos había reconciliado para siempre.

Si..... la muerte nos había reconciliado!

El capital y el trabajo

(POR PAUL LAFFITTE)



LAS condiciones de la vida moderna están en vías de transformarse; pero el cambio se hace poco á poco, sin sacudidas, y apenas podemos notarlo comparando el presupuesto individual de este año con el del año precedente. La baja de intereses y el aumento del precio de todas las cosas hace que lo que antes constituía fortuna vaya siendo un estorbo. No hace mucho, en los *Débats*, M. Georges Michel tuvo la idea de comparar el presupuesto de una familia en 1853 con el de otra en 1894. Las cifras que presentaba M. Michel no eran arbitrarias: tenía á la vista las cuentas de dos dueñas de casa, cuentas matemáticas que detallaban el menor gasto; en ambas familias, la misma posición social, el mismo número de personas. De la comparación resulta que en París, en menos de medio siglo, el precio de la vida se ha hecho doble.

Mientras más gastos, menos ingresos: hé ahí, en dos palabras, la posición de cualquiera que disfrute de una renta grande ó pequeña. Tomemos un buen burgués que hace veinte años, al día siguiente de la guerra prusiana; hubiera suscrito el empréstito de 5 p%. Supongámosle 10.000 francos de renta; solo; sin familia. Hoy, por causa de las conversiones, no tendría sino 7.000 francos. Todavía, con una renta disminuida en un tercio, le sería caro pagar alimentación, casa, lo necesario, sin contar lo superfluo; con una ó dos conversiones más, estaría en la miseria.

No hace mucho tiempo la rata de 5 p% era el premio de todo padre de familia;

ahora hay que conformarse con el 3 p% y nuestros hijos tendrán que aceptar el 2 p% y quizá menos. Hace diez años, en una obra relativa á la distribución de la riqueza, M. Paul Leroy-Beaulieu anunciaba el descenso progresivo del interés. Lo recibimos con reservas; pero los hechos han dado la razón á M. Beaulieu.

El día en que el pan y el vino cuesten dos veces más caros, el productor, cualquiera que sea su ramo, venderá á doble precio. Esto equilibrará cuando más su presupuesto y será el rentista quien sufrirá todo el peso de la transformación económica: le tocará un rédito inferior y se le pagará en moneda depreciada.

El resultado? Es muy claro. El hombre valdrá por sí mismo, más y más. El ocioso desaparecerá. No habrá para ello necesidad de una revolución. La baja del interés hará de todo capitalista un trabajador.

Así, las circunstancias nos dan á todos una lección: enseñan que los cambios más profundos se efectúan por sí mismos y que lo mejor que hay que hacer es acomodarse á ellos cuanto sea posible.

Amable manera de morir

LA VOLUPTUOSIDAD DE LAS CAIDAS EN LAS MONTAÑAS

(POR TEODOR DE WYZEWA)

Un sabio suizo, el profesor Heim, ha dado una conferencia en el club alpino de Zurich. La Sociedad médica de Berna debió suplicar á los periódicos no hablasen de aquella, pues me parece más propia para estimular el suicidio, que las más elocuentes insinuaciones. Acaso, al hacerla, el profesor Heim tuvo las mejores intenciones; acaso se propuso servir á la patria á la vez que á la ciencia y justificar la Suiza de uno de los más duros reproches que se le hacen.

Ha escogido como tema las caídas desde la cumbre de las montañas y, con fuerte acopio de argumentos y razones, se esforzó en probar que la muerte obtenida por aquel procedimiento era la más cómoda, la más elegante y la más agradable de todas. De tal manera que los turistas no deben temer en lo sucesivo la ascención á la cima de los Alpes; pues, aún suponiendo que muriesen, lo harían sin sufrimiento alguno, físico ni moral, saboreando desde el instante de la caída un delicioso gusto de beatitudes celestiales.

Hé aquí, según los testimonios recogidos por el profesor Heim, las impresiones que se experimentan desde el momento de la caída hasta el de la muerte. Desgraciadamente, ninguno de los testimonios viene de personas que realmente se hayan muerto á consecuencia de la caída; pero, como lo dice el profesor Heim, la pérdida de la conciencia, desde el punto de vista psicológico, equivale á la muerte.

Apenas se ha perdido el equilibrio en la cumbre, cuando se siente como sumergido en un seno de bienestar sobrenatural. Ningún sufrimiento, ninguna angustia, ningún asomo de ese vago terror que produce la mayor parte de los accidentes; sino, al contrario, una gravedad tranquila, una resignación profunda, una seguridad y una facilidad de pensamiento extraordinarias. La actividad cerebral se desenvuelve prodigiosamente; en un segundo surgen millares de imágenes é ideas; pero todo objetivamente, sin que se pierda un ápice de serenidad.

En la generalidad de los casos, el alma vuelve á ver todo el curso del pasado. Se oye como una música ideal, siempre variada y dulce; se experimenta la sensación de subir á un cielo de purísimo azul, sembrado de nubecillas rosas. La conciencia se va extinguiendo, gradual, suavemente, sin ningún dolor. El oído es el último sentido que se pierde: se oye un choque cuando ya no se le ve ni se le siente; en tanto que el tacto se extingue con rapidez: se puede llegar á tierra con las piernas y los brazos destrozados, sin haber tenido el menor sufrimiento.

Hé aquí la descripción textual que hizo el profesor Heim de un experimento personal:

"Desde que resbalé, observé que iba á dar contra una roca; oí el choque, pero no sentí nada; traté de asirme con los dedos contraídos á la nieve y me los desgarré, sin sufrir el menor dolor. Sólo una hora después del golpe contra la roca empecé á sentirlo.

En cuanto á lo que experimenté durante la caída, necesitaría una hora para referirlo. Se me presentaron todos los pensamientos y todas las imágenes, con una claridad y una precisión admirables. Reflexioné también acerca de varias consecuencias de mi caída; me prometí que si llegaba á tierra en estado consciente, trataría de sacar de la faltriquera el frasquito de vinagre que llevaba y tomar algunas gotas. Pensé que me era muy importante conservar mi bastón y puse especial cuidado en ello. Intenté quitarme los lentes, para que en caso de ruptura de los vidrios no me introdujesen los fragmentos en los ojos; pero no permitió hacer tal la velocidad del movimiento. Resolví gritar, al llegar á tierra, que no estaba herido, á fin de no alarmar á los compañeros de excursión, entre los cuales estaba mi hermano. Me dije que en todo caso tendría que renunciar á mi primera lección de *privado docente* en la Universidad, algunos días después. Ví todos los actos de mi vida pasada; me parecía que nadaba en un cielo infinitamente azul, sembrado de nubes violadas, de una belleza sobrenatural. Entonces fue cuando oí el ruido del choque y grité por dos ó tres veces que no me había hecho daño."

París estival

(POR JULIETTE LAMBER)

Son las seis. En el arrabal Monceau las calles, blancas como laderas de volcanes extintos, despiden cálido aliento, como soplo ardiente de hornos. Algunas beben con avidez el rocío que cae de lejos. La tierra azotada mezcla sus crepitaciones al ruido del agua. Algo alegre brilla en los lodazales que nacen de la tierra impregnada.

Los castaños de hojas marchitas, tostadas, tienen temblores de anciano, al contacto de una brisa imperceptible, delicada y débil que gira de calle en calle, tan sutil que basta á detenerla la primera pared que encuentra.

En el parque Monceau el aire se levanta del césped humedecido; pero es aire caliente, más que el de las calles, porque los grupos de árboles oponen á la tenue brisa barrera infranqueable.

Las miradas son atraídas, solicitadas por la verdura de las gramas, los árboles y las flores. Una ancha franja de agua que las nubes descuelgan sobre la yerba oscurece la pradera. Las palomas grises se bañan en giros circulares en los estanques, grave y majestuosamente, en medio de una turba de inquietos pajarillos.

Las flores frescas, brillantes, ríen en los canastillos, en tanto que en las avenidas granujas bulliciosos, vestidos de mil colores, amontonan las piedrecillas para esparcirlas luégo.

Los macizos parecen enormes ramilletes de floristas. Los grupos de hortensia inclinan sus racimos opulentos, que van del rosa pálido al verde suave en una gama harmoniosa, clavada por campanillas rojo y violeta de fuhsias caprichosas. Y bajo las hojas, curiosas é inmodestas, las florecillas asoman su ojo azul para ver las gentes que pasan.

Acuarela de Inglaterra

OXFORD

(POR GEORGES LECOMTE)

Concurso bullente á diplomas, el vasto campo atrincherado del silogismo y de la metafísica, una ciudad en la que no hay sino colegios, como en ótras fábricas y manufacturas.

Aquí la especialidad es la industria universitaria. Se modelan inteligencias así como en otros lugares se trabaja el acero. En Francia, en otros países, la enseñanza superior se da en todas las grandes ciudades. En este país de centralización sistemática, sólo hay dos ciudades de ciencia: Oxford, Cambridge. En ellas lo profesional es la educación, así como en otras se entregan á tejidos ó á fábrica de cuchillos.

Y no se entristece, sin embargo, el espíritu ante la perspectiva sombría de las negras chimeneas, que escriben sobre una atmósfera brumosa por encima de los terrados, su pesado párrafo de ollín; los finos arabescos de los campanarios góticos se dibujan sobre el cielo, entre las líneas caprichosas de las ramas y las hojas. Monumentos de piedra, ennoblecidos por los siglos, imponentes bajo la bruma, emergen de los macizos.

Las universidades y los colegios se abrigan en mantos de arboledas, sobre alfombras de césped. Se acercan, se tocan, ó á veces un coto estrecho separa dos jardines y dos institutos. Un árbol cuyo ramaje cae fuera de la pared sombrea la grama del verjel vecino. Los tamboriles resuenan cerca del lugar en que un profesor conferencia, del mismo modo que en ciertas ciudades industriales el silbido de las sirenas y el martilleo de las fábricas se propaga de una oficina á otra.

La atmósfera de esos colegios es sosegada, apacible; edificios construídos, casi todos, en tiempos de arte y de fe, son asilos de recogimiento. En el lustre harmonioso de las piedras, en sus contusiones y vetustas manchas se lee el pasado; y en la elegancia de las columnatas, en las complicadas evoluciones de las líneas y de los arcos descansa seducida la mirada.

Los asilados erran en la calma de los claustros, bajo las arcadas exornadas de clemátides y enredaderas, á la vista de praderas frescas y sombreadas en las que abren las flores de los canastillos sus corolas y se esconden y juguetean avecillas canoras.

Nunca, bajo aquel conjunto decorado por la naturaleza y el arte, nace idea alguna de reclusión, de clausura, de pesadas horas de fastidio. Para las meditaciones hay el claustro, las bóvedas, las cortinas de yedra. Para la alegría, vastos espacios, hechos para la carrera ó la pelota.

Cricket y *foot-ball* tienen sus departamentos como la filosofía y la historia. Las facultades físicas tienen tanto derecho al libre ejercicio como las facultades morales. El joven no es una unidad en un rebaño. Es un individuo: se reconoce su derecho al aislamiento y á la libre acción.

Nada de dormitorios, nada de salas de estudio, tan nocivas al cuerpo como al espíritu. Cada alumno tiene su habitación particular, en la que puede vivir solitario, entre objetos y libros queridos á sus recuerdos y á sus inclinaciones.

Solo en el refectorio se sujetan á irritantes promiscuidades. Pero los muros cubiertos de nombres de antiguos alumnos los hacen pensar en la insuficiencia de las enseñanzas que del profesor reciben y en la eficacia del trabajo personal. Las salas de examen, severas como tribunales, las urnas de votación recuerdan la peligrosa creencia de los pueblos en títulos, exámenes y diplomas. Puerilidades consagradas, que implican días solemnes en que pontifican pobladas pelucas, en trajes carnavalescos, desde curules de madera esculpida.

Los universitarios consideran á Oxford como su ciudad y no temen pasear por sus calles cubiertos con sus tradicionales atavíos. Aún en las calles más comerciales circula una procesión de delgados efebos, con togas mal sujetas que ondulan al viento; niños con largas hopalandas que les caen como tubos de órganos por las flacas piernas adornadas con medias de amarillo canario, las cabezas cubiertas con extraños académicos sombreros semejantes á cascos de ulanos. Y en medio de la turba de adolescentes, adustos profesores, trajeados de armiño, cordones y bandas multicolores. Alumnos y maestros invaden las reposterías y toman en pie un poco de oporto ó una pasta seca.

Los más fastuosos almacenes son aquellos en que se venden las toilettes universitarias. En las vidrieras, sobre el fondo oscuro de las capas, una ardiente policromía de tafetanes rojos, verdes, azules, amarillos; rasos rosados y malvas; armiños severos. Durante los períodos de exámenes, las familias que llegan á presenciarlos, se detienen extasiadas ante esos muestrarios. Es el momento deliciosamente cómico de la vida de Oxford. Las madres, solícitas, jadeantes, se precipitan por las callejuelas solitarias y se engolfan por entre las columnadas y bajo las ojivas de los pórticos. Su ansiedad recuerda la madre de Vallés en los días de distribución de premios; sus sombreros abrumados de plumajes, sus vestidos extravagantes acusan su vanidad provinciana. Y en recuerdo sin duda le los torneos caballerescos, en los que se combatía por la dama, es costumbre ya que cada señora llegue escoltada por alguna joven, hija, hermana ó yerna. Si no la hay en la familia, se la toma de otra. Acaso agentes especiales desempeñen discretamente estas funciones, pues es humillante que un candidato no se presente con ese simulacro de tierna solicitud. La muchacha,—la mayor parte del tiempo muy despreocupada del asalto universitario,—sigue todas sus faces, silenciosa, ruborosa, con aire más virginal que de costumbre, pero en realidad más gozoso, pues tales formalidades le proporcionan un viaje agradable y nuevas toilettes.

En la tarde, los predicadores al aire libre pregonan en las plazas sus apasionadas censuras, en tanto que los *pickpockets* huronean en los bolsillos de los auditores extáticos.

El Támesis, por el que resbalan en ciertos días los campeones de Oxford, se hace deliciosamente murmurador cuando las vacaciones dispersan á aquellos. Sus aguas corren lentamente besando el verde ruedo de las praderas. Los campanarios, la confusión desordenada de los antiguos techos se destacan en la atmósfera en calma. Las muchachas maniobran como expertos marinos en ligeros botecillos, y cuando salvan todos los obstáculos y entran en pleno raudal, sueñan inmóviles á la sombra de corpulentos árboles, en un sitio romántico en el que voltea un molino, entre rotos escombros que cada estío viste con espléndida vegetación de florecillas y lianas.

Oxford, visto desde allá, aparece en toda su belleza de antigua ciudad de silencio y de recogimiento.

SECCION RECREATIVA

Solución del problema publicado en el Número anterior (92)

Blancos	*Negros*
1ª Reina á D. 8	1º Torre toma Reina (lo mejor: pues de otro modo el mate sería á la sigte, ó á lo más, si juega torre á E 7.) á la subsigte jugada.)
2º Arfil á E 7	2ª Caballo á G 5. (ó A)
3º Peón á F 4	3ª Rey á D 4
4ª Caballo á E 2 mate	
(A)	
	2ª Rey á D 4
3ª Caballo á E 2 +	3ª Rey á E 5.
4ª Peón á F 4 mate	

La solución ha sido enviada por el señor Luis René Borges, á quien el autor da las más expresivas gracias por sus benévolos conceptos de apreciación de la obra.

NEGRO

BLANCO

El blanco juega y da mate en tres jugadas.—(L. H. I.)

Trajes de artistas

En nuestro número anterior publicamos una noticia relativa al precio de los trajes que en la escena gasta la célebre cantatriz Adelina Patti é hicimos alusión á las toilettes de la bella Otero, la bailarina que ha avasallado á París avasallador. Ahora publicamos el retrato de la artista con el traje con que se exhibió en *Folies-Bergère:* todos los adornos que se observan en él son de perlas y brillantes, cuyo valor se estima en 2.000.000 de francos.

El emperador alemán

Una revista alemana publica datos relativos á la primera educación del actual emperador. Su primer maestro fue un capitán de la guardia, recomendado por el príncipe de Bismarck; pero el tal capitán era un rudo soldado, un rústico que quería aplicar al heredero del trono el sistema de instrucción que usaba con sus reclutas. Su discípulo debía levantarse á las cinco y media de la mañana todos los días, y comenzar ejercicios gimnásticos de todas clases, labor absurda para un niño. Con semejante régimen, el príncipe no tardó en adelgazar y enfermar, hasta que el emperador Guillermo I declaró tranquilamente al canciller que su capitán de guardia podía volverse al lugar de donde vino. Supóngase lo que sentiría M. de Bismarck; el porvenir se encargó de probarle lo desgraciado de su elección: su protegido fue preso á la larga por falsificador. Ocupaba ya el trono Guillermo II y el singular preceptor tuvo la audacia de apelar á él:—"no conozco á ese señor, contestó el monarca; pero me acuerdo bien de él." Fue la emperatriz Victoria la que se encargó de la educación de su hijo: atendió al desarrollo armonioso de lo físico y lo moral y le inculcó las primeras nociones de geografía é historia, que son hoy sus ciencias predilectas.

La verdadera Carlota Corday

Parece que se tiene una falsa idea acerca de la fisonomía del "ángel del asesinato." El doctor Cabanès aspira á rectificar el error y á ese propósito publica un artículo titulado *La verdadera Carlota Corday*, en la *Revue hebdomadaire*. Hé aquí algunos extractos:

"Su tez—dicen muchos contemporáneos,—tenía la blancura de la leche y la frescura sonrosada de las flores.....Su expresión era de una dulzura inefable....." Una gaceta de la época escribía: "Esta mujer no es bonita; tiene una fisonomía dura, insolente, *erisipelatosa*....." Y un testigo ocular añadía: "No es nada hermosa, pero tiene un aspecto candoroso....." ¿A quién creer? Eso es nada. Cuál era su talla? Unos la pintan alta, otros decididamente pequeña. Su pasaporte le atribuye cinco pies y una pulgada. M. Cabanès opina que ese documento basta para decidir la cuestión. El color de los cabellos?—Eran castaños según el papel oficial; pero otras piezas no menos auténticas dicen "rubios" y Mme. Hañer, que pintó su retrato, los pone cenicientos; el abate Dinomé asegura que poseía un rizo de Carlota: "eran rubios, de un rubio seductor, brillante." M. Cabanès está más adelantado y asegura que tiene el testimonio del peluquero que le hizo la *toilette* en la mañana de la ejecución y que dijo ser "castaño." De todo el artículo del doctor Cabanès resulta que la *verdadera* Carlota Corday tenía una fisonomía dulce y dura y aun "erisipelatosa;" que era alta, mediana y pequeña; que tenía el cabello castaño, rubio y ceniciento, y que se saca mucho provecho de estas averiguaciones.

En Marruecos también cuecen habas

Parece que las imaginarias en el ejército marroquí son más escandalosas que en cualquier otro país. Un día, Muley-el-Hassan inspeccionaba una compañía que le pareció poco numerosa: había un desacuerdo evidente entre el efectivo real y la relación presentada al sultán esa misma mañana. Muley-el-Hassan se acercó al jefe de la compañía, que estaba más muerto que vivo, y con un tono irritado:—"Faltan treinta y dos hombres en tu compañía, le dijo, qué se han hecho?" El oficial interpelado contestó á lo que saliera:—"Un soldado murió esta mañana....."—"Bien, replicó el emperador, pero los treinta y uno restantes?"—El oficial temblaba de pies á cabeza; al fin tuvo una idea salvadora: saludó militarmente, y:—"Majestad, le dijo, los otros están en el entierro!"

Muley-el-Hassan estaba de buen humor ese día, y se contentó con semejante explicación.

Coleccionistas y arqueólogos

Es universal la manía de recoger objetos insignificantes sólo porque recuerden á un grande hombre. Refiere Alejandro Dumas, padre, su asombro cuando, visitando el jardín de Ferney, su cicerone le trajo un pedacito de corteza que acababa de arrancar de un árbol. Dumas, figurándose que fuera algún árbol extraño que tuviese un olor ó un gusto especial, lo llevó sucesivamente á la nariz y á la lengua; pero no le encontró nada de particular. Pidió explicación al cicerone y éste, algo picado, le contestó que era corteza de un árbol que había plantado, "con sus manos," el mismísimo Voltaire y que todos los extranjeros se desvivían por poseer tan valioso recuerdo. Ahora, la silla de Calvino en la catedral de San Pedro en Génova, es la que sufre las consecuencias del amor á lo ilustre. Pero el cicerone de la catedral no es tan complaciente como el de Ferney: se opone á todo trance á que se toque siquiera la silla del gran reformador. Un americano la encontró tan interesante con sus entalladuras que pidió permiso para sacarla de la iglesia y llevarla á un ebanista para que le hiciese una exactamente igual; pero el consejo administrativo declaró, bien á su pesar, que la silla de Calvino no había salido ni saldría jamás de la iglesia de San Pedro. El americano, naturalmente, hubo de conformarse como todos con su pedacito de corteza.

La historia de la cocina

El señor doctor Laumonier es un filósofo de la escuela de Brillat-Savarin; él no considera que el estudio de la cocina no sea más que mera "frivolidad;" y habiendo observado, con un fisiologista irlandés, que "el hombre es el único animal que cocina," consagra, en el último número del *Correspondant* al arte de aderezar los manjares al través de los tiempos, un largo artículo de cuyas conclusiones sociales, algunas quizás parecerán atrevidas, pero cuyos párrafos son cuando menos divertidos por lo ingeniosamente presentados.

La cocina no es la que un pueblo vano piensa; ella cambia con la civilización, su decadencia, así como sus progresos, podrían casi servir para graduar los progresos ó la decadencia de los pueblos; en efecto, Beketoff lo ha dicho: "comer es la causa determinante del progreso físico intelectual del género humano."

No se sigue de aquí que los que más comen y mejor, sean siempre los más inteligentes ni los más fuertes: los griegos, los romanos, los persas, los bizantinos, antes de su definitivo hundimiento político, habían adelantado la gastronomía hasta sus límites supremos; pero en esto, como en todo, el exceso es un defecto, y no se debe olvidar que "la afectación, en achaque de cocina, constituye una de las pruebas de la decadencia de los caracteres." La afectación, que no debemos confundir con la delicadeza es un peligro del cual hay que preservarse.

En lo que nos concierna especialmente, parece que desde Luis XVIII, nuestra cocina decae; y decae hasta con una rapidez que aflige, pues; se pierde por el uso de las carnes preparadas á la inglesa y de las legumbres cocidas en agua; se deshonra por "indecibles comistrajos," sin hablar de las innumerables falsificaciones que le proporciona el desarrollo de la química.

En una palabra, dice el señor doctor Laumonier "la cocina se democratiza;" y muchos juzgarán sin duda que esta decadencia del arte alimenticio no es una de las fechorías de la democracia.

Rossini era un gastrónomo, y hasta hay quien dice que era sibarita infinitamente delicado. Preferia á todo la cocina. El propio se tenía por el primer cocinero de su tiempo.

Un día fue un amigo á visitarle, y le encontró de un humor pésimo. Necesitaba escribir doce cartas de recomendación, dedicar algunos retratos, ilustrar varios álbums con notas de su puño y letra.

—¡Cielos!—decía Rossini ¡qué cosa tan pesada es la gloria! ¡qué dichosos deben ser los salchicheros!

—Pues en Bolonia pudo usted serlo.

—No hubiera sido otro mi deseo; pero ¡me educaron tan mal!

Rossini, por lo demás, fue tan extremado en su amor á la cocina, que se casó con su cocinera.

Siempre han gozado los buenos cocineros de gran estima. Entre ellos hay celebridades, como las hay en arte, ciencia, política y literatura.

Aún se habla del famoso Trompette, que dejó las cocinas del duque de Noailles por las de Gambetta, donde llegó á ganar 12.000 francos anuales.

La Maisón Doré tiene un cocinero de los más célebres: Casimiro Moisson.

El barón de Mohrenheim tiene á Luis Fauvet, hijo y hermano de grandes cocineros.

Jorge Bouzon, que sirvió bajó el Imperio en casa del marqués de la Vallete y del Príncipe Orloff, está hoy en casa de la duquesa de Alba.

L'heritier, que está en casa del duque de Dondeauville, ha prestado sus servicios al barón Seguier y al duque de Valencay.

El *Kamer-Fourier* de Nicolás II es un alsaciano llamado Krantz, y gana 175.000 francos anuales.

Es casi un personaje; tiene á sus órdenes más de 200 oficiales, furrieles, lacayos, aprendices, cocineros y pinches.

En Grecia, el jefe de los cocineros del Rey Jorge es Eugenio Deny, el cual es todo un bachiller en artes.

En Inglaterra, Feltham es el jefe de las cocinas de la Reina, y Juste de las del Príncipe de Gales.

Jubileo de la salchicha

Hace veinticinco años que la salchicha en *petits-pois* fue inventada por un cocinero del Rhin, entrando desde entonces este producto culinario en la alimentación del soldado. Las tropas alemanas hicieron un consumo prodigioso durante la guerra del 70-71.

Por espacio de varios meses se expidieron al ejército 100.000 salchichas diarias; al fabricante le dio el gobierno 130.000 francos por el privilegio.

Tierra de promisión

Se sabe que el Africa austral es uno de los países más productores de diamantes. Lo que se ignoraba es que el tal continente nada envidia á los cuentos de hadas, en los que corren piedras preciosas por las calles. Un diario inglés, que merece fe, participa que existe una aldea del Bechuanaland en la que todos los días se encuentran diamantes en la vía pública: que primero eran pequeños y que luégo han ido engrosando, hasta que un feliz viandante dio con uno de 17 quilates! Hé ahí un país delicioso.....para barrenderos.

Interesa á los novios

¿Un novio tiene derecho á reclamar de su prometida el anillo que le haya dado, si se rompe el compromiso?—Este es el problema que tienen entre manos los jueces de Sheffield. A causa de un disgusto, dos novios, Miss Nellie y Mr. Isaacs, quedaron separados de común acuerdo, pero la novia quiso conservar el anillo, á disgusto de Mr. Isaacs. Este logró obtenerlo por medio de un estratagema poco delicado:—"No lo llevas en el dedo que debe ser," le dijo á la muchacha. Y como esta lo sacase para cambiarlo, Mr. Isaacs se lo arrebató.....El acusado protesta, declarando que Miss Nellie le entregó el anillo de buen grado, pero que luégo se arrepintió. Los jueces, para ser también galantes, han decidido que el novio devuelva la sortija y que la novia pague los gastos del juicio.

Cacería con luz eléctrica

Los colonos ingleses de la India han aplicado la lámpara Edison á la caza del tigre. Describese así esta innovación cinegética: el cazador se coloca á la espera y dispone á sus pies el cebo que ha de atraer á las fieras; suspende á una rama una lamparita eléctrica que recibe la acción de una batería de seis elementos, comunicada con la culata de la carabina. Gracias á una ligera presión del pulgar izquierdo, se puede provocar la luz á voluntad. Cuando se presenta el tigre, se establece el contacto; se produce la luz y la fiera ofuscada se detiene vacilando algunos minutos.

Es el momento de disparar. El único inconveniente del procedimiento es el peso incómodo de las baterías, pero se trata de reemplazarlas por un aparato especial de dimensiones tales que permitan al cazador llevarlo á la cintura.

Curación por persuasión

Le Gaulois recomienda un medio excelente para curar la anemia por persuasión.

"Una de las notabilidades médicas de Lyon, el doctor Teissier, tenía por cliente una muchacha nerviosa y anémica que había consultado gran número de médicos cuya ciencia fracasó ante la resistencia de la enfermedad.

El profesor, no encontrando la causa del mal, después de haber estudiado el carácter de su nueva cliente, formuló gravemente la siguiente prescripción: "Tomad todas las mañanas un vaso de agua pura, una hora después una taza de manzanilla, dad en seguida un paseo de dos horas al aire libre, volved á la casa y luégo de reposar media hora, tomad otro vaso de agua."

La muchacha se conformó con esta fórmula y al cabo de algunos días se sintió muy mejorada; pero una mañana muy temprano se presentó alarmada en casa del médico: "Doctor, yo iba muy bien; pero hoy tomé la manzanilla, dí el paseo, tomé el segundo vaso de agua, pero olvidé el primero y sufro atrozmente; creo perdido todo lo que había ganado."

El médico reflexionó algunos instantes y con una voz solemne le dijo: "En efecto, eso es grave; pero el mal es remediable, puesto que no hay sino dos horas de pérdida. Volved inmediatamente á la casa y tomad el otro vaso de agua, porque es necesario que la manzanilla quede entre dos aguas."

La muchacha lo hizo así y curó pronto.

Travesura de reina

La reina niña de Holanda, Guillermina, viajaba en un tren, con su madre. Inesperadamente suena la señal de alarma; el tren se detiene en el acto; los empleados empiezan á correr ansiosos á lo largo del convoy, preguntando á los viajeros de cada wagón, sin que pudiesen dar con el que hizo la señal. Como último recurso, el director se acercó al wagón real, pero en ese momento la niña reina se asomó á la ventanilla y con mucho embarazo:—"Es inútil que interroguéis aquí, le dijo; yo no he sido."

De mentirillas

El padre trabaja en su gabinete; los niños juegan en una pieza vecina. De repente oye á su hijo mayor jurando como un tudesco; las injurias y los insultos menudean:

—So! pillo, imbécil! adelanta el pié! Hase visto jamás idiota como este? ¿Eres de una pieza que no puedes moverte, haragán?.....

Luégo, un chillido; el hermano menor ha recibido un culatazo en el pié. Interviene el padre.

—Jugábamos á soldado, dice el mayor todo confuso; yo era el sargento.

El heredero de la corona inglesa, en la mesa

A dar crédito á una correspondencia de Londres dirigida á un periódico de París, el príncipe de Gales es el más popular de los presidentes de banquetes.

Una comida de caridad dada bajo sus auspicios tiene invariablemente un éxito extraordinario, desde todos los puntos de vista. El príncipe come poco y no le agradan los banquetes muy prolongados. Cuando preside alguno, exige que no dure más de una hora y no autoriza sino tres brindis. Todo el arreglo de la mesa, inclusive el menu, se le consulta de antemano.

Los mesoneros no se acercan al real presidente, que se hace servir por dos de sus criados de librea escarlata y por un paje trajeado de negro y chaleco blanco.

Se le preparan platos especiales; se hace llevar dos botellas de su propio vino de Champagne, así como los cigarros que consume. Improvisa siempre sus discursos, bien que lleva algunas notas escritas con lápiz.

Propio de yankees

Érase un pintor moderno, muy moderno,—pero ignorado,—que tenía costumbre de emplear en abundancia, para ejecutar sus cuadros "impresionistas," ese azul especial que la industria destina hoy al lavado y aplanchado. Un americano se detuvo delante de la vidriera de un comerciante,—muy moderno también,—á mirar los cuadros allí exhibidos. Los contempló largo rato admirado, luégo entró en el establecimiento y todo entusiasmado compró uno de aquellos lienzos. Pasmo por parte del comerciante, que no sospechaba "que su impresionista tuviese tanto talento." Pero el americano no le dejó tiempo para que continuara regocijándose:

—"Ved, señor, le dijo friamente: el asunto de esta obra me es absolutamente indiferente; pero observad *ese azul!*.....Y bien, es mi *azul*, señor, lo reconozco si, señor, el *azul* que fabrico yo en América para el lienzo, para lavarlo y aplancharlo; él es. Ha conservado en esta tela toda su intensidad, toda su frescura, toda su belleza; dadme la dirección de vuestro artista. Quiero encargarle un gran cuadro, al que le mandaré poner esta inscripción:

Este cuadro ha sido pintado con el azul de la casa X, de Chicago.

Contra pereza.....invenciones

Parece que en Norte-América, como en todas partes, á los caballerizos les agrada levantarse tarde y á los caballos comer temprano. Para complacer á estos sin molestar á aquellos, un mecánico de ingenio ha inventado un aparato que rápidamente describiremos. Encima de los pesebres se colocan cajas contentivas de la avena y el forraje indispensable á cada caballo. Estas cajas tienen en la parte inferior un escotillón movible, sostenido por un resorte de suspensión y unido á un aparato de relojería por medio de hilos eléctricos. Todas las noches se deposita la ración en las cajas y se fija la hora conveniente como en los despertadores. Funciona el resorte, se abre la caja y cae el forraje en el pesebre, sin que tengan que molestarse los señores palafreneros.

Ultimo menu del condenado

Es todavía costumbre en Inglaterra conceder á los condenados á muerte la libertad de pedir lo que quieran para su última comida. Pero, por regla general, el criminal del siglo XIX no hace uso de tal privilegio, en lo que se diferencia del delincuente del siglo XVII que no perdía esta ocasión suprema para darse un gusto, á creer los archivos de aquel tiempo. Hé aquí algunos *menus*:—Puerco asado; ternera asada con legumbres; ensalada; huevos; seis panes; una pinta de vino.—Huevos fritos; sopa; salchichas; seis panes; vino, etc.—Ni la muerte inminente era poderosa á quitarles á aquella gente su robusto apetito La raza ha degenerado.

Tierra de conservadores

¿Cuál es el pueblo más conservador del mundo?

En opinión de un administrador inglés, M. Lewelyn, son los naturales de Gambia. En vano M. Lewelyn se ha esforzado con la mayor sinceridad por introducir allí los adelantos europeos: sus esfuerzos obtienen invariablemente esta respuesta:—"Nó; eso no lo hacemos, porque eso no lo hacían nuestros abuelos, ni nuestros padres, y lo que es bueno para los europeos puede que sea malo para los mandingas."

Los niños mismos, cuando se trata de enseñarles el inglés, contestan:—"Nuestros padres y nuestras madres hablan mandinga. ¿Para qué aprenderíamos inglés?" M. Lervelyn parece descorazonado y no es para menos.

Hasta los pájaros!

En una pajarera de Golka (Rusia) dos hembras de canario criaban conjuntamente sus polluelos. En la misma jaula vivía un canario adulto al que los cuidados materiales de la existencia comenzaban á rendir. Oyendo diariamente á los pichones piar por el alimento, tuvo la idea de imitar sus gritos y las madres, dejándose engañar, lo alimentaban como si fuese uno de los hijos. El propietario de estas caritativas avecillas está encantado de "la muestra de cualidades morales que dan los pájaros," pero sin fijarse en que también proceden así los hombres, especulando con tan respetables sentimientos, y que la humanidad llama "Superchería" la conducta del anciano canario.

Otra vez los microbios!

Es el cuento de nunca acabar.

El doctor Wironga, de Rusia, acaba de descubrir que nuestra piel está cubierta de una prodigiosa cantidad de microbios.

En el pecho, un centímetro cuadrado de piel contiene de nueve á dieciocho mil; un centímetro cuadrado de la espalda, de quince á diecisiete mil. El índice de la mano derecha, según el aseo del individuo, cuenta de 120 á 23.000 por centímetro cuadrado!

El sabio moscovita concluye tan tranquilo que es necesario lavarse á menudo, lo cual no ponemos en duda.

Adelante el reporterismo

El "hilo especial" ha llegado á ser cosa baladí para el *reportaje* americano; se trata ahora del "globo especial." Con motivo de las últimas regatas verificadas en el Norte, el *New York World* hizo equipar un globo cautivo. En la barquilla se instaló un redactor, acompañado de un telégrafo Morse, unido por un hilo metálico á las oficinas del periódico. El reporter aereonauta se servía de un poderoso anteojo y segundo por segundo trasmitía todas las peripecias de las carreras, en tanto que sus colegas terrestres no lo pudieron hacer sino horas después. De ahora en adelante, agrega un diario francés, todo periódico que se respete debe poseer entre sus materiales varios globos cautivos.

MISCELANEA

Un drama en una leonera

El 13 de septiembre ocurrió un hecho espantoso en la leonera Penzon, establecida en Lyon y á cargo del domador Lucas.

Este último obtiene todas las tardes un éxito brillante, entrando en la caja del león *Rómulo*, un hermoso ejemplar de la especie, al que hace ejecutar cuantas maniobras desea como al más dócil perrillo.

La seguridad con que el domador daba órdenes al león y la obediencia de éste, inspiraron á un joven de nombre d'Eysette la idea extraordinaria de hacerse retratar apoyado sobre *Rómulo*.

Como sabía lo difícil que le sería conseguir, para entrar, autorización del domador, resolvió pasarse sin ella.

En la mañana, acompañado de un amigo fotógrafo, penetró subrepticiamente, dicen unos, con anuencia de un guarda, afirman otros, en la leonera, á la hora en que se hallaba cerrada al público. Levantó la rejilla que da acceso á la jaula, á riesgo de que el animal se escapase; pero éste, apenas lo vio se lanzó de un salto sobre él, dándole una dentellada por el cuello. En seguida la fiera se encarnizó sobre el cadáver y lo mutiló horriblemente. Los rugidos excitaron la leonera; el domador, que habita en la ciudad, ocurrió acompañado de un guarda y á duras penas logró hacer que el león soltase su presa. El guarda mismo recibió en un muslo un terrible zarpazo.

El cuerpo del infortunado joven fue llevado al domicilio de su padre, portero de una casa de la calle Penthièvre. La muerte, á juzgar por el examen del cadáver, fue instantánea, pues á la primera dentellada fueron divididas las carótidas.

D'Eysette tenía veintitres años. Acababa de concluir su servicio militar en el 6o de artillería, en Valence, y estaba empleado en la estación de Perrache.

Su vanidad lo condujo á cometer la imprudencia de que fue víctima: estaba locamente enamorado de la altiva y elegante domadora de la leonera y creyó hacerla un obsequio grato remitiéndole su fotografía sobre el león favorito de la hermosa.

Buque sobre rieles

Un buque de vapor de 13 m. 50 de largo, capaz para sesenta personas, hace su servicio en las cercanías de Copenhague, sobre los lagos vecinos, atravesando una faja de promontorio que separa aquellos. La travesía se efectúa sobre rieles tendidos de modo que dejan dos metros de pendiente á cada lado.

El steamer lleva dos ruedas fijas á ambos lados del casco; corre con toda velocidad sobre los rieles, que se sumergen en el agua.

Gracias á la velocidad adquirida y á la acción del motor sobre las ruedas laterales, el buque llega á la cumbre y por medio de un freno modera la velocidad para descender la otra vertiente.

Para curar la fiebre amarilla

Un médico, residente en Guayaquil, D. Jaime Puig y Verdaguer, recomienda con todo interés un tratamiento que le ha dado resultados infalibles en la fiebre amarilla.

Con motivo de hallarse hoy expuestos á esta terrible enfermedad millares de soldados en la Isla de Cuba, un periódico de Madrid publica la explicación que da el señor Puig acerca del tratamiento que ha seguido con notable éxito en aquella terrible enfermedad.

Dice así:

"Hágase tomar al atacado un vaso de los que comunmente sirven para beber agua, lleno de aceite de oliva, algodón ó maní, mezclado con el zumo de dos ó tres limones.

A los dos minutos se provoca el vómito con 10 ó 12 litros de agua tibia preparada de antemano, los que irá tomando y vomitando sucesivamente, hasta que el agua salga clara y sin flemas.

Media hora después, y cuando ya haya arrancado el sudor, que suele ser copioso, [y aunque no arranque el sudor], un purgante de dos onzas de aceite de castor.

Dos horas después y cuando la purga comienza á hacer efecto se le da la siguiente toma compuesta de

Guayaco	4 onzas
Sasafrás	5 Id

Hágase hervir en 6 litros de agua hasta que queden reducidos á 3 ó 4 litros, entonces, se cuela bien y se toma por vasos á intervalos.

Si hubiera posibilidad de conseguir tamarindo, se agregarán al cocimiento unas 4 ó 5 onzas, y yo aseguro el resultado.

Obra tan directamente en la destrucción del hongo ó desinfección de la sangre, que al día siguiente desaparece por completo la fiebre.

Acudiendo inmediatamente con este procedimiento se destruye el principio tóxico sin dar lugar al envenenamiento de la sangre ó inflamación de los glóbulos.

Se ha dado el caso de que el purgante de aceite no ha hecho el efecto esperado, ó que no conviene perder tiempo por haber demorado en atacar al enfermo; entonces da gran resultado la siguiente fórmula:

Guayaco	4 onzas
Sasafrás	5 —
Sal de Epson	2 —
Tamarindo [si lo hay]	5 —
Agua	6 — litros

Hágase hervir hasta que los seis litros se reduzcan á cuatro, poco más ó menos, y tómese el líquido bien colado, por medios vasos, de tiempo en tiempo.

Al día siguiente habrá desaparecido la fiebre y el peligro.

Téngase presente que el guaco y el sasafrás son los principios activos.

Si el enfermo, como suele acontecer, amaneciera con dolor de cabeza, se le recetará

Antipirina	1 grano
Fenacetina	1 id.

en tres obleas que tomará una cada media hora.

No terminaré sin recomendar que se adopte siempre que sea posible la primera fórmula, por ser el aceite de castor menos irritante que la sal de Epson.

Este remedio por lo fácil y sencillo puede hacerse aun estando en campaña, llevando siempre el aceite, el guayaco y el sasafrás.

Cuarenta y seis curaciones, sin ningún caso desgraciado, me autorizan para llamar la atención de los médicos de nuestro Ejército, con lo cual creo prestar un positivo servicio á mi patria en particular, y á la humanidad en general.

Para terminar, debo recomendar antes, que al sentirse atacado de fiebre un recién llegado á Cuba, debe dársele el remedio que dejo anotado arriba, porque con ser que no se opone á ninguna fiebre de carácter tóxico, las cura todas por igual, lo que no sucede con otros remedios.

A los hombres de ciencia dejo las consideraciones científicas con respecto á las ventajas de este procedimiento."

El curandero del Colorado

Hay actualmente en Denver [Colorado] un individuo que pretende haber recibido de Dios el dón de curar todas las enfermedades por la simple imposición de las manos.

Es un pobre zapatero sin instrucción, de nombre Francis Schlatter, que reconoce su propia ignorancia, pero que tiene la convicción de hacer ver á los ciegos, andar á los paralíticos, oir á los sordos, hablar á los mudos, en una palabra, curar á la humanidad de todas sus dolencias. "Es un dón del cielo, dice, y con tal de que el enfermo tenga fe, debe estar seguro de ser curado."

Diariamente, desde las 9 de la mañana hasta las 4 de la tarde, se va á un terreno baldío al que acuden millares de enfermos, de todas las edades. A cada cual toma la mano y la estrecha en la suya ó entre las dos; parece que tiene una vigorosa muñeca. A razón de tres enfermos por minuto, término medio, calcúlese cuántos desfilarán á su presencia durante siete horas de consulta al aire libre. Sin embargo, hay días en que centenares de aquellos tienen que volverse á casa sin que hayan logrado hacerse tocar por el nuevo Mesías. No se sabe, en verdad, qué admirar más, si la credulidad de los clientes de Schlatter, ó la resistencia de éste, que permanece á todo sol con la cabeza descubierta, teniendo como única protección largos bucles que le caen sobre los hombros y dando mil trescientos apretones por día. Y todo gratuitamente, pues se resiste á cobrar, cosa que trae muy preocupados á los médicos de Denver.

Se refieren curaciones verdaderamente maravillosas. Una señora Turner, que vive en Champs St., en Denver, padecía de una enfermedad en los riñones complicada con una afección cardiaca. Los médicos la habían abandonado; pero oyó hablar del curandero y se hizo conducir en coche en casa de aquel. Llamó y vino una sirviente á anunciarle que Schlatter había salido: eso bastó para que la señora Turner se encontrarse de repente aliviada. Desde entonces pudo entregarse á sus ocupaciones y recobrar el antiguo vigor. ¿Qué sería si hubiese visto al curandero?—Un reumático de Nuevo Méjico sufría horriblemente de una ciátisis; escribió á Schlatter exigiéndole le curase. El solo hecho de escribir la carta produjo un efecto milagroso: cuando, una semana después, fue á ver al hechicero, le entregó la carta que había conservado en el bolsillo, manifestándole que ya no tenía objeto, de una vez que la curación era completa.

Las bombas de los anarquistas.—Cómo se abren en los Laboratorios de París

Debe ser, á decir verdad, una dolorosa sorpresa para los anarquistas, ver que las bombas mal lanzadas no suprimen, por lo menos, á los *burgueses* de los Laboratorios municipales, que tienen el valor de abrir sus aparatos destructivos.

Es curioso saber cómo éstos se examinan después de haber sido encontrados sin estallar.

Desde que una máquina de éstas es hallada en algún sitio, el jefe del Laboratorio municipal de París llega con el coche destinado exprofeso á este objeto.

Este coche es un vehículo de cuatro ruedas.

En él se instala el aparato sobre una cama de serrín, en la posición en que fue hallado.

Luégo se le pone en marcha hacia el más próximo de los establecimientos especiales situados junto á las fortificaciones en los cuatro puntos cardinales de la capital; Aubervilliers, Bercy, Montrouge, Point-de-jour.

Todo el material se compone de una prensa hidraúlica, instalada en una hondonada que rodean muros de tierra de tres metros de altura.

Un canal subterráneo establece la comunicación con lancha colocada cinco ó seis metros más allá en una barraca, desde donde un solo hombre puede ejercer una presión de 200.000 kilos.

En algunos minutos se pulveriza un obús de tres centímetros de espesor.

No hay, en esto, casi peligro; porque el "aplastamiento," lento y regular, no hace detonar como el "choque."

Sin embargo, á pesar de la prudencia y la habilidad del operador, se producen á veces, en el momento de la ruptura de la cubierta, y antes del aplastamiento, vibraciones suficientes para determinar la explosión.

Ya han saltado muchas prensas. Cada accidente de estos equivale á una pérdida de 3 á 4.000 bolívares.

Semejante procedimiento, empleado para las marmitas y otras bombas de metal quebradizo, no es aplicable, por ejemplo, á las latas de sardinas.

Cuando el operador tiene que habérselas con un metal blando como la hojalata, se coloca el aparato en un baño susceptible de roer la envoltura, teniendo cuidado de no provocar ninguna reacción peligrosa con la carga.

El mercurio, que se emplea con frecuencia, está á veces contra-indicado. Es, pues, necesario recurrir á procedimientos distintos. Pero de todas suertes, los accidentes en los Laboratorios municipales no dejan de repetirse de vez en cuando.

Es un milagro que no resulte alguien muerto. Hasta ahora sólo ha habido quemaduras.

Catástrofe de un globo roto en el aire

En Eschenbeck, cerca de Hall (Bélgica), ha habido una espantosa catástrofe. *L'Etoile belge* trae los detalles del accidente. "A las 10 h. 30 m. de la mañana del domingo 15 de julio, el areonauta Toulet, acompañado de tres pasajeros, ascendió en un globo, en Bruselas. Poco tiempo después de haber subido, el globo estalló á una grande altura, á la vista de Hall, distante catorce kilómetros del lugar de la ascensión. Cayó con una rapidez siempre creciente y en tierra sólo se encontraron cuatro cadáveres.

Los viajeros que perecieron con el desgraciado Toulet fueron sus amigos Delvaux, Dushaultsoit y Scheers-Dupuis.

Próximamente á las 11 h. 30 cayó el globo; los curiosos que seguian su marcha lo vieron descender sobre el camino de Nivelle, á veinte minutos de Hall; inmediatamente todos corrieron en aquella dirección; pero al llegar, sólo se encontraron con un espectáculo horroroso: en la barquilla encontraron cuatro cadáveres sobre un mar de sangre, formando un amontonamiento de carnes, entrañas y vestidos. Inmediatamente se previno al doctor Edouard Dewée, regidor de la ciudad. "Nunca, informa éste, he visto espectáculo más espeluznante; creo que en las guerras más atroces, los cadáveres no aparecen de tal manera mutilados." El que se encontró en peor estado fue el de M. Delvaux: tenía el cráneo completamente abierto; faltaba en gran parte el parietal derecho; la cabeza estaba literalmente hundida en los hombros; no había cuello. Faltaban también las dentaduras; se supone que saltaron debido á la violencia de la caída. Los despojos de estos náufragos del aire fueron trasportados en carretillas á la Morgue de Hall."

Pregúntase la causa de esta catástrofe. Parece que, en contra de la práctica de todos los areonautas, Toulet había cerrado herméticamente la abertura inferior por donde se verifica el inflamiento y que debe permanecer abierta durante la ascensión para dar salida al gas cuando se expande por causa de la depresión atmosférica á grandes alturas. Supónese que Toulet cerró la abertura con el objeto de conservar todo el gas mientras subía y que ya muy arriba olvidó abrir y la fuerza expansiva desgarró la tela, que era de seda y muy sólida.

Gaston Tissandier.

Invasión de las mujeres

Las mujeres concluirán en América por invadir todas las profesiones.

En el espacio de veinte años, el elemento femenino ha abrazado todas las carreras conocidas.

En América sobre todo, esta transformación ha sido sumamente sensible. En 1870, en todos los Estados

Unidos no había una sola mujer que ejerciera la profesión de tenedora de libros. Actualmente habrá unas 28.000 con título profesional.

En cuanto á copistas, escribientes, secretarios, etc., el número de ellas se eleva á 64.000.

Las actrices, de 700 han subido á 4.000. Los literatos, de 160 á 3.000. Los periodistas propiamente dichos, de 35 á 900. Los médicos y los cirujanos, de 530 á 4.600.

En cuanto á las maestras de música profesionales, eran en 1870, 3800; ahora son 35.000.

A la verdad, en América los hombres con el tiempo se cruzarán de brazos.

Sports originales

Un amputado, M. Blangy, informa á M. Lereuil, presidente del comité de carreras de piernas de palo, organizado en Varenne-Saint-Hilaire en beneficio de los repatriados de Madagascar, que acepta correr en apuesta con un caballo de tiro, en una distancia de cincuenta kilómetros.

Otro inválido, M. César Brown, desafía á cualquier andarín á llegar antes que él al término de la carrera, pasando por sobre veinticinco obstáculos de setenticinco centímetros de altura, distanciados ochenta centímetros.

Varios pensionados de los Inválidos se han hecho inscribir.

Durmientes de ferrocarriles

Para 1883 había en el mundo una longitud total de 671.000 kilómetros de vía férrea; calcúlese por eso cuánta importancia tendría la industria de durmientes y de qué interés sería el asunto de su conservación.

Admitiendo que por término medio estén colocados á 90 cent. de distancia, podría estimarse el número de ellos en 730 millones. Ahora, el precio de los de encina oscila entre 4. fr. 50 y 3 fr.; sea una media de 4 fr., que da un valor de 3 mil millones de francos.

Se ha llegado, por inyecciones de sulfato de cobre, cloruro de zinc, creosota ó naftalina, en la madera, á prolongar notablemente la duración de los durmientes: los de encina duran de 20 á 25 años en lugar de 14 ó 16; los de pino de 12 á 14 en lugar de 7 ú 8; los de haya de 9 á 10, en vez de 2 á 3.

Las compañías francesas han adoptado la creosota, cuyo precio no pasa de 25 céntimos; preparados así, no se pudren y sólo sufren una destrucción mecánica en los puntos de apoyo; en las líneas del Este se coloca fieltro barnizado en el borde del riel, lo que permite aún duplicar el peso de los trenes.

Coronación del Czar

Anuncia el *Standart* que según correspondencia de Moscow se hacen grandes preparativos para la ceremonia de la coronación del Czar, que se verificará en la primavera próxima. Se han emprendido desde ahora los trabajos exteriores, porque sería imposible hacerlo durante el invierno. El gobierno ha decretado 6.500.000 rublos para los gastos de la ceremonia y la ciudad por su parte ha votado 500.000 rublos. Se disputa el alquiler de las casas de Moscow: una embajada ha ofrecido 20.000 rublos de alquiler mensual mientras duren las fiestas.

Las moscas

Un naturalista americano estudiaba últimamente el lenguaje de los monos; otro sabio está en vías de hacer algo mejor: trata de determinar el lenguaje de las moscas. Armado de un micrófono, escucha durante horas el zumbido de estos importunos insectos. Así ha adquirido la convicción de que las moscas están en posesión de un lenguaje perfectamente definido. Este no consiste, por otra parte, en su zumbido habitual, producido, como se sabe, por el roce de las alas. El sabio ha percibido por medio del micrófono *tonos modulados* por los cuales se entienden. Las moscas tienen el oído admirablemente fino y, sin duda, oyen fácilmente lo que para nosotros es imperceptible.

Ahora falta saber qué pueden decirse.

Jack el destripador

The Globe, de Londres, anuncia que un alienista muy conocido, el doctor Forbes Winslow, ha previsto datos circunstanciados relativos al famoso destripador. Afirma el doctor que la personalidad de aquel es perfectamente conocida, desde luégo que era un estudiante de medicina actualmente recluído en un asilo de enagenados y á quien no se ha creído deber perseguir, pues ha dado muestras inequívocas de enagenación mental incurable.

UNA PRUEBA.—Cuando se ha visto una sola vez, la acción benéfica de la Crême Simon contra el Ardor del Sol, las Rogeces y las Picaduras de Mosquitos, se comprende que no haya Cold-Cream más bueno para la Toilette Diaria de la cara y de las manos.—Los Polvos de arroz y el Jabon Simon completan estos felices efectos y dan al Rostro, Blancura y Afelpado maravillosos.

Evítense las falsificaciones, exigiéndose la firma: J. SIMON, *13 rue Grande Batelière* PARIS

De venta en todas las buenas *farmacias, bazares* y *sederías* del mundo entero.

NUESTROS GRABADOS

Retratos

Publicamos en este número: el del ingeniero ALBERTO ZELILAE LUTOWSKY, caballero extranjero que entre nosotros gozó de consideraciones distinguidas, á las que se hizo acreedor por sus excelentes cualidades de ciudadano, por sus aptitudes y conocimientos como hombre de ciencia; el del señor don MIGUEL HERRERA, (padre del señor Director de esta Revista), hombre público perteneciente al grupo que venimos reproduciendo de venezolanos notables en la historia de los partidos y administraciones pasadas; el del señor EGIDIO MONTESINOS, institutor benemérito, maestro de algunas generaciones en el occidente de la República.

Maracaibo

"The Maracaibo Electric Light"

Nuevos motivos nos da la ciudad señora del Zulia para ratificar el concepto que de ella se tiene como pueblo vigoroso y enérgico en los afanes del progreso, de la civilización y la cultura. Nunca fue en ella infecundo el esfuerzo ciudadano, ni puso trabas la misma naturaleza al tesón invencible de sus hijos. Compruébalo cuanto de allí nos llega para su reproducción en nuestra Revista y que dice relación con su comercio, sus industrias y su estado social é intelectual. Ultimamente hemos recibido una colección de vistas de la Empresa del alumbrado eléctrico, cuya Intendencia superior está confiada á un hombre tan entendido como progresista é infatigable, el señor Jaime F. Carrillo, siempre atento y pronto al reclamo dignificador de la laboriosidad y la civilización. El alumbrado fue establecido en 1888, apenas con unas decenas de focos y materiales elementales y ya hoy posee la ciudad, para el servicio público y privado una instalación al nivel que reclama la importancia de Maracaibo, con 335 focos en su mayor parte de arco directo y algunos sistema *Edison* y *Thomson Houston;* dinamos para 3.730 lámparas de 16 bujías: maquinarias de 150 hasta 250 rotaciones por minuto, de 90 á 110 libras de vapor, que vencen resistencia de 700 á 900 caballos; calderas de alta presión, con fuerza de 870 á 1.000 caballos; condensadores que pueden reforzar la potencia ordinaria en un 40 pG; bombas, inyectores, etc., todo lo mejor que en tal ramo produce hasta ahora Norte América.

El Presidente de aquel Estado, refiriéndose á esta Empresa, dijo en su mensaje al cuerpo legislativo:

"Como eficaz colaborador en el servicio de una buena policía urbana y como elemento indispensable de la vida civilizada, el gobierno del Estado ha aumentado notablemente el alumbrado de lámparas de arco en esta ciudad, de modo que hoy aparece Maracaibo como una de las ciudades que tiene mejor alumbrado público y privado en Venezuela. El público lo forman 213 lámparas de arco distribuidas en una zona que mide nueve kilómetros de longitud y que cuesta al tesoro del Estado la suma mensual de B 16.268,64; y el privado, 1.500 lámparas incandescentes que pagan los particulares.

"El nuevo motor que en sus talleres está montando la Empresa para atender debidamente á este servicio, es el más grande que se ha despachado de los Estados Unidos para Sur América."

Bien merece aplausos la ciudad zuliana, así como el esforzado señor Carrillo á quien tanto debe esa empresa.

A los grabados de las oficinas acompañamos un plano de la planta de la nueva instalación.

Maracaibo

A las vistas de aquella ciudad, relativas á las oficinas de la Compañía del alumbrado, acompañamos la de la iglesia matriz de la capital del Zulia.

Los cuadros

Y LOS GRUPOS

Poilleaux Saint-Ange fue á copiar su cuadro á la tierra de la cidra, á la grave y reflexiva Bretaña. Los sencillos aldeanos asisten á la traslación de la fosa común de un cementerio lugareño: patria de tradiciones invariables, saben bien que no hay en él despojo que no lo deban á la ausencia de un ser querido, cuando menos amigo sin vacilaciones que así los acompañó en su resistencia á la invasión de las ideas y del régimen revolucionario, como se lanzó con ellos á domeñar la bravura de su océano siempre turbulento.

La visita al enfermo, de Struys, nos hace recordar el famoso lienzo de nuestro aplaudido pintor Arturo Michelena, *L'enfant malade*, que tantas recomendaciones obtuvo de la prensa europea y de los visitantes de la Exposición en los días en que se exhibió aquella tela.

El otro cuadro, *Una vocación*, obra de Worms, como el grupo de Atché, arrancan de escenas del hogar, detalles de íntimas fruiciones y tiernos episodios de historias de niños, á los que adelanta la naturaleza regalo de dichas y alegrías en abono de las amarguras del porvenir.

Concierto de la Caridad

Publicamos la fotografía tomada en el asilo de elefanciacos, en el acto de distribuir la suma producida por el concierto que á beneficio de los lázaros se verificó en el Teatro Caracas, el día 5 del mes pasado, por iniciativa de la señora María B. de las Casas.

Marina mercante

Pertenece al señor Ramón Real el vapor venezolano *Boyacá*, cuya fotografía copiamos en este número. Fue construido en Trinidad y destinado á la navegación del Orinoco y del Meta. En meses pasados se botó al agua y ya hace su importante servicio en aquellas ricas regiones á las que atraviesan nuestras más abundantes arterias fluviales.

Coro

Dos épocas, distante una de otra, representan las dos vistas de Coro que aparecen hoy. La iglesia de San Francisco y el antiguo convento significan los días de paz, de colonización y civilización que siguieron á los tiempos dolorosos de la conquista, los trabajos de las misiones, el establecimiento de las primeras ciudades en cuyos edificios se colocó el espíritu castellano. La alameda "Falcón" fija otro punto de la historia secular de Coro: otros hombres y otros tiempos tomaron á su cargo la prosecución de la obra primitiva y otro carácter imprimieron á su labor. Vía de los templos trazáronse las alamedas y la naturaleza hosca é infecunda que fue impía con el misionero y propicia al corsario, abriga amable al hijo de su suelo, suaviza sus senderos pedregosos, presta sus campos á la porfía resignada del labriego, acerca dócil su oleaje á la playa estéril, para recibir el regalo de la industria y procrea generaciones de venezolanos eminentes, que han traído el orgullo de su nombre y la plenitud de su renombre histórico desde el campamento hasta la curul parlamentaria, desde el periódico hasta la cátedra académica.

Estudios

Otros del joven dibujante Andrés Pérez Mujica insertamos en nuestro número de hoy, continuando la colección de las que tengan por motivo escenas de nuestras costumbres populares.

Ciudad Bolívar

Tierra de patriotas es también aquella tierra del trabajo. En meses pasados inauguró gloriosa columna al héroe de San Félix, al batallador incansable de Guayana y el 18 de septiembre último celebró el primer centenario de otro de sus hijos beneméritos, soldado de la Independencia, el general Tomás de Héres, erigiendo á su memoria el monumento cuya vista reproducimos, á la vez que otras que son muestras de la prosperidad y el progreso de aquella ciudad y puerto, como la calle de la Miscelánea, en la que se encuentran el edificio de la Aduana y el de la Compañía minera de El Callao.

Hacienda "Mundo nuevo"

Es propiedad de los señores R. y J. Afanador. Está situada á ocho leguas al Sur de Ciudad Bolívar y posee todas las comodidades y elementos indispensables á la perfecta elaboración de sus productos: de ella copiamos la casa, los morichales que la rodean y el lugar de baño en su río.

Música

El señor Salvador N. Llamozas nos ha obsequiado con el vals *Su recuerdo* con que engalanamos esta sección que procuramos nutrir siempre con las composiciones de mejor gusto y atractivo.

Gran Ferrocarril

Continuamos dando á conocer á nuestros abonados los principales parajes de la vía férrea que une á Caracas con la capital de Carabobo. *Los Guayos* es una de sus más hermosas estaciones, por la fertilidad de las campiñas que la rodean, por su proximidad á Valencia á la que en varias ocasiones ha servido de balneario y región veraniega, por la benignidad de su clima y por su naturaleza siempre risueña para el viajero, que en ella descansa la vista del espectáculo fatigante de la hondonada y el repecho abrupto.

SUELTOS EDITORIALES

Autógrafos.— Creemos conveniente avisar a los señores á quienes hemos dirigido circular fechada en septiembre rogándoles el envío de autógrafos para honrar con ellos el número de lujo de año nuevo, que los que no hayan llegado á nuestro poder para el 15 del corriente mes, no podrán ser incorporados en esa edición del 10 de enero de 1896, porque para la organización general y el tiro de ese número se requiere tener todos los elementos en mano con esa anticipación.

Centro Científico-Literario.—El 16 del mes pasado se reinstaló esta asociación de jóvenes, de acuerdo con sus nuevos Estatutos, eligiendo para funcionarios directores á los señores Manuel Revenga, Presidente; Dres. A. Smith y N. Zuloaga, Vicepresidentes; Eloy G. González, Secretario; Carlos A. Villanueva, Tesorero; Dres. Carlos F. Grisanti, J. L. Arismendi y Pablo Godoy Fonseca; Dres. R. Terán y J. L. Andara, señores C. Zumeta, Andrés A. Mata, Pedro Emilio Coll y L. Torres Abandero, Delegados de las Comisiones científicas, literarias y artísticas que se constituyeron en la sesión inaugural del Cuerpo.

Audición musical.—El joven Andrés Delgado Pardo nos invitó atentamente á su primera audición musical, efectuada el 27 de octubre en casa del señor E. Heny. Atenciones imprescindibles nos privaron del placer de asistir á aquella fiesta del ingenio y del arte; pero opiniones respetables, unánimes, nos dan motivos para esperar que el éxito obtenido por el joven artista influya satisfactoriamente en la realización de sus propósitos. Vayan á él nuestro aplauso y nuestras felicitaciones.

"El Día."—Felicitamos á este apreciable colega valenciano por haber entrado en el cuarto año de su existencia.

Don José Antonio Calcaño.—De uno de los últimos números de la *Nouvelle Revue Internationale*, traducimos lo siguiente:

Uno de los más renombrados poetas de la América española, don José Antonio Calcaño, acaba de publicar en París en la casa editorial de *Garnier frères*, una recopilación de sus obras poéticas. El autor pertenece á la familia Calcaño, de Caracas, cuyos numerosos miembros, en su mayor parte se han distinguido en la literatura y en las artes.

La fama de don José Antonio como poeta y autor dramático, no data de ayer; pues hace más de veinte años que la Academia española le admitió en el número de sus miembros correspondientes.

El volumen que Calcaño acaba de publicar, pondrá el sello á su grande y legítima reputación.

Al lado de sus poemas y leyendas de gran aliento, se hallan composiciones más cortas, sonetos, elegías, efusiones del corazón, croquis de la naturaleza, nacidos de una inspiración rica y poderosa, y vertidos en la pura y noble lengua castellana.

Los pensamientos más sublimes, los sentimientos más delicados, la ternura y el vigor se alían en las páginas de este poeta, orgullo legítimo de la literatura venezolana, poco conocida entre nosotros, y de la cual hablaremos otro día. Hoy nos limitamos á mencionar las obras del señor Calcaño, y á presentar dos fragmentos cuya traducción, que es obra nuestra, no podrá dar desgraciadamente sino una idea muy imperfecta:

AU BORD DE LA MER

Eh quoi! déjà partir! Arrête encore! . . . laisse
Respirer un instant mes chevaux essoufflés,
Que je puisse admirer, quand le soleil s'abaisse
Les tableaux d'un soir pur devant moi déroulés!

Oui, laisse mon esprit en son extase brève
Du ciel et de la mer contempler la beauté,
Et que mon pauvre cœur s'exalte dans son rêve
Aux rumeurs du palmier par la brise agité!

Tu ne sais quelle image en mon âme ravie
Eveille de la mer le spectacle attrayant;
Non, non, tu ne sais pas les heures de ma vie
Qu'évoque et berce en moi l'aspect du flot fuyant.

Interroge la brise et cette onde écumante,
Et ces flocons plus blancs que n'est l'hermine, et tous,
Tous te diront comment, sur la plage charmante,
Battait mon jeune cœur plein d'un bonheur si doux,

Parle-leur de ce temps et s'ils gardent mémoire,
S'ils ont un souvenir de moi, demande-leur
Comment périt, hélas! ce bonheur illusoire,
Alors qu'en le perdant ne peut mourir le cœur!

A UN SQUELETTE

Ton exemple est sans fruit: jamais l'homme n'entend
Ta rude leçon, toi, dont sa vue est blessée;
Ta menace est sans poids, ta crainte est émoussée;
Il ne veut pas s'attendre au destin qui l'attend.

Ton crâne lui paraît risible et, tout autant,
Ta charpente sans joints, branlante, et mal dressée;
Et jugeant à ses yeux ta présence insensée,
Il suit, pour t'éviter, sa route en se hâtant

Mais au bal, á la cour, au hameau, sur la place,
Tu l'accompagnes, toi, pour lui dire à voix basse
Sa misère native et son malheureux sort;

Car, lorsqu'en ses ennuis au plaisir il se jette,
Sous la soie ou la pourpre ou sous le brocart d'or,
Il porte, pauvre fou, quoiqu'il fasse, un squelette!

ACHILLE MILLIEN.

La Palabra.—Hemos recibido el primer número de este semanario de Puerto Cumarebo, redactado por el señor C. Curiel Coutinho. Correspondemos con gusto al saludo especial que nos dirige y agradecemos al nuevo colega esa muestra de deferencia distinguida.

Luis Felipe Báez.—A fines del mes pasado falleció en esta ciudad este apreciable caballero, comerciante distinguido. A las familias Báez, Sosa, Santana é Izquierdo enviamos la expresión de nuestra condolencia.

FABRICA DE CHOCOLATES SUPERIORES Y CACAO EN POLVO SOLUBLE

12 MEDALLAS de mérito, de oro y de plata

LA INDIA — MARCA DE FABRICA — FULLIE & CIA

CARACAS – VENEZUELA

Establecida en 1861 — **"LA INDIA"** — Reformada en 1895

Situada en el centro productor DEL MEJOR CACAO DEL MUNDO, está montada á la altura de las mejores fábricas francesas; sus productos han obtenido las recompensas más altas en las grandes exhibiciones con

MENCIONES HONORIFICAS

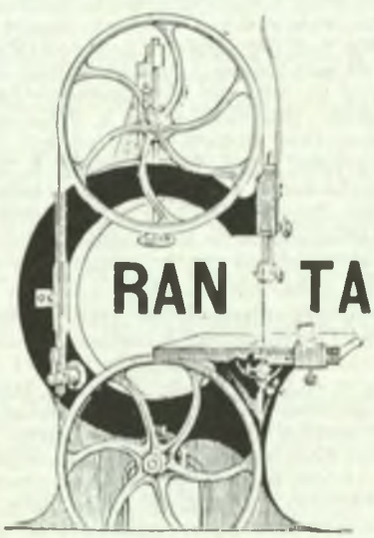
12 MEDALLAS DE MÉRITO, DE ORO Y DE PLATA

Y OBTUVO EL GRAN PREMIO EN CHICAGO, 1893

Depósitos y Agencias en las principales ciudades de las Américas y Europa.

FABRICA: CALLE DE LA ESTACION (CAÑO AMARILLO.) --- MAYOR Y DETAL: AVENIDA SUR, NUMEROS 2 Y 4

Dirección: FULLIE & Ca.—Caracas



ESPECIALIDAD: RAMO DE FABRICAS COMO PUERTAS, VENTANAS, TECHOS, ROMANILLAS, ENTABLADOS, ETC., ETC. TRABAJOS EN LAS MAQUINAS COMO TORNEAR, CALAR, ACEPILLAR, ESCOPLAR, ACERRAR, ESPIGAR, TALADRAR, ETC., ETC.—**PRECIOS EQUITATIVOS.**

GRAN TALLER MECANICO DE CARPINTERIA

MUEBLES DE TODAS CLASES.—DEDICAMOS ESPECIAL ATENCION A MOBILIARIOS DE MADERA DE NOGAL. COMPLETA GARANTIA, PUES NADA SE PAGA ANTES DE ESTAR RECIBIDO A COMPLETA SATISFACCION.

EDO. BRAASCH & CA.

Conde á Padre Sierra N. 12—Teléfonos: Viejo N. 1273, Nuevo 47

A ULTIMA HORA

Celebración del 28 de Octubre

El día onomástico del Libertador asistimos á tres actos civilizadores, que consuelan las ansiedades del patriotismo. En la mañana, en los salones del Club Unión, el Centro Científico-Literario celebró su primera asamblea solemne: presidióla el doctor A. Smith, quien abrió la sesión con un breve discurso, exponiendo los propósitos de la asociación; acompañaban al presidente los señores doctor N. Zuloaga, vicepresidente, doctor C. A. Villanueva, Eloy G. González, doctor J. L. Arismendi, doctor Pablo Godoy Fonseca, Andrés A. Mata, César Zumeta, Pedro E. Coll, L. Torres Alandero. Un concurso escogido de miembros del Centro, del Club Unión, de las corporaciones y de la prensa, ocupaba los salones. Los señores Zumeta, doctor Celis Ríos y Eloy G. González leyeron las conferencias acordadas antes en sesión privada: versó sobre la vida y obra de Luis López Méndez la primera; tuvo por objeto la segunda la legitimidad y beneficios de una institución inglesa que coloca el domicilio del ciudadano fuera de todo gravamen, y la tercera tuvo por tema la historia crítica de Venezuela, desde sus orígenes como nación independiente. Fue este acto una prueba simpática de lo que puede la perseverancia en el esfuerzo serio y útil, pues apenas llevaba doce días de instalada la corporación y da con ello muestras de lo que puede llegar á realizar en su propósito civilizador.

A las tres de la tarde, en el salón del Concejo Municipal y con asistencia del señor Ministro de Instrucción, Gobernador del Distrito y corporaciones oficiales invitadas, se verificó la distribución de los premios á los alumnos de las escuelas municipales. Llevó la palabra de orden el señor Rafael Bolívar, quien cumplió discretamente su encargo en aquella ocasión de estímulo á la infancia y al magisterio.

Parte de la concurrencia se dirigió luégo al salón de sesiones de la Academia Venezolana, reunida desde las cuatro de la tarde en junta extraordinaria para adjudicar el premio anual al señor Br. J. M. Núñez Ponte, por su obra relativa á la abolición de la esclavitud. Solemnizaba el acto un auditorio distinguido que presidía el Encargado de la Presidencia de la República, en unión de los Ministros del Despacho. El Director de la Academia, señor Doctor D. Rafael Seijas, en el momento de colocar la medalla al joven laureado, pronunció una brillante oración relativa á la decisión académica; elocuente aquélla por sus conceptos, razonada y sabia como de aquel diserto escritor y respetable compatriota, á quien repetimos en esta vez nuestro sincero aplauso. Contestó el Br. Núñez Ponte, en galano y hermoso discurso, escogido por su forma, bello por sus apreciaciones y realzado por la modestia y dotes tribunicias del agraciado.

El Encargado del Poder Ejecutivo cerró el acto con breves palabras dirigidas al docto Cuerpo, al escritor laureado y á la concurrencia.

Valera, Marzo 14, 1894.

Las imitaciones y falsificaciones son lunas sin luz propia que reflejan de una manera indistinta la luz que proyectan otros astros. La legítima "Emulsión de Scott" lleva por marca "un hombre con un bacalao á cuestas." Los médicos más eminentes la recetan.

"El que suscribe, Doctor en Ciencias Médicas de la Universidad de Caracas, certifica: que hace varios años usa la "Emulsión de Scott" preparada por los señores Scott & Bowne, de New York.

Los resultados obtenidos con dicho medicamento (*que bien puede considerarse asimismo como verdadero alimento*) han sido magníficos en los casos de escrofulosis, debilidad, desarrollo tardío y en general siempre que ha habido imperfección ó deficiencia en los procesos nutritivos, *especialmente en la infancia*."

ELADIO A. LUGO.

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

CESAR MÜLLER

Agente General en Venezuela

AVISO MUY IMPORTANTE

Teniendo muy en cuenta los intereses de nuestros clientes y para facilitarles el reconocer à primera vista sus **LEGÍTIMOS** productos

El Sr. Legrand, Propietario de la

PERFUMERIA ORIZA, de Paris

tiene el honor de prevenir su clientela al por *mayor* y al *detalle* que á partir del 1° de Enero de 1896. serán puestas á la venta sus principales especialidades:

l'Oriza-Oil, l'Ess-Oriza et l'Oriza-Powder

MODIFICADAS en su aspecto exterior y en su forma, con el objeto de impedir las innumerables y detestables falsificaciones de sus tan conocidos productos.

ACEITE HOGG

Puro de HIGADOS FRESCOS de BACALAO

El más activo, el mas agradable y el más nutritivo.

EMULSION HOGG

Con los Hipofosfitos de Cal y de Soda

Deliciosa Crema preparada con el Aceite HOGG para las personas que no pueden tomar el aceite, pero. Sirve de golosina á los niños.

CURA **ANEMIA, TISIS, RAQUITISMO, ESCROFULA,** etc.

El Aceite de HOGG es recetado por los primeros médicos del mundo desde hace medio siglo.

(Frasco TRIANGULARES) Farmacia HOGG, 2, Rue Castiglione, PARIS, y Farmacias.

Tengo el gusto de participar al público en general, y á mis relacionados en particular, que el establecimiento de peluquería y barbería

"SALON DU MONDE FASHIONABLE"

ha sido notablemente reformado y puesto á la altura de los mejores de Paris, y con un personal entendido, capaz de dejar satisfecho el gusto más refinado

En esta innovación no he omitido gasto alguno, con el único deseo de poder atender del mejor modo posible á mis numerosos favorecedores.

Y he agregado entre otras cosas, un aparato antiséptico para desinfectar todos los útiles del servicio, por medio de un baño que garantiza el aseo más riguroso.

NOTA.—Como siempre, peinados de última moda, y á domicilio para señoras.

LOUIS CAZAUBON

N. 16 — PAJARITOS A LA PALMA — N. 16

GRAN SURTIDO DE CASIMIRES
Franceses é Ingleses

CAMISAS ULTIMA NOVEDAD

ROPA INTERIOR FINISIMA
de hilo, seda y lana

Medias Medias-Haute Nouveauté

PAÑUELOS, ELASTICOS
PERFUMERIA

TELEFONO VIEJO, N. 1928

CUELLOS - PUÑOS - BOTONES

BASTONES-PARAGUAS
y artículos de fantasía para regalos

ESPECIALIDAD
en uniformes militares, levitas
y casacas

Expediciones para el Interior

LOS CORTADORES DE LA CASA SON FRANCESES

TELEFONO VIEJO, N. 1928

GRAN SASTRERIA DE PARIS — **CAMILO SIRET** — GRAN SASTRERIA DE PARIS
ENTRE LA TORRE Y EL PRINCIPAL—PLAZA BOLIVAR—CARACAS

Gran Fábrica de Chocolates y Cacaos

CARACAS

La materia prima de nuestra fabricación es el cacao conocido universalmente por el nombre de CARACAS, el cual goza de reputación, hasta ahora indiscutible, como el mejor del mundo.

PABLO RAMELLA Sucs.
CARACAS - VENEZUELA

DE VENTA EN TODAS LAS PANADERIAS DE RAMELLA

LA LEGITIMIDAD Y LA HIDALGUIA

REAL FABRICA DE CIGARRILLOS
Y
PAQUETES DE PICADURA DE TODAS CLASES
DE
PRUDENCIO RABELL
CON SUS MARCAS ANEXAS
LA HONRADEZ, EL NEGRO BUENO Y EL FENIX

AUTORIZADO POR REAL ORDEN DE SU MAJESTAD
EL REY DON ALFONSO XII, CON EL USO DE SUS REALES ARMAS

Los productos de esta Fábrica son elaborados con hojas selectas procedentes de las mejores vegas de Vuelta Abajo, escogidas escrupulosamente por persona inteligentísima en el ramo.

Los cigarrillos son elaborados á máquina, tanto los Elegantes y Panetelas como los Corrientes; lo cual, además de su reconocida calidad y buen gusto, garantiza el aseo y limpieza en su elaboración.

Hay constantemente un surtido general variado y fresco de Elegantes, Panetelas, Bouquets, Bouquet Imperial, Especiales, Camelias Medio Gigante y Gigantes en papel de algodón, trigo, hilo, arroz, pectoral, berro, pulpa y pasta de tabaco, orozuz y chorrito.

Al que lo solicite se le envían precios corrientes de los artículos de la Fábrica y se sirven los pedidos con esmero y prontitud.

DIRECCION: Cable, Rabell. Teléfono, 1.016. Correo, Apartado 16.

PASEO DE TACON (CARLOS III), 198, HABANA

ALMANAQUE DE PARED

PARA 1896

De venta en EL COJO

Se vende en la casa de

D. DAVID RICARDO,

Y SU HIJO

S. DE JONCH RICARDO

y en la "Farmacia Capriles"

ESQUINA DE LAS MONJAS

DEPÓSITOS EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

MATERIAL DE HORNOS DE TEJAS Y LADRILLOS

RECOMPENSADO EN LAS EXPOSICIONES

G. LACROIX (A. & M.)

Especialidad de poleas de hierro, sistema Ronzans.

Tunel metódico para enjugar, privilegio s. g. d. g.
Hornos para cocer los productos ceramicos.

INDICADOR DE LAS CALLES DE CARACAS

En EL COJO

"MAS VALE TARDE QUE NUNCA"

Es un proverbio sabio; pero es mejor hacer las cosas á tiempo. Muchos tísicos y otros enfermos, encontrándose ya dispuestos á abandonar toda esperanza de vida, han hallado alivio y aún curación usando la Emulsión de Scott; pero en algunos casos era ya tarde para lograr una curación rápida. La

Emulsion de Scott

arranca el mal de raiz, especialmente usándola á tiempo, cuando comienza la debilidad ó pérdida de carnes. No hay caso de debilidad ó extenuación que resista á este preparado que *produce fuerzas y crea carnes.*

Así lo atestiguan millares de médicos que la recetan en casos de Tos y Catarros, Debilidad Pulmonar, Anémia, Escrófulas y Raquitismo.

La legítima lleva en la cubierta la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS,

SCOTT y BOWNE, Quimicos, Nueva York.

No hay emplasto poroso como el "Excelsior."

EDICION INTERNACIONAL

Del RETRATO de S. S. LEON XIII

Por CHARTRAN

Este celebre retrato, es

EL ÚNICO AUTÉNTICO

El único para el cual S. S. haya servido de modelo.

El Papa viene representado SENTADO, con su vestido de recepcion.

ENCANTADO DEL PARECIDO, LEON XIII HA EXPRIMIDO AL ARTISTA SU DESEO DE QUE ESTE CUADRO SEA

REPRODUCIDO Y REPARTIDO EN EL MUNDO ENTERO

y ha compuesto dos *versos latinos* que van reproducidos *autógrafos*, sobre todas las reproducciones

Grabado con ácido — Cromograbado — Grabado en dulce

Cromolitografia — Fotocromia — Fototipia — Cromo tipografia — Imágenes de color.

Aceite de Hígado de Bacalao

DEL

DOCTOR DUCOUX

Iodo-Ferruginoso,

al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las

ENFERMEDADES DE PECHO

LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO

LA ANEMIA, LA CLORÓSIS, etc.,

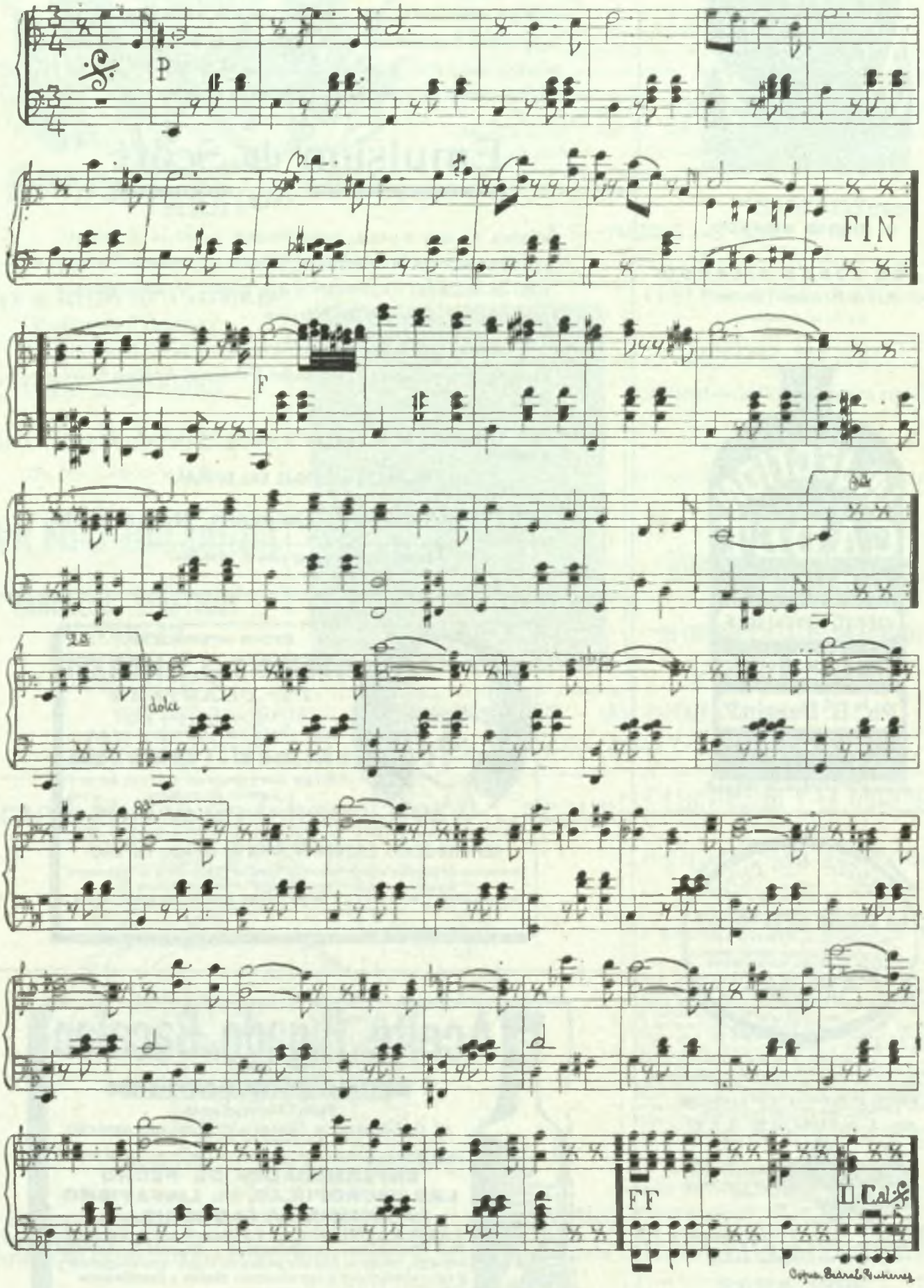
al **ACEITE de HÍGADO de BACALAO del Dr DUCOUX, Iodo-Ferruginoso,** al **Quinquina** y **Cascara de Naranja amarga,** porque no tiene ésta preparacion ningun sabor desagradable y porque su composicion la hace súmamente **tónica** y **fortificante.**

Depósito General : 7, Boulevard Denain, en PARIS

Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerias del Universo.

Desconfiese de las FALSIFICACIONES é IMITACIONES

SU RECUERDO

VALSE

Por S. N. Llamozas